

---

# De la protesta a la toma del poder manifiesto por la revolución mundial

Richard Brenner and Dave Stockton



Programa de la Liga  
por una Quinta Internacional

**3 euros**

# PREFACIO

En los últimos cinco años, ha surgido un movimiento de masas alrededor del mundo que nuevamente señala al capitalismo como el principal obstáculo para la libertad y la prosperidad humana. Este movimiento, que ha sido designado de diferentes formas -"anticorporativo", "antiglobalización" y "anticapitalista"- se ha puesto de acuerdo, en cierta medida, sobre a qué cosas ellos se oponen (si bien el nivel de esta unidad puede ser sobrestimado). Sobre lo que el movimiento no ha logrado ponerse de acuerdo, como los partidarios del orden establecido nunca dejan de señalar, es aquellas cosas que defienden.

Al mismo tiempo, en una serie de países, ciertos sectores del movimiento obrero han comenzado a cuestionar a los dirigentes reformistas que han dominado a los partidos "laboristas", "socialistas", y "comunistas" durante tanto tiempo. Muchos de estos partidos giraron a la derecha en los años '90, renunciando a identificarse con la clase obrera o con cualquier aspiración de trascender el capitalismo. Implementaron privatizaciones de empresas y apoyaron la globalización. Hoy en día, o bien apoyan "la guerra contra el terrorismo" de George Bush, o sólo la critican en forma muy tibia.

En países como Argentina, los partidos populistas tradicionales como el peronista, y los dirigentes sindicales afiliados a él, han apoyado también al neoliberalismo y el saqueo del FMI. Han surgido movimientos que cuestionan a los viejos líderes corruptos e incluso toman el control de las fábricas que cierran sus puertas e intentan despedir a su fuerza de trabajo (como en Zanón y en Brukman), los desocupados activistas (los "piqueteros") se han transformado en una fuerza de masas. Desde Corea del Sur a Italia, una nueva generación de jóvenes obreros se ha lanzado a las calles.

En pocas palabras, han madurado las condiciones para que las organizaciones militantes obreras de masas, y las de la juventud radicalizada se unan en la acción y adopten, a través de un debate abierto, una nueva estrategia para este movimiento.

Y esta es la razón por la cual este documento ha sido escrito.

Este es un borrador de programa, lo cual significa dos cosas. La primera es que no lo consideramos como algo final, completo, acabado o ya resuelto. La segunda es que creemos que las medidas establecidas en él, si son implementadas, acabarían con el capitalismo sin más.

Está de moda hoy en día describir afirmaciones de este tenor como arrogantes o doctrinarias. La idea es que cualquiera que pretenda redactar una guía para la acción para todo un movimiento internacional o bien se engaña a sí mismo, o trata de manipular cínicamente las cosas.

Pero estos argumentos no resisten el menor examen. En todos los otros ámbitos de actividad, es perfectamente normal escribir las lecciones aprendidas hasta ahora y establecer por escrito la mejor forma de proceder. ¿Entonces por qué el emprendimiento más grandioso

de todos –la lucha por el socialismo– debería abordado de manera diferente? Detrás de la noción de que el cambio revolucionario es demasiado complejo como para pretender sistematizarlo sobre el papel subyace un prejuicio arraigado profundamente que es alimentado sistemáticamente por los explotadores: que el proyecto de cambio global es demasiado complicado como para que las clases subalternas lo lleven adelante. Mejor no intentarlo.

Al mismo tiempo, por supuesto, los reformistas, los parlamentarios, los gradualistas, los anarquistas y los liberales no han tenido ningún reparo en luchar por sus propios programas en el seno del nuevo movimiento. Aunque varían mucho entre sí, todos acuerdan en una misma cosa: la "clase obrera" no debe organizarse con el objetivo de tomar el poder.

Este programa adopta el punto de vista opuesto: que la conquista del poder por la clase obrera es algo deseable y posible, que constituye la precondition para la eliminación del capitalismo. Lo hemos preparado y publicado con el objetivo declarado de convencer a tanta gente como sea posible para que lo apoyen y lo difundan, como una alternativa frente a las actuales mezcolanzas de objetivos del movimiento, así como a los programas reformistas que, si son adoptados como propios, no significarán más que la postración ante el orden burgués.

Queremos apelar a los activistas y las organizaciones que actúan en el seno de la clase obrera, a los anticapitalistas, al movimiento juvenil y campesino a que consideren su contenido y, donde sea necesario, propongan cambios y enmiendas al mismo. La organización que elaboró este programa, la Liga por una Quinta Internacional, lo adoptó en su Congreso en 2003. Sin duda que hay muchas áreas que necesitan ser extendidas. Como tendencia basada principalmente en Europa, reconocemos que podemos no haber logrado reflejar o abordar experiencias que se dieron en otras partes. Si hay errores contenidos en éste, nos comprometemos a corregirlos. Creemos que si se puede llegar a acuerdos entre distintos grupos sobre la base de un programa común, estos deberían fusionar sus fuerzas y fortalecer a la organización revolucionaria globalmente.

Richard Brenner, Dave Stockton,

Octubre del año 2003

## Capítulo 1

# LA GUERRA DEL IMPERIO NORTEAMERICANO CONTRA LOS POBRES

Estados Unidos es el imperio más poderoso que el mundo haya visto jamás. Ningún emperador, zar, rey o fuhrrer tuvo jamás un poder global comparable al que detenta el presidente norteamericano hoy en día.

Estados Unidos tiene tropas desplegadas en todos los continentes: gasta más en armamentos que los siguientes 15 estados más fuertes juntos. Su presidente informa, como si tal cosa, a los estados y los pueblos "soberanos" a quiénes deben elegir como sus dirigentes. Juzga cuáles de ellos han "fracasado" y cuáles deben efectuar un "cambio de régimen". Asimismo, decreta los medios para lograr estos fines: pueden ser las sanciones económicas, los bombardeos aéreos masivos o una invasión por tierra en gran escala y la ocupación.

Un puñado de poderosos estados -el G8- puede tratar de influenciar, de modificar o retrasar sus acciones, pero no pueden torcer su voluntad y someterla a la de ellos. Todos los otros estados del mundo, aunque son formalmente independientes, son obsesivos para con la única superpotencia del mundo, mientras que la mayoría de ellos son totalmente dependientes de Estados Unidos.

Con las ruinas del World Trade Center todavía humeantes, el presidente George W. Bush declaró una guerra sin fin contra todos aquellos que resisten o se rebelan contra el poderío norteamericano. Con el pretexto de defender a su pueblo contra el terrorismo, Bush brindó un nuevo justificativo para la agresión: el derecho de lanzar acciones preventivas contra cualquiera que amenace los intereses norteamericanos.

Lo llamó "la defensa de la patria". ¿Pero qué patria está defendiendo? Seguramente no se trata de defender los hogares, los niveles de vida o las libertades del pueblo trabajador de Estados Unidos. Los intereses de la clase dominante norteamericana -"halcones" y "palomas", republicanos y demócratas, magnates petroleros o multimillonarios de la alta tecnología por igual- se chocan directamente con los de la gran mayoría de sus ciudadanos.

En Estados Unidos y en otros países altamente desarrollados, los ricos y los poderosos están llevando a cabo un persistente ataque contra los niveles de vida de la gran mayoría. Los beneficios sociales están siendo desmantelados, las tasas salariales se mantienen bajas o son directamente recortadas, y el peso de los impuestos es sistemáticamente descargado sobre los pobres, mientras los ricos quedan exentos de pagarlos. La educación está dejando de ser un derecho universal para convertirse, sistemáticamente, en un privilegio privado; los beneficios sociales y las pensiones son rebajados drásticamente. Para el pueblo trabajador, la vida moderna significa la inseguridad permanente

desde el nacimiento hasta la muerte.

Cuando la Casa Blanca bombardea Bagdad, arma a Tel Aviv y extrae tributos a una serie de países terriblemente subdesarrollados, actúa en interés no de su propio pueblo, sino a favor del "derecho" de sus grandes bancos y corporaciones a explotar el mundo entero.

Exceptuando a Estados Unidos y otros oasis occidentales de "desarrollo", el sistema global le niega a los dos tercios de la población mundial comida suficiente para vivir y agua potable para beber. En América Latina, Asia y África, el desempleo de masas coexiste con un sombrío subdesarrollo. A pesar de la superabundancia de recursos y productos, el "mercado libre" no puede eliminar el hambre en África ni brindar medicinas para los millones de enfermos de SIDA.

El sistema que Estados Unidos defiende -el capitalismo global- torna imposible la existencia de un futuro sustentable para el mundo. Este impide que haya alivio alguno para el peso sofocante de la deuda externa; impide la acción concertada contra el cambio climático; amenaza desatar guerras fratricidas por el petróleo y los recursos de agua potable; fomenta la limpieza étnica y la huída en masa de centenares de miles de refugiados.

Y el trabajo destructivo del capitalismo está lejos de haber concluido, ya que está creando crisis económicas, guerras comerciales y choques entre Europa y Estados Unidos.

La agresión y la arrogancia de Estados Unidos y su aliado británico están forzando a otras potencias a aliarse en su contra. En la década siguiente, esta alianza contra Estados Unidos se irá haciendo cada vez más fuerte -primero en forma encubierta y luego más abiertamente-. Tarde o temprano se desencadenará una nueva carrera armamentística de alta tecnología. El espectro de otra guerra mundial -aunque hoy en día está distante- aparece en el horizonte del nuevo siglo.

¿Y quién se beneficia de todo esto? Una ínfima minoría. Nunca antes en la historia humana tan pocos han poseído y dispuesto de los productos del trabajo de tantos. Como resultado de ello, nunca antes la brecha entre pobres y ricos ha sido tan profunda. Cuando terminó el último siglo, las 225 personas más ricas del mundo tenían una riqueza combinada mayor que el 47% de la población mundial.

La tan cacareada democracia de los capitalistas es estrictamente limitada y cada vez más restringida. El dinero compra el acceso a las influencias, a los medios masivos de comunicación y a las palancas del poder; los representantes del pueblo no son revocables ni tampoco dan cuenta de sus actos; las decisiones reales no se toman en los recintos parlamentarios, sino a

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

puertas cerradas, y son tomadas por funcionarios que nadie votó, por los generales, por los oficiales de la policía y de las fuerzas de seguridad, ligados todos ellos a la élite dominante por miles de vínculos personales, culturales y de clase.

Y en la puerta de los lugares de trabajo se desvanece cualquier rastro de democracia. El trabajador en la fábrica, en la oficina, en la receptoría de llamados o en el puesto de comida rápida no puede esperar derecho o seguridad laboral alguna. Los obreros no tienen derecho a resolver acerca de la contratación de personal, los despidos, las condiciones de trabajo, y mucho menos sobre el destino de sus productos.

Ya sea en las urnas o en el trabajo, el ciudadano no puede cambiar nada que tenga importancia real. ¿Qué opción queda entonces? “Bueno,” nos dicen los ideólogos del capitalismo, “la respuesta obvia es: la opción de los consumidores” ...si uno puede costearla. Dos tercios de la humanidad no pueden costársela.

Inclusive para aquellos que pueden ejercer su “opción de consumidores”, ¡qué elección mezquina y superficial es ésta! Una elección entre marcas sin sentido alguno y “valores” vacíos, cuidadosamente elaborados por ejecutivos de marketing que son muy bien pagados por transformar el arte del engaño en una ciencia. Evitan que nosotros controlemos nuestras propias vidas y nos ofrecen una elección de estilos de vida a cambio. El consumismo -el culto de la mercancía- se ha convertido en la verdadera religión de nuestra época. La oportunidad de “comprar” un mundo de fantasía hecho de marcas es ahora el alma de nuestra condición ya sin alma alguna.

Millones de personas se están quitando esta anteojera de oropel de los ojos. Los trabajadores quieren cambios. Un nuevo movimiento ha hecho irrupción, enfrentándose a la globalización capitalista y a la guerra imperialista. Ha habido movilizaciones gigantescas en todos aquellos lugares donde los líderes del sistema financiero mundial han realizado sus reuniones cumbres. Los militantes sindicales han trabado relación con los nuevos movimientos sociales que se oponen a la Organización Mundial del Comercio, al Fondo Monetario Internacional y a los ataques contra Afganistán e Irak. La solidaridad con la lucha de los palestinos contra el estado israelí títere de Estados Unidos, su gendarme en el Medio Oriente, unifica al movimiento en Occidente con los movimientos anti-imperialistas del tercer mundo.

En un sólo día, en febrero del 2003, más de veinte millones de personas se movilizaron contra el ataque a Irak en todas las principales ciudades del mundo.

En todas partes, nuevas fuerzas están resistiendo, pero en todas partes se topan con viejos obstáculos. El movimiento es desviado, frenado, dividido y llevado a la negociación por quienes son la encarnación viviente de las derrotas del siglo XX: los cínicos burócratas que controlan los sindicatos, los dirigentes pro-capitalistas de los partidos socialdemócratas o laboristas, los reformistas abyectos de los partidos comunistas tradicionales. Si las nuevas iniciativas anti-capitalistas se

fusionaran con la lucha de clases en el “primer” y el “tercer” mundo, este movimiento podría formar una nueva Internacional, un partido mundial comprometido con un programa de revolución global. Pero las centrales sindicales y los “partidos obreros” en el norte y el sur globales están obstruyendo por igual la confluencia de estas luchas.

La remoción de estos dirigentes es la tarea candente del próximo periodo. Deben ser reemplazados por nuevos dirigentes: no un nuevo sector de burócratas inamovibles, sino nuevos representantes revocables elegidos democráticamente, que puedan expresar la voluntad de los trabajadores y la juventud en forma genuina. No necesitamos funcionarios con sueldos excesivos que alienen el compromiso, sino luchadores auténticos resueltos a movilizar a millones, no sólo para resistir a los capitalistas, sino también en pos de una alternativa al sistema mismo. Y hay una alternativa. Se puede construir un nuevo sistema social basado en la cooperación en vez de la competencia, en la planificación democrática en vez del mercado. Este sistema tiene un nombre: se llama socialismo.

El mundo está más que listo para éste. La humanidad ya produce tanto productos básicos como suntuarios en forma abundante. La producción global podría satisfacer las necesidades de todos si estuviera organizada para tal fin.

El vasto alcance de la educación formal y el desarrollo de la tecnología informática significan que se podría elaborar en forma democrática un plan de producción y distribución de alcance mundial, que hiciera participar genuinamente a los productores y los consumidores mismos. La actual planificación sofisticada que se realiza entre las unidades de una misma multinacional, o entre los depósitos de mercancías y los supermercados, puede ser aplicada a todo el sistema global de intercambio de bienes y servicios. Podríamos determinar las prioridades democráticamente y compartir el trabajo disponible entre todas las personas aptas para trabajar. Con cada nuevo avance en el ahorro de trabajo, se podría reducir la duración de la semana laboral y aliviar el peso que sobrellevamos todos nosotros, en lugar de arrojar a la gente a la calle y dejarla sin trabajo.

El capitalismo ha allanado el camino para esta transformación global. Ha creado una economía mundial y comunicaciones globales, y también ha creado una clase obrera internacional, compuesta de miles de millones de almas, mejor organizada y más estrechamente conectada de lo que jamás lo estuvo. Pero hay dos grandes obstáculos que impiden seguir avanzando, dos grandes males que mantienen a la humanidad en la servidumbre. El primero es la propiedad privada de la industria, los bancos y la tierra. El segundo es el poderío armado del estado-nación capitalista.

Toda la historia demuestra que los capitalistas nunca cederán su propiedad en forma pacífica: proclamar lo contrario en la era de las bombas inteligentes es hacer gala de una ingenuidad sin límites o simplemente un engaño artero. Hay sólo un camino: su

aparato de represión estatal debe ser derrocado por la fuerza. El monopolio detentado por los capitalistas sobre el poderío militar -ejércitos, policía y fuerzas de seguridad; sistemas carcelarios, funcionarios públicos, jueces- debe ser destruido en pedazos y reemplazado con el dominio del pueblo trabajador mismo.

Esto se puede realizar -la mayoría de la humanidad puede arrojar lejos de sí a una minúscula minoría de parásitos. Para esto se necesitan organizaciones de masas, una estrategia clara y, cuando suena la hora, coraje y acciones implacables.

Algunas personas podrían rechazar esto, pero la alternativa a la revolución no son décadas de paz

duradera. Una civilización global que descansa en el poderío que detentan un pocos miles de sujetos y en el empobrecimiento de seis mil millones de almas es como colocar cargas de profundidad en el núcleo de nuestro planeta. Si permitimos que la lógica del capitalismo siga su curso, nuestro mundo será desgarrado por el hambre, las enfermedades, la pobreza, las catástrofes ambientales y la guerra.

En la lucha contra el capitalismo, una mayor energía es equivalente a una mayor humanidad, ya que con la supresión de nuestros explotadores y poniendo fin a la tiranía de las ganancias, la historia humana podrá comenzar verdaderamente. ☆

## Capítulo 2

# LA GLOBALIZACIÓN: EL ÚLTIMO ESTADIO DEL IMPERIALISMO

Quinientas corporaciones capitalistas internacionales de dimensiones gigantescas -todas ellas con sede en una u otra de las potencias capitalistas avanzadas, pero la mayoría de ellas en Estados Unidos- envuelven al planeta en su péfido dominio. En la última década del siglo XX, se le dio un nuevo nombre a este sistema: globalización.

La globalización es una intensificación de la última etapa del capitalismo: el imperialismo, el dominio del capital monopólico o financiero. En esta etapa, el capitalismo ha dejado de ser necesario para desarrollar las fuerzas productivas; ha dejado de jugar un rol progresivo. De hecho, destruye continuamente, mediante crisis y guerras, la posibilidad de una existencia productiva, próspera y segura, para la mayoría de la humanidad.

El imperialismo centraliza en forma implacable la vida económica en manos de una minúscula elite. Las diferentes ramas de la economía -el sector bancario, la industria y el comercio- se fusionan con el capital financiero. El dinero se desplaza rápidamente alrededor del globo en busca de las ganancias más altas. La exportación de capital dinerario - la inversión extranjera directa, los préstamos y otras operaciones financieras- sobrepasa con mucho la exportación de productos.

La última fase de globalización del imperialismo data de los años '80, cuando Estados Unidos comenzó una ofensiva política y económica. La ofensiva restauró el dominio norteamericano sobre el tercer mundo, la ex Unión Soviética y sobre los rivales capitalistas de Estados Unidos en Europa y Japón.

Esto condujo a una profundización y una ampliación del dominio del capital financiero a través del planeta. Fue una ampliación en tanto que las economías planificadas de la URSS, de Europa Oriental y de China cedieron su lugar al mercado, de manera particularmente vertiginosa luego de 1989.

Fue una profundización en el sentido de que las restricciones sobre el capital financiero fueron levantadas. Las barreras que bloqueaban el comercio y la inversión de las compañías multinacionales en el Sur fueron echadas abajo. Las instituciones económicas internacionales existentes (el FMI, el Banco Mundial) fueron convertidas en recaudadoras que hacen cumplir con el pago estricto de las deudas, y se formó la Organización Mundial del Comercio para pelear por los intereses globales de las multinacionales. La bolsa de valores y la expansión de la deuda se convirtieron en los resortes del "efecto riqueza". Sobre esta base comenzó una ronda febril de concentración y centralización de capital.

Los instrumentos de la globalización, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, exigen hoy en día a todos los países que implementen las mismas políticas económicas y sociales de tinte neoliberal. Insisten en que no hay alternativa al libre comercio, a la apertura de los mercados, la privatización de las industrias, las telecomunicaciones, los medios de comunicación, el transporte, las empresas de servicio como el agua, el gas, la electricidad, de los servicios como los hospitales, las escuelas, la asistencia a los viejos y las personas discapacitadas. Todos ellos tienen que rendir una ganancia para unos pocos antes de que se los pueda ofrecer a la gran mayoría -si es que ésta los puede costear.

El capitalismo global se apoya en la explotación de los obreros en los países imperialistas y en la superexplotación de sus antiguas colonias del "tercer mundo". Las corporaciones mineras y de generación de energía, la industria agrícola, los bancos: todos usan sus poderes comerciales, tecnológicos y financieros de orden monopólico para apoderarse de las materias primas y los recursos de los países subdesarrollados. Otras corporaciones inician la producción en países

donde pueden explotar a los obreros incluso más de lo que podrían “en casa”. La razón para esto subyace en la combinación de regímenes dictatoriales y niveles de vida más bajos.

Las clases dominantes del “tercer mundo”, débiles y corruptas, hace ya tiempo que han abandonado cualquier intención de desafiar a sus antiguos amos coloniales. Por el contrario, actúan como agentes de las corporaciones multinacionales y el G8. Sus ejércitos locales y sus fuerzas policiales son entrenados y armados por Estados Unidos y las potencias europeas. La CIA y el servicio secreto británico brindan instrucción a sus policías secretas acerca del arte de la represión. Si cualquiera de estos estados se sale de la línea, se envía una fuerza de reacción rápida para “restaurar el orden”.

Estos estados “independientes” son cualquier cosa menos independientes. Cuando quiera que los pueblos de estas “semicolonias” fuerzan a sus corruptos y opresivos gobiernos a resistir, el contraataque es realmente brutal.

Aún así, a pesar de la escala del dominio norteamericano, el imperialismo no es un sistema dirigido por una potencia sola. Es un sistema de rivalidades y de competencia por los mercados mundiales por parte de las corporaciones que compiten entre sí. Sólo unas pocas entre ellas son de una escala completamente internacional. La mayoría tienen raíces en sus estados o bloques comerciales de origen. La rivalidad económica fuerza a los capitalistas a usar estos estados y bloques unos contra otros. Los conflictos comerciales estallan, hacen erupción luchas por aquellos

recursos económicos valiosos; dada la naturaleza del sistema, las rivalidades se agudizarán. Los aliados renuentes de hoy serán los enemigos encarnizados de mañana.

La Unión Europea se está conformando como un bloque imperialista en gran escala. Las clases dominantes de Francia y Alemania le están haciendo frente al desafío planteado por Estados Unidos. Rusia y China están tratando de resistirse a caer en una dependencia total de Estados Unidos, de la Unión Europea o Japón. Esto ha provocado un colapso en el prestigio de instituciones internacionales como la ONU y la OTAN. El actual unilateralismo de Estados Unidos no es, en consecuencia, un signo de fortaleza sin par. Es un golpe preventivo para apuntalar su dominio mundial temporal contra el desafío planteado por sus rivales emergentes.

El temor y la inseguridad están volviendo a acechar una vez más a este sistema económico, considerado el “más perfecto” de todos. En lugar de la promesa de una expansión económica sin límites, la globalización capitalista amenaza a la humanidad con un nuevo periodo de estancamiento y de crisis, una lucha por dominar los mercados y los territorios. Para la clase media y los obreros, los cracks de la bolsa de valores y la devaluación catastrófica de la moneda pueden destruir los ahorros de toda una vida. Las guerras comerciales amenazan con desbaratar a industrias enteras. En pocas palabras, estamos ante un nuevo periodo de crisis capitalistas, de guerras, y en consecuencia, de revolución social. ☆

## Capítulo 3

# LA CLASE OBRERA Y SUS DIRECCIONES

### La clase universal

No importa qué tan poderosos sean los que dominan el mundo, hay una fuerza que puede dominarlos a ellos. A los multimillonarios se les oponen miles de millones de asalariados, que son los que producen sus ganancias, y las hacen circular. En las luchas de resistencia cotidianas que se producen alrededor del mundo, desde las huelgas hasta las insurrecciones, se revela el poder de la clase obrera. Sin nuestro trabajo, ni un centavo va a parar a las cuentas bancarias de los multimillonarios: cuando todos actuamos juntos, toda la maquinaria de explotación queda detenida.

La clase obrera produce todo, y puede producirlo sin los explotadores, en la medida en que estemos unidos y seamos conscientes de lo que queremos.

Los capitalistas tratan de impedir que nos organicemos. Buscan dividirnos y adormecer nuestra conciencia. Para hacer esto, nos llenan la cabeza con toda clase de prejuicios religiosos y raciales. Sus armas más

poderosas son el oponer a los trabajadores de una nación contra otra, oponer los hombres a las mujeres, oponer los blancos a los negros. Esa es la razón por la cual la consigna de Karl Marx en el Manifiesto Comunista ha sido levantada por generaciones de trabajadores: “¡Trabajadores de todos los países, uníos!”

La clase dominante trata de convencer a la clase obrera de que no existe como clase en cuanto tal, o bien que está en un retroceso irreversible, pero ambas afirmaciones son falsas. La clase obrera industrial está creciendo globalmente, especialmente en los países en desarrollo como India, Brasil, Corea, Nigeria y China. Los obreros que trabajan en industrias clave del capitalismo -el transporte, la maquinaria, la energía y las automotrices- tienen un enorme poder que puede ser coordinado a través de una lucha internacional.

Los académicos charlatanes sostienen que la “clase media” está remplazando al proletariado. Si hacemos a un lado a Estados Unidos y a Europa, esto es a todas luces falso: enormes cantidades de antiguos

campesinos y artesanos han sido absorbidos por la nueva clase obrera. Industrias como la textil se expanden por el globo, transformando a los obreros rurales en obreros industriales en cuestión de meses.

Pero en la gran mayoría de los países avanzados esto es falso también. Aunque ha habido una disminución relativa en la cantidad de obreros industriales en proporción al total de la fuerza de trabajo en Estados Unidos y Europa, la gran mayoría de estos trabajadores de “cuello blanco” y de “servicios” son esclavos asalariados. A medida que las viejas industrias desaparecen, surgen otras nuevas. La clase obrera no está desapareciendo, está cambiando junto con la base tecnológica del capitalismo mismo.

Para “demostrar” que la clase obrera está disminuyendo o desapareciendo, los teóricos burgueses han elaborado un disparatado conjunto de definiciones contradictorias sobre la clase. Ya sea que uno gane 2 dólares por día o 50 dólares por día; ya sea que uno use camisa o un overall; ya sea que uno trabaje con un teclado o un torno; ya sea que uno haga trabajo manual o intelectual; ya sea que uno aspire a tener una casa y un auto... cada una de estas cosas ha sido invocada como una cuestión clave a la hora de “demostrar” la disminución de la clase obrera. Todas ellas están basadas en descripciones sociológicas superficiales y no en las relaciones sociales fundamentales.

La clase obrera es aquella parte de la humanidad que vive de la venta de su fuerza de trabajo. El proletario no es poseído por el capitalista, pero tampoco posee el proletariado medio de producción alguno aparte de su fuerza de trabajo. Aunque seamos legalmente libres cuando nos comparamos con los esclavos y los siervos de antaño, no somos libres porque estamos obligados a vender nuestro tiempo de trabajo al capitalista a cambio de un salario. Si no lo hacemos, nos morimos de hambre.

En este sentido fundamental, la clase obrera existe, es más grande que nunca antes en la historia de la humanidad, pero todavía sigue siendo una clase de esclavos asalariados.

Los capitalistas insisten con que los obreros no son explotados, excepto quizás por unos pocos patrones inescrupulosos que abusan de ellos. A la mayoría de nosotros, nos dicen ellos, se nos retribuye justamente por nuestro día de trabajo. No hemos sido obligados a trabajar para ellos: lo hacemos porque hemos elegido hacerlo. Es un trato justo: ellos nos dan trabajo y a cambio nos dan un salario.

Pero bajo la fachada de este contrato libre y equitativo se esconde la explotación sistemática. Nuestros salarios reflejan sólo una minúscula porción del valor del producto social total que hemos creado. Los salarios son establecidos aproximadamente al nivel del precio de los productos y los servicios que debemos adquirir para mantenernos vivos y volver al trabajo al día siguiente, o sea el costo de reproducir nuestra fuerza de trabajo. Aún así, cada obrero crea más valor que esto en un día de trabajo: el capitalista se apropia del excedente. Este adopta la forma de la propiedad, por parte de los capitalistas, de la masa de mercancías.

Los capitalistas comparten y hacen circular las ganancias entre ellos a través del comercio, el crédito y la renta. A diferencia de los esclavos de antaño, la clase obrera es legalmente “libre” e “igual” a nuestros empleadores. Pero nunca podemos contentarnos con esta igualdad formal, porque nuestra servidumbre subyace en el sistema de esclavitud asalariada en sí mismo. Esto significa que no podemos liberarnos nosotros mismos sin liberar al conjunto de la humanidad de la tiranía del mercado, el capital y la división en clases. En este sentido, somos la clase universal: nuestra lucha continuará hasta que la riqueza social sea poseída en común y las clases mismas sean relegadas al museo de la historia.

El comunismo, en consecuencia, no es un esquema utópico para la reorganización de la sociedad según los principios establecidos por este o aquel soñador. Es el resultado necesario de la lucha de la clase obrera en todo el mundo. La lucha de los trabajadores tiene metas objetivamente comunistas y sólo puede acabar cuando la emancipación de toda la humanidad haya sido asegurada.

Los capitalistas están embarcados en una lucha ideológica permanente para hacer que los obreros olviden que somos una clase, y para que éstos se abstengan de actuar como clase. Pero su propio sistema reproduce y refuerza permanentemente las condiciones que nos obligan a reconocernos como clase, organizarnos como clase y luchar como clase. Los capitalistas necesitan a la clase obrera porque sin nosotros no pueden existir. Los trabajadores no necesitan a los capitalistas porque sin ellos ninguna clase existirá ya más. Esta es la única tragedia histórica de los capitalistas, pero no vamos a derramar una sola lágrima por ellos.

La conciencia de clase aparece y vuelve a aparecer cuando quiera que haya lucha y organización, ya sea en la forma de sindicatos, de partidos, de comités populares y cooperativas. Estas organizaciones crecen y perecen, son destruidas y vuelven a nacer. Son transformadas por los ciclos económicos del capitalismo, y por las victorias y derrotas de las batallas libradas por la clase obrera.

En sí misma, la lucha de los obreros contra sus patrones, por más altos salarios o por mejores condiciones de trabajo no tiene por qué cuestionar la esencia del capital: su explotación de la mano de obra asalariada y la apropiación del plusvalor. La lucha sindical tiende a apuntar a obtener un precio mejor para el tiempo de trabajo de los obreros en el seno de un sistema de explotación. Pero sólo los tontos o los cínicos podrían creer que esto la torna insignificante o irrelevante en lo que hace a la lucha contra el capitalismo.

El significado más elevado de cada victoria de la clase obrera es que ésta agrupa a los obreros como un todo, pone en foco nuestros intereses comunes y nuestra capacidad de actuar, nos acerca aún más a los activistas sindicales que están en otras ramas de la industria y a la sociedad en su conjunto, y nos brinda una base práctica sobre la cual comparar los resultados de nuestra actividad. Ésta nos pone en contacto

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

con las tradiciones y las experiencias del movimiento obrero en su conjunto, tanto pasadas como presentes, tanto las de nuestro país como las del exterior, y -lo más importante de todo- familiariza a los obreros más militantes con la teoría comunista del marxismo, la cual está indisolublemente ligada a la historia del movimiento obrero y expresa en forma más clara su sentido y sus metas.

Cuanto más aguda sea la lucha y más alto el nivel de organización alcanzado, más dispuestos se encontrarán los obreros a abrazar estas ideas, que desnudan las bases reales de la sociedad capitalista y señalan el camino de avance hacia la revolución social. Aunque la lucha económica de los obreros contra sus patrones no cuestiona espontáneamente las raíces de la explotación, sí aumenta la organización y la confianza de los obreros, adelantando el día en que el sector comunista de la clase obrera logre unificar al movimiento obrero en la lucha política revolucionaria contra el capital.

La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma. Pero esta auto emancipación no puede ser más que un acto conciente, guiado por una teoría avanzada, organizado a través de un partido de clase disciplinado y profesional, dirigido por los militantes más resueltos elegidos en las filas del movimiento obrero mismo.

## Los sindicatos y el embate de la globalización

En todo el mundo, los trabajadores han recurrido a sus organizaciones sindicales para resistir los efectos de la globalización capitalista.

A pesar de los intentos constantes de parte de la clase capitalista de descartarlos como algo pasado de moda, de restringir sus actividades mediante leyes represivas y de perseguir a sus líderes y activistas, los sindicatos se rehúsan a desaparecer. La razón es simple: en todas partes el capital fuerza a los obreros a aliarse contra sus patrones para defender su salario y sus condiciones de trabajo. Es aquí donde amplias capas de la clase obrera hacen sus primeras experiencias de lucha. Por esta razón, los sindicatos siguen siendo, en palabras de Federico Engels, “escuelas de socialismo”.

No obstante, en la última dos décadas los sindicatos fueron incapaces de resistir la ofensiva global del capital. Sindicatos que alguna vez fueron poderosos acabaron siendo humillados y destruidos, mientras que industrias enteras fueron arrasadas. En Estados Unidos y Europa, cundió la desmoralización ya que la globalización fue usada para intimidar a los trabajadores, a sus dirigentes sindicales y a sus partidos políticos.

Comenzando la década del '90, los gobiernos y los patrones no tenían más que mencionar la palabra “globalización” para asegurarse la sumisión de muchos sindicatos a las necesidades del capital y las corporaciones. Industrias enteras fueron desplazadas a países con bajos salarios donde los derechos laborales

eran muy escasos o inexistentes. Además, se produjo un enorme incremento del ejército industrial de reserva “permanente”, y a nivel global más de mil millones de personas no tienen trabajo.

El impacto sobre el sector privado fue severo. Para la gran mayoría de los trabajadores en el sector privado, los salarios reales han caído, incluso en Estados Unidos. Incluso allí el salario se mantuvo estable - como en Europa- el trabajo se ha intensificado y se ha vuelto menos estable. A finales de los '80, y en la primera mitad de los '90, los niveles de representación sindical, de organización en los lugares de trabajo y de huelgas cayeron en forma abrupta. En el sector público, la privatización y los recortes del gasto han llevado a cierre de servicios enteros y a despidos en masa. Los salarios se han estancado y las condiciones de empleo han empeorado terriblemente, especialmente para aquellos trabajadores “terciarizados”, aquellos que básicamente fueron vendidos a sus patrones. No obstante, en muchos países los empleados del sector público han constituido el actor central de la resistencia obrera y también de muchos movimientos sindicales nacionales.

Al mismo tiempo, la clase obrera ha crecido en nuevos sectores de la economía y en muchos países del tercer mundo. Esto ha dado lugar a la existencia de un vasto sector no organizado en el seno de la clase obrera internacional. Son principalmente aquellos trabajadores jóvenes, frecuentemente mujeres, a menudo obreros inmigrantes, quienes trabajan con una mínima estabilidad laboral, perciben los salarios más bajos, casi no perciben pago por enfermedad, y carecen casi por completo de protección a la salud y de condiciones de seguridad en el trabajo.

Como sucede con los desempleados, estos obreros mal pagos que carecen de estabilidad laboral han sido usados para socavar la capacidad de negociación del movimiento obrero organizado. Y aún así, en forma muy perversa, los sindicatos, en un país tras otro, no han hecho casi nada para ayudar a las nuevas capas de trabajadores o a los obreros desocupados a resistir, negándose a menudo organizarlos, sin permitirles siquiera el acceso a los sindicatos.

Los capitalistas le han dado un nuevo nombre a estos obreros mal pagos y a los desempleados, una expresión que expresa tanto desprecio como temor: “la clase sumergida”. Pero esta “clase sumergida” está comenzando a organizarse, como en Argentina, con su movimiento piquetero y sus asambleas populares.

La opresión que estos obreros sufren torna imposible su organización por medio de los métodos burocráticos y rutinarios tradicionales, en el espíritu de la colaboración de clase. En todas aquellas ocasiones, en el transcurso de las dos décadas pasadas, en que los trabajadores han luchado en forma efectiva contra los ataques de los patrones, lo han hecho con métodos nuevos, nuevos dirigentes y a veces con nuevos sindicatos. Las confrontaciones con los patrones, las tácticas militantes, los piquetes de masas, las ocupaciones, las huelgas y la solidaridad internacional, todo esto es necesario. Estos métodos han sido declarados ilegales

en la mayoría de los países –sean éstos “democráticos” o dictatoriales- por la sencilla razón de que son particularmente efectivos.

Queda en manos de la base obrera y de los activistas sindicales el dotar de vida a estos métodos por una razón muy sencilla: los dirigentes sindicales rutinarios y legalistas se opondrán a cualquier cosa que perturbe sus relaciones íntimas con los patrones y el estado.

## La burocracia sindical

Los estratos superiores de los sindicatos no están simplemente controlados por individuos que engañan a sus afiliados. Los funcionarios de tiempo completo constituyen una casta conservadora: son una formación social particular con sus propios intereses, separados y opuestos a los de la mayoría de los afiliados al sindicato. En vez de estar sometidos al control de los afiliados, los funcionarios controlan el aparato y por esa vía controlan a los afiliados. Este es el auténtico significado de la palabra burocracia: el dominio de los que detentan un puesto de oficina.

Los burócratas extraen privilegios de su rol de negociadores ante los capitalistas. Ganan más dinero que el salario promedio de los afiliados, y tienen acceso a los distinguidos círculos de la burguesía y a la vida pública. Como resultado de ello, esta burocracia tiende, en todas partes, a adaptarse políticamente al sistema capitalista, y es a menudo incorporada en los estamentos más bajos del estado capitalista. Actúa como un lugarteniente obrero del capital en el seno de la clase obrera.

A los obreros les predica una política reformista que deja los resortes fundamentales de la explotación y el control en manos del burgués. Cuando estalla el descontento obrero, la burocracia trata de calmar las cosas y de evitar las acciones militantes.

Cuando la paciencia de los trabajadores se acaba, los dirigentes sindicales pueden permitir, a regañadientes, que se realicen acciones, para no perder apoyo. Entonces hacen denuncias, a veces con frases de izquierda. Al mismo tiempo, limitan las acciones a protestas simbólicas, a huelgas de un día o a una serie de paros. El efecto que esto produce es el desgaste y la desmoralización de los activistas, lo cual prepara el camino para un acuerdo negociado que nunca satisface las exigencias de los trabajadores.

En respuesta a esto, los activistas obreros tratarán de reemplazar a estos líderes, eligiendo dirigentes que prometan un desafío más serio contra los patrones. Aún cuando los dirigentes de izquierda abracen las políticas anticapitalistas, o promuevan acciones huelguísticas por tiempo indefinido, éstos tienden, en todas partes, a dejar intacto el poder de casta de la burocracia. Los obreros se ven obligados a recurrir al coraje y al carácter incorruptible de un individuo aislado, un individuo que además se verá sometido, por fuerza, a una tremenda presión por parte de los patrones y la sociedad burguesa en su conjunto. Abundan los ejemplos de dirigentes de izquierda así,

que colapsan al calor de la lucha.

Incluso cuando se ven forzados a pelear, se rehúsan a apelar, pasando por encima de los otros dirigentes sindicales, a los obreros de otras industrias para que emprendan acciones de solidaridad. Reemplazar burócratas de derecha por burócratas de izquierda - aunque represente un paso adelante- es por lo tanto insuficiente. A menos que las raíces de la burocracia sean extirpadas, no podremos reconquistar el control de nuestros sindicatos y llevar las luchas sindicales a la victoria.

La burocracia no es en absoluto un fenómeno accidental, no es un cuerpo extraño implantado desde afuera en el seno de los sindicatos. Sus bases sociales subyacen en la emergencia de una aristocracia calificada de obreros. En muchos países, los sindicatos organizan todavía principalmente a los obreros calificados y a los sectores mejor pagos de la clase obrera, aquellos que disfrutaban de condiciones de vida no tan precarias. Esto es así porque los obreros tienen mayor poder de negociación en razón de su alta concentración en lugares de trabajo grandes, y por sus altos niveles de educación y capacitación. Pero estos puntos fuertes van a menudo de la mano con un espíritu corporativista, una conciencia artesanal y una falta de preocupación por la clase obrera en su conjunto. Su influencia puede conducir a que los sindicatos luchen por sus intereses específicos, al corporativismo y a una conciencia estrecha a nivel de su rama industrial u oficio. Estas prácticas y actitudes forman una base segura para los privilegios de la burocracia sindical.

Esta burocracia no desaparecerá de la noche a la mañana, pero puede ser derrocada mediante la organización de los obreros de base con el fin de que éstos ejerzan su control, y movilizándolo no sólo a los obreros calificados sino también a los sectores pobres, mal pagos y oprimidos de trabajadores. También es necesario articular un desafío político consecuente.

La casta burocrática no está solamente privada de todo espíritu de lucha, sino que tampoco posee teoría alguna. Al carecer de cualquier análisis del capitalismo como sistema, no puede comprender o explicar porqué los capitalistas deben atacar continuamente los niveles de vida de los obreros, porqué cada reforma que conquistamos es atacada por la burguesía, que se muestra resuelta a eliminarla. Tampoco pueden explicar porqué los imperativos de acumulación de ganancia de los patrones dictan que la porción del producto social de los obreros sea empujada a la baja.

En consecuencia, cuando los patrones afirman que las exigencias de los obreros destruirían la empresa al volverla no redituable, los burócratas se limitan a efectuar ruegos inútiles, o si no les advierten a los obreros que deben moderar su actitud. Cuando los patrones invocan la globalización como el motivo para mudar la producción al exterior, donde la mano de obra es más barata, los burócratas casi siempre recurren a una demagogia nacionalista, en lugar de promover la solidaridad internacional de los obreros.

Privados de una teoría que explique el capitalismo, los burócratas sindicales rápidamente, y sin pensarlo

adoptan...la teoría de los capitalistas.

Por el contrario, los obreros de base de los sindicatos no alientan ningún interés objetivo en mantener el sistema de explotación capitalista. Para escapar de la seguidilla infinita de batallas por los salarios y las condiciones de trabajo, el sistema explotador del trabajo asalariado y el capital debe ser abolido.

Los burócratas sindicales son agentes de los capitalistas, pero son agentes que trabajan en el seno del movimiento obrero. El papel excepcionalmente peligroso que ellos juegan exige un desafío excepcionalmente serio y consecuente de parte de los obreros.

En la sección tercera de este manifiesto, vamos a reflexionar más detenidamente sobre las formas que este desafío puede tomar. Por el momento, nos contentamos con resumir sus objetivos: recuperar los sindicatos como instrumentos de lucha obrera; la organización de las masas no organizadas en el seno de los sindicatos; el reemplazo de los dirigentes sindicales obsecuentes por luchadores probados; la globalización de la organización sindical a través de vínculos recíprocos de solidaridad; la democratización de los sindicatos de modo tal que puedan servir sólo a los obreros, y no como instrumentos de disciplinamiento en manos de los patrones.

Estos objetivos pueden ser resumidos en una única consigna: disolución de la burocracia sindical.

## La socialdemocracia

En Europa y en la mayor parte del mundo angloparlante, el movimiento obrero ha dado origen a partidos políticos de masas. La mayoría de éstos se originaron en la Segunda Internacional cuando ésta era aun marxista, aunque una minoría de partidos laboristas fueron establecidos directamente por las burocracias nacionales de los distintos países.

Hoy en día, la socialdemocracia alemana y escandinava, los partidos socialistas español, austriaco y francés, y los partidos laboristas belga y británico, junto al más recientemente fundado Partido de Trabajadores (PT) de Brasil encarnan todos una tremenda contradicción. Construidos y apoyados por las organizaciones de la clase obrera, siguen estando comprometidos con el capitalismo, tanto por su política como en su acción. Son partidos obreros burgueses. ¿Cómo es posible esto? La respuesta se halla en su historia, su estructura y su rol.

Al estallar la primera guerra mundial, los dirigentes de los principales partidos de la Segunda Internacional, tanto los de cuño "marxista" como los laboristas, declararon su lealtad a "sus propias" patrias imperialistas.

Abandonaron la lucha por una sociedad sin clases basada en la propiedad social de los medios de producción, limitándose por el contrario a propugnar la reforma del capitalismo. Desde entonces, nunca han vacilado en su lealtad para con los explotadores, especialmente en tiempos de guerra o de crisis. Partidos que una vez estuvieron basados en la lucha de clases

activa pasaron a focalizarse por completo en el parlamento y en ganar las elecciones, considerándolas como las únicas formas de mejorar los salarios obreros y las condiciones de vida. Su mensaje era simple: "Limitemos los manifiestos electorales a cualquier cosa que nos haga ganar la máxima cantidad de votos. Dejemos el socialismo y el internacionalismo para los discursos del primero de mayo."

Al mismo tiempo, siguieron manteniendo sus raíces en las organizaciones obreras, con el propósito de incorporarlas al régimen capitalista. Mantuvieron sus estrechos vínculos con los sindicatos mediante la afiliación directa, organizando fracciones políticas en los sindicatos, o simplemente asegurándose una presencia masiva entre los dirigentes y los militantes de éstos. Para mantener estos "lazos orgánicos" tuvieron que prometer "defender" los sindicatos, los niveles salariales, las reformas sociales y los derechos democráticos; por supuesto que siempre mediante medios pacíficos y legales.

Sostenían representar la independencia del movimiento obrero de los partidos abiertamente capitalistas en las elecciones municipales y parlamentarias. Las reformas sociales luego de la segunda guerra mundial fortalecieron las ilusiones de millones de obreros en que estos partidos podían reformar al capitalismo, o bien reemplazarlo con una sociedad nueva. Incluso ahora, en las elecciones, todavía ejercen un dominio total sobre los movimientos obreros nacionales.

Pero en el transcurso de las últimas décadas incluso los diputados y los burócratas sindicales se encontraron con que eran marginados. La cantidad de afiliados partidarios se redujo sensiblemente, y la vida interna de los partidos se esfumó. La base de activistas fue diezmada; las alas izquierdas fueron silenciadas, expulsadas o bien abandonaron los partidos de a cientos. En algunos casos, la izquierda desilusionada conformó partidos reformistas más pequeños.

Con la marcha triunfante del neoliberalismo en los '90, los periodistas y los académicos predecían que la socialdemocracia había quedado fuera de moda, que nunca conquistaría el poder otra vez; predecían que, en una palabra, ésta desaparecería. Pero estaban equivocados.

El resurgir de las luchas sindicales y el crecimiento de movimientos sociales más amplios en Europa en los '90 condujo a victorias electorales de los partidos laboristas y socialdemócratas. Pero si los trabajadores esperaban ver grandes reformas sociales, al estilo de aquellas de los años de posguerra, sus esperanzas fueron defraudadas.

La socialdemocracia acepta los dictados del neoliberalismo y de la globalización. La "tercera vía" de Blair y el "nuevo centro" de Schröder promueven las fuerzas de mercado a expensas del viejo programa keynesiano de la socialdemocracia. Sostienen que no hay alternativa a la privatización de las industrias, de la infraestructura y de las telecomunicaciones. Los impuestos a las empresas deben ser rebajados, hay que recortar el gasto público, y hay que recortar o eliminar

los derechos laborales en los lugares de trabajo. Como antesala a la privatización, arrastran al sistema de bienestar social a asociarse con el sector privado. En algunos países, las campañas y las acciones militantes han sido capaces de frenar este proceso, tornando inevitable la confrontación entre la socialdemocracia y la clase obrera.

Como preparación para esto, y so pretexto de la “guerra contra el terrorismo”, los gobiernos socialdemócratas han lanzado un ataque virulento contra las libertades civiles de sus ciudadanos. Al mismo tiempo, alarmados por el ascenso de los partidos racistas de derecha, los socialdemócratas han tratado de apropiarse de sus banderas lanzando lamentables ataques contra los derechos de los inmigrantes y los refugiados.

En periodos de radicalización, estos partidos usualmente desarrollan un ala izquierda cuya especialidad es “dirigir” con el fin de descabezar la lucha. Así como, cuando están en el gobierno, estos partidos naturalmente quedan expuestos por sí solos y desilusionan a sus seguidores obreros, de la misma manera renuevan esas ilusiones cuando están en la oposición.

Los revolucionarios están reducidos en la actualidad a una pequeña minoría en la mayoría de los países. Nuestra tarea primordial es disipar las ilusiones que abriga la clase obrera en las direcciones reformistas. Pero la propaganda por sí sola no es suficiente. Debemos trabajar pacientemente junto a los obreros reformistas, exigiendo a los dirigentes laboristas y socialdemócratas que peleen en defensa de los intereses de los trabajadores, para así revelar en la práctica las traiciones de estos dirigentes. Sólo de esta manera podremos los revolucionarios convencer a amplias capas del movimiento obrero de la necesidad de organizar un nuevo partido político que sea genuinamente propio, y así arrancarle la dirección del movimiento a la socialdemocracia y al laborismo.

## El estalinismo

A medida que los socialdemócratas se asocian cada vez más abiertamente con el capitalismo, ¿qué pasa con los “comunistas”? ¿Les proporcionará un nuevo hábito de vida la creciente resistencia actual?

Estos partidos crecieron como un torbellino por todo el mundo luego de un evento cataclísmico que sacudió al siglo XX: la Revolución Rusa. Aún así, lejos de aplicar las lecciones de 1917 y extender la revolución por el globo, los partidos comunistas pusieron en práctica las teorías elaboradas por los líderes soviéticos después de 1923, durante los largos años de la degeneración y retroceso de la Unión Soviética.

El rasgo distintivo de los partidos comunistas era su apoyo a las políticas de la burocracia soviética, luego de que ésta consolidara su dictadura en la Unión Soviética. La fracción de Stalin tiró por la borda el programa bolchevique de democracia obrera, de planificación democrática y de extensión de la revolución socialista a todo el mundo.

La nueva política de “socialismo en un solo país” fue impuesta a los partidos comunistas en la Unión Soviética y en el exterior mediante una serie de purgas y asesinatos.

En el seno de la Unión Soviética, el utópico intento de construir el “socialismo en un solo país” justificó el uso del terror para industrializar y colectivizar la agricultura. En el exterior, éste condujo a subordinar las políticas nacionales de los partidos comunistas a la política exterior de la burocracia gran rusa, y a sus relaciones con las potencias imperialistas, incluso allí donde esto conducía a la derrota de los partidos comunistas mismos, tal como sucedió en China, Alemania y España.

Los movimientos de liberación en los países coloniales y atrasados recibían el consejo de avanzar nada más que hasta el “estadio” del capitalismo democrático, lo que desorganizaba y desarmaba a las fuerzas de la clase obrera, dejando el poder en manos de los agentes locales del imperialismo.

En Occidente, los partidos comunistas se transformaron en una copia fiel de los socialdemócratas, defendiendo la utopía de la reforma, no la necesidad de la revolución, y proponiendo alianzas “amplias” con los sectores “patrióticos” de la clase capitalista nacional. La única cosa que distinguía a los partidos comunistas era su apoyo a la Unión Soviética.

Allí donde los partidos comunistas tomaron el poder en Europa oriental luego de la segunda guerra mundial, y en China en 1949 luego de una prolongada guerra campesina, impusieron sobre sus naciones una réplica de la URSS de Stalin. Los capitalistas fueron expropiados, pero los estalinistas preservaron las instituciones del estado burgués: el ejército permanente, la burocracia permanente y la policía.

El programa de democracia obrera -una economía planificada bajo el control de consejos obreros electos, defendidos por el pueblo mismo en armas- fue abandonado a favor de la planificación burocrática ejercida por una dictadura brutal que aplastaba cualquier oposición proveniente de la clase obrera. Incluso allí donde la toma del poder fue apoyada por las masas obreras y campesinas, como en Cuba y en Vietnam, los estalinistas les devolvían el favor a sus seguidores proletarios excluyéndolos de cualquier control sobre la vida económica, social y política.

El internacionalismo fue reemplazado por un chauvinismo nacional repugnante a medida que castas burocráticas rivales intentaban hacer prevalecer sus propios intereses fratricidas. En la URSS, las minorías nacionales fueron perseguidas y desplazadas, en Camboya y en los Balcanes fueron sometidas a un genocidio.

Estas no eran políticas socialistas; estos no eran países socialistas. Bajo el peso muerto de la casta burocrática, los partidos comunistas hicieron que sus sociedades se alejaran cada vez más de los objetivos y los métodos socialistas de la Revolución Rusa, y que paso a paso retrocedieran al capitalismo.

Bajo la presión del círculo imperialista, la carrera armamentística y el estancamiento de la planificación

burocrática, la burocracia no pudo continuar existiendo. Si bien la planificación centralizada, junto con el sacrificio y la abnegación de la clase obrera, pudo producir avances económicos iniciales formidables, la tasa de crecimiento no podía ser mantenida sin un plan democrático y la extensión de la revolución. Pero esto hubiera significado el fin del dominio de los estalinistas. Entonces optaron por conducir al "bloque socialista" hacia el estancamiento y el retroceso. Esto alentó a las burocracias dominantes a experimentar con "reformas económicas" que inevitablemente tendían a fortalecer a las fuerzas de mercado y a desintegrar la economía planificada.

Mientras que en la Unión Soviética esto condujo a una parálisis total en el seno de la burocracia, en China Deng Xiao Ping creó una base social favorable a las reformas pro-capitalistas mediante el restablecimiento de la agricultura privada y la creación de enclaves capitalistas en las provincias costeras. Para 1989, las tensiones que esto generó en el seno de la sociedad habían creado el "movimiento democrático" que fue finalmente aplastado por los tanques del ejército en la plaza Tiananmen.

En la URSS se introdujeron reformas de mercado para estimular la producción, junto con reformas políticas moderadas para volver a ganar legitimidad popular. Pero era demasiado tarde para salvar el dominio del partido. Bajo Gorbachov, la burocracia soviética reconoció que no podía arriesgarse a lanzar una represión al estilo Tiananmen, y retiró su apoyo a los regímenes del este europeo, firmando así su sentencia de muerte.

Una serie de alzamientos populares de masas contra las dictaduras burocráticas derrumbaron al estalinismo a lo largo y lo ancho de Europa oriental en 1989. Los aterrorizados gobernantes de la URSS quedaron divididos, preparando la caída del mismo Gorbachov en 1991, la disolución del Partido Comunista de la Unión Soviética y el restablecimiento de un estado capitalista.

En China, el Partido Comunista logró evitar este destino: resolvieron restaurar el capitalismo ellos mismos. Admitida nuevamente en el seno de la OMC, abierta una vez más a las multinacionales, China hoy en día está siendo sacudida por los despidos en masa, los cierres de fábricas y las luchas feroces de los obreros y los campesinos. Del "comunismo" no quedan más que los símbolos de oropel de la dictadura de partido único.

El famoso pronóstico de León Trotsky acerca de que la burocracia sería derrocada por la clase obrera, o bien arrastraría a la URSS de vuelta al capitalismo ha demostrado ser correcto, con trágicas consecuencias para los obreros de Europa oriental, Rusia, Asia central y su región sudeste, y también China. El estalinismo ha completado su misión histórica.

Por fuera de los antiguos estados obreros, los partidos comunistas han completado su transformación en partidos socialdemócratas. Su fortaleza y su importancia dependen enteramente de circunstancias nacionales y de la suerte de los partidos reformistas

rivales.

El Partido Comunista de la India (marxista) es el partido más grande e importante del vasto y poderoso movimiento obrero indio. Pero el PCI (m) hace mucho que ha hecho las paces con la burguesía, gobernando la provincia de Bengala occidental para beneficio de los capitalistas, apenas preocupándose de difrazar sus políticas neoliberales con un ropaje marxista.

En Italia, el Partido de la Refundación Comunista organiza a poderosas fuerzas de la clase obrera contra las políticas neoliberales de los burgueses y las instituciones globales. No obstante, ha sido incapaz de romper con el electoralismo, fundamentalmente reformista de izquierda, típico del viejo Partido Comunista italiano. Vacila, formando coaliciones gubernamentales de colaboración de clases con partidos burgueses y abandonándolas luego cuando la presión de su base y el electorado militantes aumenta demasiado. Sus líderes son "parte del problema" de la crisis de dirección de la clase obrera, pero sus militantes de base son potencialmente "parte de la solución".

Los revolucionarios le exigen a los líderes de estos partidos que rompan con la burguesía y tomen el camino de la lucha, mientras tratan de organizar a sus seguidores provenientes de la clase obrera y la juventud independientemente de sus dirigentes, alrededor de un programa de lucha revolucionaria.

Por el contrario, en Rusia, el Partido Comunista ha logrado concentrar en su seno toda la putrefacción del estalinismo decadente. Divorciado de cualquier movimiento de obreros que luchen por la libertad y el socialismo, el Partido Comunista de la Federación Rusa apoya el mercado, se opone a la renacionalización de la industria y habla de la necesidad de unificar "la tradición roja de preocupación por lo social con la tradición blanca de nacionalidad, de grandeza estatal, de imperialismo y de espiritualidad."

El partido se ha cubierto de oprobio al recurrir a la demagogia antisemita. En la segunda guerra en Chechenia, éste ha condenado toda política de paz como una rendición ante el "terrorismo checheno", y apoya las políticas racistas contra los caucásicos en las principales ciudades de Rusia. Muchos directores de fábrica pertenecen al partido; la mayoría se han transformado en "capitalistas mafiosos" y han saqueado sus propias plantas, o bien se han apoderado de la propiedad de ellas.

Hoy en día, sólo Cuba y Corea del Norte siguen siendo estados burocráticamente degenerados bajo el dominio de partidos estalinistas. A pesar de las sorprendentes diferencias entre ellos -el régimen de Castro conserva la impronta de sus orígenes populistas en la revolución anti-imperialista de 1959, mientras que la "dinastía" de Kim encabeza una dictadura totalitaria ultra-estalinista, impuesta por Stalin y por Mao Tse Tung- no existe democracia obrera en ninguno de los dos.

No obstante, sus castas burocráticas gobernantes, al menos por el momento, mantienen al capitalismo a

raya dentro de las fronteras de estos países, y resisten la presión norteamericana que busca la restauración del mercado “libre”. Los revolucionarios deben brindar solidaridad activa a estos estados contra la restauración capitalista, la contrarrevolución y la agresión militar y económica imperialista.

Pero allí también, sin embargo, se está acabando el tiempo para la casta parasitaria. O bien los obreros derrocan a esta casta y establecen el dominio de los consejos obreros democráticos, o ésta los entregará atados de pies y manos al imperialismo. Toda restricción de los derechos democráticos de los obreros y las masas populares debe ser resistida, y los derechos de las mujeres, y los gays y las lesbianas deben ser defendidos. Todo acuerdo secreto con los imperialistas y sus corporaciones debe ser denunciado, y hay que denunciar claramente los fracasos de la planificación burocrática. Sólo transitando este sendero pueden esos estados ser salvados de sumarse a las filas de los restauracionistas.

La derrota del estalinismo y de su influencia duradera sobre la clase obrera sigue siendo una necesidad acuciante. Una vez más, el socialismo debe dejar de ser sinónimo del callejón sin salida del burocratismo, para pasar a representar el dominio de los consejos obreros, la planificación democrática, el internacionalismo y la emancipación humana.

## El movimiento anticapitalista

En los últimos años del siglo XX, una nueva oleada de luchas abiertamente anticapitalistas se desarrolló en Norteamérica, Europa y algunos países semicoloniales. El blanco de esta hostilidad es descrito de distintas formas, como “globalización corporativa”, “neoliberalismo”, o más adecuadamente, “capitalismo global”. Una oleada de titánicas protestas sacudió a las reuniones globales de la elite neoliberal. En Seattle, las movilizaciones de masas obligaron a cancelar la cumbre de la OMC de 1999. Se sucedieron protestas alrededor del mundo contra las reuniones del FMI, el Banco Mundial, el Foro Económico Mundial y el G8. En el año 2001, 300.000 personas marcharon en Génova desafiando la sangrienta represión.

El nuevo movimiento anticapitalista cuestiona aspectos particulares de la globalización y el imperialismo, que incluyen el peso agobiante de la deuda externa sobre los países no imperialistas y la privatización de los servicios públicos. El movimiento se opone a los recortes en la asistencia social exigidos por el FMI y a las tácticas extorsivas usadas por la OMC para imponer el libre comercio en el Sur con el fin de barrer a los rivales de las grandes corporaciones. Los activistas anticapitalistas también se han resistido a la imposición del nuevo orden mundial diseñado por Estados Unidos, y a su “guerra contra el terrorismo”.

El movimiento anticapitalista es una alianza de diferentes fuerzas sociales y clases. Esta incluye a partidos políticos de clase media como los verdes, académicos críticos de la globalización e instituciones

liberales como muchas de las organizaciones no gubernamentales que hacen campañas contra la pobreza, el subdesarrollo y las desigualdades globales. Los programas de las ONGs que están activas en el seno del movimiento anticapitalista van desde la exigencia de una mayor inversión estatal en infraestructura, hasta los partidarios de la sustitución de importaciones en el tercer mundo. Así como sus objetivos son utópicos, del mismo modo restringen sus tácticas a métodos legales y de no confrontación. Rechazan la política basada en líneas de clase, promoviendo en cambio una amplia coalición de la “sociedad civil” con el fin de restringir el poder de las corporaciones.

Los llamados pidiendo la aplicación de impuestos a las transacciones del comercio exterior, o el cierre de los “paraísos fiscales” apenas si llegan a arañar la superficie de los privilegios de los capitalistas, sin llegar a cuestionar siquiera su poderío de clase. Al aceptar la tutela de los partidos reformistas tales como el Partido Socialista francés, la Izquierda Democrática italiana y el PT brasilero, un ala del movimiento busca regenerar al reformismo.

Todos estos sectores han confluído en ocasión del Foro Social Mundial realizado en Porto Alegre, Brasil. La clara intención del ala liberal de este movimiento es restringir todas las acciones a la protesta legal. En última instancia, intentará reconducir a las masas movilizadas por el movimiento anticapitalista al callejón sin salida del electoralismo. La lucha por evitar esto y por derrotar a los agentes de la burguesía liberal en el seno del movimiento anticapitalista es una tarea central.

El movimiento anticapitalista también incluye a sectores más radicales del movimiento obrero: los sindicatos combativos, los partidos reformistas de izquierda, los ex estalinistas, los centristas vacilantes y los trotskistas revolucionarios. También ha atraído a su seno a los militantes indígenas y a las organizaciones del campesinado pobre.

En el ala izquierda de este movimiento están los populistas radicales, los ecologistas y los anarquistas. Estas fuerzas ciertamente quieren destruir el poder de las corporaciones y el estado, pero rechazan la táctica y la estrategia necesarias para lograrlo. Son estas fuerzas las que le han dado al movimiento el nombre de anticapitalista. Pero su programa es completamente utópico: quieren “retornar” a la economía de pequeña escala, de carácter local, basada en la propiedad individual o en cooperativas descentralizadas. Sobre todo, rechazan el medio más importante para derrotar al capitalismo: que la clase obrera tome el poder.

El movimiento anticapitalista está en un estado fluctuante. Puede desintegrarse, cayendo víctima de su propia incoherencia, puede convertirse en un instrumento del resurgir de un nuevo reformismo de alcance internacional, o puede desarrollarse hasta un nivel superior, fusionándose con un nuevo movimiento obrero en alza y con los movimientos aliados de los oprimidos y los explotados.

Para aprovechar la oportunidad que representa el

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

resurgir de un anticapitalismo de masas, la clase obrera y la juventud revolucionaria necesitan, sobre todo, una organización con una clara línea de marcha. A partir del caos informe de objetivos y métodos contrapuestos hay que forjar un objetivo unitario. Se necesitan un claro programa de acción y un nuevo partido global para ligar la multitud de luchas contemporáneas en un objetivo común de revolución.

## Las viejas ilusiones y los nuevos anarquistas

En los últimos años del siglo XX, el anarquismo resurgió como fuerza política en América del Norte y Europa. Frente al colapso de los regímenes del este europeo y la conversión de los partidos socialdemócratas y laboristas al neoliberalismo, aquel brindó una alternativa radical a los jóvenes que quieren construir un mundo mejor. El nuevo anarquismo surgió a partir de movimientos ecológicos radicales y de organizaciones como Reclaim The Streets (Recuperemos las calles). Era fuertemente anti-estatal y anti-autoritario, y consideraba a menudo a la izquierda tradicional un enemigo tan grande como el propio capitalismo.

A pesar de la variedad de sus formas, todas las vertientes del anarquismo se han opuesto por principio al estado: tanto a hacerle exigencias al estado capitalista como a la creación de un nuevo estado de la clase obrera. Esto emana de su rechazo a toda autoridad, el cual va desde una oposición individualista a TODA autoridad, hasta llegar a la insistencia de los "comunistas anarquistas" en restringir el nivel de organización obrera a una muy laxa federación de organismos locales autónomos. El nuevo anarquismo que surgió en los '80 y los '90 ha reivindicado la máxima autonomía para el individuo y la espontaneidad en la lucha.

La mayoría de los anarquistas comprende, correctamente, que el propósito del estado en la sociedad capitalista es defender a la clase capitalista. Pero se rehúsan a reconocer que antes de la revolución social, la lucha de clases exige que los obreros intenten forzar a este estado a que extienda concesiones para la clase obrera (una jornada laboral más corta, un salario mínimo, impuestos a la riqueza, derechos democráticos y otras reivindicaciones por el estilo). Incluso llegan a rechazar aquellas reivindicaciones parciales que desestabilizan -y ayudan a quebrar- al estado (consignas transicionales).

De este modo, para los anarquistas consecuentes, presentar candidatos en las elecciones o votar en ellas -incluso cuando un candidato use esta plataforma para agitar por la revolución- es anatema, porque "consolida las ilusiones" en el estado y la autoridad. Esto significa que los anarquistas se ausentan sistemáticamente en los momentos principales cuando la sociedad en su conjunto está debatiendo cuestiones políticas. Ellos, en cambio, se contentan con formular denuncias abstractas contra todos los políticos, llamando a la gente a no votar. Esto ha conducido a los anarquistas más "consecuentes" a rechazar la lucha por reformas, tales como

imponer impuestos progresivos contra los ricos, la renacionalización de servicios básicos, llegando incluso a negarse a defender los derechos democráticos o bien apoyar la lucha de las naciones oprimidas por su independencia. ¿Cómo pueden oponerse a avances tan elementales para la clase obrera? Porque exigir que el estado actúe es "reconocer" la legitimidad del estado.

A la "trampa" de las urnas, los anarquistas le contraponen un reformismo estilo "hágalo-usted-mismo" a nivel local, el cual carece, por fuerza, de todos los recursos que están en manos del estado nacional o incluso la municipalidad. Por lo tanto, este reformismo es por necesidad mezquino en su escala, y es practicado en los márgenes de la sociedad, o bien a espaldas de ella. Nunca puede realmente cuestionar al reformismo desde el seno mismo de la lucha por la mejora concreta de las condiciones de vida de las grandes masas obreras, campesinas y de los pobres de las ciudades.

Por último, los anarquistas no logran reconocer que en un estado basado en consejos obreros democráticos, la clase obrera podría gobernar la sociedad. Cómo se puede destruir el poder altamente centralizado del capitalismo a no ser que se recurra a la organización centralizada de la clase obrera es una cuestión a la cual el anarquismo nunca ha dado respuesta, y a la cual nunca responderá. Los anarquistas desean "abolir el estado" en el primer acto de la revolución, sin llegar a ver que la pérdida del poder estatal centralizado por parte de la clase capitalista no pondrá fin a su resistencia. Se debe esperar siempre una dura y prolongada guerra civil, para la cual serán necesarios los consejos obreros locales, un gobierno y un ejército. Esto equivale, ni más ni menos, a la dictadura del proletariado que los anarquistas rechazan con horror, y a la cual combatieron con armas en la mano en Rusia entre 1918 y 1921.

Toda su perspectiva es utópica, ya que no toma en cuenta las necesidades prácticas y cotidianas del pueblo trabajador. En la práctica, muchos anarquistas apoyan, de hecho, las luchas sindicales, e incluso a los reformistas a nivel local, a pesar sus direcciones burocráticas y "autoritarias". Asimismo, cuando grandes cuestiones se ponen en juego en las elecciones, tales como la amenaza del fascismo en los '30, las fuerzas anarquistas de masas han capitulado a la "política", llegando incluso a participar en un gobierno burgués en España en 1936. La mayoría de los anarquistas hacen de la "acción directa" un fetiche, transformándola en un principio, en lugar de considerarla una táctica. Esto fortalece la política burguesa porque los conduce a abstenerse de las luchas de masas allí donde podrían cuestionar la legitimidad de los dirigentes reformistas. Las diferentes vertientes del anarquismo enfocan de modo diferente la actividad en los sindicatos. El nuevo anarquismo comete el error sectario de rechazar a los sindicatos como organizaciones de lucha, dándole de hecho la espalda a la clase obrera. Otros cometen el error de querer construir sus propios sindicatos anarquistas "puros". Igualmente errónea es la práctica oportunista del ala "obrerista" del movimiento anarquista, la cual se adapta a los sindicatos en forma acritica. Sobre todo, al

rechazar la organización de partidos de la clase obrera -no sólo partidos burocráticos, sino también partidos basados en la democracia obrera-, los anarquistas se oponen a desarrollar la herramienta más importante para derrocar al capitalismo.

Como sucede en lo tocante al rol del estado obrero, el anarquismo no logra comprender el papel del partido revolucionario. Cuando un partido revolucionario es descrito como una vanguardia, esto significa que debe actuar como una dirección revolucionaria para las masas obreras, no imponer la voluntad de una pequeña elite sobre la mayoría. Sólo un genuino centralismo democrático puede brindar una dirección y organización coherentes al conjunto del movimiento obrero, así como mantenerlas sujetas al control de la base. Un partido revolucionario también puede agrupar a los obreros más concientes, para hacerlos actuar colectivamente y para que desafíen las ideas reformistas de los líderes sindicales y los partidos burgueses.

Aunque los anarco-sindicalistas promuevan la utopía de un gran sindicato y una gran huelga, los cuales pondrían la economía en manos de los sindicatos y transformarían a la sociedad en una federación libre de comunas locales, algunos de los anarquistas que más han sido influenciados por el posmodernismo han recurrido a una guerra de guerrillas que consiste en lanzar acciones minúsculas contra el capitalismo, coordinadas vía los medios alternativos. Algunos han arribado incluso a la conclusión fatalista de que destruir a la "bestia" es imposible, y que lo mejor que se puede hacer es encontrar enclaves en los cuales ellos puedan vivir y realizar su utopía. De hecho, cualquier forma de comunidad alternativa puede ser atacada y liquidada por el estado mucho antes de que se torne una amenaza para el dominio capitalista.

La solución que el anarquismo ha planteado tradicionalmente a la cuestión de la organización es una federación de colectivos o comunas autónomas. Pero el federalismo es una idea endeble y plagada de problemas. Si no hay acuerdo entre los diferentes colectivos en cuanto a las decisiones regionales o nacionales a tomar, una minoría puede efectivamente mantener a la mayoría sujeta a su capricho, o peor aún, seguir su propio curso sin ningún control. Esto no sólo sería desastroso en una situación de guerra civil sino también en lo tocante a la organización efectiva de la producción y distribución de bienes. Inevitablemente surgiría un mercado en la esfera de la distribución, a partir de la "coordinación" negociada de unidades de producción completamente autónomas, dando lugar a su vez a una clase de propietarios, y conduciendo a un resultado particularmente "anti-autónomo": el dominio de clase. El federalismo es en sí mismo una solución utópica al problema, muy real, de cómo debe organizarse la clase obrera, desde el más pequeño comité de acción hasta la sociedad en su conjunto.

La teoría del anarquismo está saturada de ideas acerca de revoluciones espontáneas y carentes de dirección alguna. Pero sin una dirección revolucionaria conciente, la historia ha demostrado que todos los intentos en tal sentido acaban devolviendo el poder a los capi-

talistas.

Cuando se vieron confrontados con la política oportunista de la CNT, el sindicato anarquista de masas que se sumó al gobierno burgués, y con las tareas prácticas de la guerra civil, los anarquistas más radicalizados -como los "amigos de Durruti"- reconocieron, durante la guerra civil española, esta debilidad del anarquismo y rompieron con su programa, llamando a constituir una junta revolucionaria y a erigir un poder de la clase obrera.

La influencia de las nuevas formas de anarquismo tiene efectos destructivos sobre la capacidad de organizar acciones de masas. Muchos se oponen a las votaciones, insistiendo en cambio con que "se llegue a un consenso". Esto conduce a aprobar las mociones de mínimo común denominador -la propuesta más limitada-, o bien que aquellos que gritan más fuerte sean los privilegiados a la hora del debate. La coordinación democrática de las organizaciones de masas y de las movilizaciones es reemplazada por los "grupos afines", en el cual un pequeño grupo de amigos acaba teniendo el mismo peso en una discusión que las organizaciones de masas de la clase obrera. Lo más destructivo de todo ha sido la prohibición de participar en movimientos como los foros sociales, formulada contra los partidos de la clase obrera, iniciativa que ha sido apoyada por las ONGs y en verdad por algunos partidos reformistas también, así como también por los anarquistas, según el criterio de "rechazar la política" o de detener a las "organizaciones autoritarias".

Tampoco han sabido los anarquistas ponerse de acuerdo sobre los métodos de lucha a emplear, como puede verse a partir de sus feroces debates suscitados acerca de la violencia en las movilizaciones. Algunos sostienen que toda violencia debe ser descartada en principio, porque ésta es intrínsecamente autoritaria: esta tendencia tiene el mérito de ser consecuente con su rechazo a reconocer la realidad. Otros le adjudican a la violencia poderes casi místicos, en razón de que libera al individuo del respeto paralizante por el estado y la propiedad privada. En este punto, las opiniones abarcan estrategias contrapuestas entre sí, desde la acción directa no violenta y destrucción simbólica de la propiedad ("trashing") llegando incluso a la provocación de las fuerzas estatales. Ninguna de estas vertientes entiende el papel de la violencia en la lucha revolucionaria -como una cosa que debe ser preparada y ejercida por el movimiento de masas, mediante la formación de una fuerza de combate obrera y popular, organizada y de masas. Por último, cabe decir que el anarquismo ha sido incapaz de desarrollar un programa al cual grandes masas puedan dar su asentimiento, y que coordine sus acciones individuales según una estrategia coherente para destruir al capitalismo y a su estado. Esto significa que hay casi tantas vertientes del anarquismo como anarquistas. Esto significa que el anarquismo se ha mezclado y mimetizado con otras corrientes políticas, con el populismo la mayor parte de las veces, pero también con el liberalismo burgués, con el nacionalismo e incluso con el estalinismo (sectores del movimiento autonomista en Alemania e

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

Italia). En todos los niveles, de la teoría, la estrategia y la táctica; de las organizaciones y la práctica militante, el anarquismo es un callejón sin salida para la clase obrera.

## El populismo contra el pueblo

En ciertos países y regiones semicoloniales arrasadas por el neoliberalismo y la globalización, el populismo ha resurgido como una fuerza de masas que ha encontrado un eco en el movimiento anticapitalista en Occidente, especialmente luego del surgimiento de los zapatistas en México a mediados de los '90.

El populismo tiene una larga historia. En los últimos cien años, partidos populistas de masas surgieron en Estados Unidos, Rusia y América Latina. Los intelectuales, respondiendo a los padecimientos del campesinado, los pequeños granjeros y los pobres del campo, desarrollaron un movimiento radical, a veces revolucionario, contra los ricos y los poderosos.

En América Latina, fueron los grandes defensores de los pueblos indígenas contra las elites blancas. Aparte de los granjeros, los populistas trataron de ganarse una base social entre la clase obrera, la baja clase media y entre un sector "patriótico" de los burgueses, aquel orientado al mercado interno. Estas clases eran denominadas por igual como el "pueblo".

Los enemigos declarados de los populistas eran las grandes corporaciones monopólicas, los financistas y los banqueros, los grandes rancheros capitalistas y los sectores ligados a los grandes negocios agrícolas.

En América Latina, éstos concentraban su ataque en "la oligarquía" de los latifundistas (grandes propietarios), los banqueros y sectores de los comerciantes y capitalistas que actuaban como agentes del imperialismo.

El populismo latinoamericano desarrolló una estrategia de desarrollo industrial centrada en la sustitución de importaciones, la promoción de los servicios y las industrias estatales, medidas que en muchas formas eran similares a aquellas iniciadas por la socialdemocracia en Europa. También tendía a desarrollar un culto de los líderes carismáticos, fenómeno conocido con el nombre de caudillismo, alrededor de figuras como Lázaro Cárdenas (México) y Juan Perón (Argentina).

Durante el periodo de entreguerras, así como en la posguerra, los partidos populistas como el APRA peruano, el PRI en México, los justicialistas en la Argentina y el MNR en Bolivia representaban a las fuerzas "anti-imperialistas" radicales de sus países. Lograron atar al movimiento obrero a la coalición populista, primero mediante el radicalismo y las reformas sociales reales, más tarde mediante la integración de la burocracia sindical y un clientelismo muy difundido (entrega de favores políticos).

En los años del largo boom, la mayoría de los partidos populistas se convirtieron en partidos burgueses normales, aunque con una retórica nacionalista y un compromiso con el "desarrollo". Pero en los '80 y los

'90, uno a uno, sucumbieron al neoliberalismo y abandonaron sus programas desarrollistas, tal como los socialdemócratas estaban haciendo en Europa.

Pero, desde 1994, comenzó a surgir una nueva oleada de populismo. Este fue alimentado por la emergencia de los zapatistas en el estado mejicano de Chiapas, entre los pobres sin tierra que combatían a los terratenientes y a las multinacionales del "agribusiness". Esta no era una fuerza guerrillera tradicional, y negaba que tratara de "tomar el poder". En cambio, planteaba una estrategia, condenada a fracasar, que consistía en alentar a los movimientos sociales para que rodearan, desbordaran y reemplazaran al estado. En Venezuela, un caudillo más típico, Hugo Chávez, llegó al poder con el apoyo de los pobres urbanos y sectores de las fuerzas armadas.

El problema con el populismo es que debilita la independencia de clase de la clase obrera, la hace depender de los "salvadores de arriba", y trata de convencerla de que los sectores patrióticos de la clase capitalista son aliados confiables, sacrificándose así inevitablemente en aras del desarrollo capitalista nacional.

En Europa oriental, luego de la caída del estalinismo, también emergió todo un abanico de partidos populistas: el Smer, el HZDS, el SOP, el ANO en Eslovaquia; el Samoobrona y las Familias Polacas en Polonia. Existe también el peligro de que crezca el populismo en la ex URSS, como resultado del retroceso del proletariado industrial, del crecimiento de un campesinado poseedor de tierras y de grandes masas de desocupados crónicos.

Hoy en día, muchos activistas del movimiento anti-capitalista, influenciados por ideas populistas, creen que si la clase obrera reafirma su lugar dirigente en la lucha, esto de alguna manera "dividiría al pueblo".

Se quejan de que la dirección de la clase obrera "excluirá" de alguna manera a las otras fuerzas sociales que deben ser ganadas para la lucha contra el capitalismo. Pero en realidad sucede exactamente lo contrario.

Cuando quiera que la clase obrera se pone al frente de la lucha, las masas, lejos de dividirse, se unen más poderosamente que nunca antes.

Al forjar una alianza con la clase obrera, el campesinado y los pobres de las ciudades no son más débiles, sino que se vuelven más fuertes, ya que finalmente cuentan con aliados que tienen el poder social, la disciplina y la fortaleza colectiva como para paralizar al capitalismo por completo y así crear un orden social cooperativo.

En consecuencia, el populismo no conduce a ningún "pueblo unido" de modo ideal, sino que permite que la intelectualidad liberal y los políticos capitalistas "izquierdistas" hagan retroceder al movimiento hacia el apoyo al capitalismo. El populismo, tal como se nos presenta hoy en día, al igual que en el pasado, va en última instancia en contra del pueblo. ☆

## El islamismo: una fuerza anti-imperialista?

El fracaso de la socialdemocracia, del estalinismo y del

nacionalismo secular, que no lograron romper con el dominio del imperialismo, ha provocado al ascenso de movimientos islámicos radicales en los países árabes. En el Medio Oriente y en el norte de África, el islamismo creció a expensas de las fuerzas nacionalistas seculares ya derrotadas.

El islamismo fue durante décadas una fuerza anti-soviética, y a fines de los '80 sirvió de instrumento de Estados Unidos en Afganistán, Pakistán y en otros lugares. Pero la toma del poder por parte de fuerzas islámicas en Irán, el desembarco de las fuerzas armadas norteamericanas en Arabia Saudita, el impacto de la globalización y -sobre todo- la represión lanzada por Israel contra los palestinos, fueron factores que cambiaron su orientación, transformándolo en una fuerza anti-norteamericana, la cual adoptó una retórica "anti-imperialista" y en ciertos países incluso emprendió la lucha contra las fuerzas norteamericanas e imperialistas.

Cuando movimientos islámicos, como el Hamas en Palestina, emprenden acciones contra los imperialistas y los usurpadores israelíes, la clase obrera debe realizar acciones concertadas con ellos y defenderlos de la represión. En Occidente, las organizaciones y las comunidades musulmanas, incluyendo aquellas islámicas, se han sumado a los movimientos de masas que se oponen a la "guerra contra el terrorismo" orquestada por Estados Unidos. En este caso, también, la clase obrera debe tratar de realizar acciones comunes con estos movimientos contra la guerra imperialista y el racismo, defendiendo el derecho del pueblo musulmán a practicar su religión, sin persecuciones ni intimidación.

En particular, debemos repudiar la ideología "orientalista", de corte islamofóbico, que está siendo difundida en la actualidad por los sectores ultra-reaccionarios y la derecha cristiana en Estados Unidos y en otros lugares, la cual sostiene que el Islam es intrínsecamente más reaccionario que las otras religiones del mundo, y que por lo tanto debe ser expulsado de la sociedad "civilizada" por medio de una Cruzada milenarista.

Pero en todos los momentos, y en todos los países, la precondition para emprender acciones comunes con los movimientos islámicos es que las organizaciones obreras no deben aceptar restricción alguna sobre su libertad de acción, agitación o propaganda, incluyendo la propaganda contra las políticas reaccionarias de los sectores islámicos.

La estrategia de conjunto de los partidarios del islamismo es socialmente reaccionaria. Su hostilidad hacia los derechos de las mujeres, y hacia todas las libertades seculares y democráticas, los transforma en enemigos de la liberación de los pobres, los explotados y los oprimidos, a pesar de toda su demagogia social. Los intentos de imponer la ley Sharia son un golpe duro contra las libertades del pueblo, contra su derecho al voto, contra la libertad de reunión, de organizarse y practicar cualquier religión que éste elija...o el derecho a no practicar ninguna religión en absoluto. Cuando los partidos islámicos denuncian

los males del moderno capitalismo occidental, no lo hacen desde el punto de vista progresivo del desarrollo socialista y la libertad humana, sino desde el punto de vista reaccionario de los clérigos y las antiguas clases propietarias y los terratenientes. Su objetivo es una sociedad sumida en la explotación y la opresión. Incluso el apoyo que brindan a la asistencia para los pobres conlleva un precio muy alto: el control clerical sobre las relaciones sociales y la vida privada. Su actitud hacia las organizaciones obreras - los partidos, los sindicatos, las asociaciones - es de cerrada oposición, y llega hasta la utilización de escuadrones de la muerte contra nosotros. Apoyamos la autodefensa obrera contra la reacción islámica y estamos a favor del derrocamiento de los regímenes islámicos y de su reemplazo por gobiernos obreros y campesinos.

El atractivo más poderoso que ejerce el islamismo sobre la juventud radicalizada en Medio Oriente, y sobre la juventud de origen asiático y africano que reside en Europa, es su retórica anti-imperialista y su denuncia de las fuerzas seculares por su actitud conciliadora hacia el sionismo y el imperialismo. Pero en último análisis, incluso esta denuncia es un fraude. Al oponerse a los métodos de lucha obrera de masas, las fuerzas islámicas intentan bloquear a la única fuerza que puede romper con el dominio del capital global y sus agentes locales.

Por el contrario, éstas recurren al terror indiscriminado contra las poblaciones civiles, lo cual ayuda a sus enemigos imperialistas, al brindarles un pretexto para lanzar oleadas de salvaje represión. Al mismo tiempo, esto contribuye a desorganizar a las masas, empujándolas a apoyarse en organizaciones guerrilleras elitistas en pos de su salvación, en vez de confiar en su propio poder y en su propia organización democrática.

Pero la condena del terrorismo islámico por parte de los revolucionarios no tiene nada que ver con la hipócrita "moral civilizada" invocada por terroristas de estado como Bush, Blair y Putin. Para ellos, "terrorismo" significa toda fuerza que sea usada por gente que es hostil a sus intereses. Comparado con las acciones de Estados Unidos en la Guerra de Irak, las de Rusia en Chechenia, o las de Israel en Jenin, Osama Bin Laden es un pobre aprendiz.

Allí donde las fuerzas islámicas o fundamentalistas están en el poder -Arabia Saudita, Irán, Pakistán-, actúan como agentes de la clase capitalista y tienen una actitud conciliadora hacia el imperialismo. La única estrategia que puede asegurar la libertad es aquella basada en la acción independiente de la clase obrera, la cual debe promover los derechos democráticos y la emancipación social de los obreros, las mujeres, los campesinos pobres y la juventud, y que debe unificar la lucha contra el imperialismo con la lucha por el derrocamiento de la clase capitalista nacional y su régimen, sea éste de corte nacionalista, baasista, militar o islámico. ☆

## Capítulo 4

# UN PROGRAMA DE REIVINDICACIONES TRANSITORIAS

### La naturaleza de las reivindicaciones transitorias

Desde su nacimiento, el movimiento revolucionario se ha visto obligado a enfrentarse con un problema: ¿cómo ligar las luchas cotidianas de la clase obrera en el seno del sistema capitalista con la lucha por derrocarlo?

Millones de obreros exigen salarios más altos, jornadas de trabajo más cortas, mejor servicio de salud y educación. Pero incluso cuando estas reformas se consiguen, no son más que temporarias; en el momento en que bajamos la guardia, los capitalistas tratan de poner sus garras sobre ellas. Las reformas graduales, por su parte, no pueden nunca eliminar la explotación capitalista.

Por otro lado, si los revolucionarios se limitan a hacer propaganda por el socialismo y no participan en la lucha por las reformas, nunca conquistarán influencia de masas en la clase obrera.

Para evitar esta trampa, las luchas inmediatas de la clase obrera deben ser transformadas, de modo tal que satisfagan las necesidades inmediatas y desafíen el poder de los capitalistas en su conjunto. Éstas necesitan atacar los pilares fundamentales del poderío de los patrones: el “derecho de contratación y de despido”, “el secreto comercial”, “el derecho de los gerentes a dirigir”, el control del proceso de trabajo, la propiedad y el disponer de los lugares de trabajo y los recursos de éste.

Fue con este fin que el movimiento revolucionario desarrolló la idea de las consignas transicionales. El programa de reivindicaciones transitorias actúa como puente entre las luchas defensivas parciales, y la lucha por la revolución socialista. Estas consignas son a la vez la forma más efectiva de resistir a los capitalistas y un desafío a la esencia del sistema mismo.

Las reivindicaciones transitorias promueven la formación de nuevas organizaciones de control obrero, desafiando directamente la propiedad capitalista y el gerenciamiento de ésta. Ayudan a transformar a las organizaciones del movimiento obrero y la conciencia de los obreros mismos. Cada consigna transicional encarna una lucha por algunos elementos de control obrero directo en el lugar de trabajo y en la sociedad en su conjunto.

### La globalización desde abajo

En la era de la globalización, tenemos que luchar desde el comienzo no sólo a escala local, sino mundial.

Las recientes iniciativas tendientes a realizar acciones comunes contra las corporaciones multinacionales son inmensamente progresivas. Esta tenden-

cia a la organización internacional está creando también condiciones nuevamente favorables para renovar aquellos movimientos obreros nacionales que han sufrido severas derrotas y un marcado retroceso. El deber de los revolucionarios es dar una expresión consciente y militante a esto.

Hay que construir lazos en el seno de las compañías multinacionales y las empresas locales, o entre obreros de industrias similares. Estos lazos hay que construirlos no sólo entre los sindicatos oficiales, sino a nivel de los lugares de trabajo, entre los obreros de base.

Necesitamos librar una lucha internacional contra las multinacionales. Esto significa que tenemos que organizar acciones coordinadas que apunten a desbaratar su cadena de producción y sus sistemas de comercialización. Las acciones de solidaridad deben ser desarrolladas desde el primer día de cada una de las luchas. De la misma manera, cuando movimientos obreros nacionales en el segundo y el tercer mundo emprenden acciones para resistir los “programas de ajuste estructural” del FMI, o los dictados de la OMC, deben contar con todo el apoyo de los sindicatos del “primer mundo”. Las acciones de solidaridad deben trascender el terreno de las declaraciones de apoyo redactadas por los estamentos dirigentes, extendiéndose hasta la acción en la fábrica, incluyendo el boicot y la negativa a comerciar los bienes de la compañía en conflicto, el envío de delegaciones internacionales, el inicio de huelgas y la ocupación de los lugares de trabajo.

Es necesario desplegar una rápida acción solidaria cuandoquiera que los sindicatos sean perseguidos por sus propios gobiernos nacionales. Esto no sólo creará una nueva identidad internacional consciente en el seno de la clase obrera mundial, sino que también enviará una señal a los patrones de las corporaciones, y a sus políticos, de que la era de las rebajas salariales, las privatizaciones y la desregulación ha tocado a su fin.

Tenemos que pelear contra el “ajuste en toda la línea” de la globalización corporativa. Por el contrario, tenemos que nivelar hacia arriba las condiciones de trabajo, medioambientales, sociales y de derechos humanos, hasta alcanzar los niveles más altos posibles. La lucha por aumento de salarios, por acabar con el trabajo de los niños, por el reconocimiento de los sindicatos, por los derechos democráticos, todo esto debe estar en el centro de nuestras actividades. Hay que obligar a las corporaciones, los estados nacionales, los bloques regionales, las autoridades financieras internacionales a que acepten las exigencias de condiciones mínimas: reglamentos estipulando los derechos laborales, las condiciones de trabajo, el salario míni-



mo, las condiciones sociales, y que reconozcan los derechos sindicales y democráticos. En caso de que se dicten leyes o reglamentaciones, o haya garantías otorgadas por los patrones y los estados, tenemos que luchar porque sean implementadas recurriendo a las huelgas.

Debemos abrir los foros nacionales e internacionales donde se toman realmente las decisiones a la inspección de los representantes de los obreros, los campesinos y las comunidades pobres. Debemos pelear por el derecho de acceso a los registros computarizados de los bancos y las multinacionales. Esto significa alentar y defender a los denunciantes que surjan en el seno de estos bastiones corporativos secretos.

Los sindicatos deben hacer cumplir los estándares globales de seguridad, beneficios y educación a las corporaciones globales. Los sindicatos deben elaborar una carta global de derechos y condiciones, y actuar en consonancia para hacer que sea implementada en cada multinacional, en todas las naciones. Debemos oponernos a los cierres de plantas, o al desplazamiento de las operaciones de las multinacionales desde una zona de mano de obra barata a otra donde ésta es más barata mediante acciones de solidaridad, y con campañas políticas por la expropiación inmediata, y sin pago, de sus propiedades si se rehúsan a satisfacer los reclamos de los obreros.

Los obreros necesitan pelear en pos de una genuina socialización, no por la "regulación estatal" a la antigua usanza o la nacionalización al estilo capitalista; una socialización que inaugure la propiedad social colectiva y democrática, enraizada en todos los lugares de trabajo, y extensiva a todas las empresas, tanto a nivel nacional como internacional. Esto sólo podrá ser logrado mediante una lucha por la nacionalización de las empresas sin pago, y por el control obrero de cada empresa, sobre la producción y la distribución de los productos y servicios.

Debemos denunciar el dominio ejercido por las corporaciones sobre la política local, nacional y mundial, las cuales usan sus vastos fondos para sobornar a los funcionarios de los gobiernos y a las autoridades locales. Debemos hacer romper a las organizaciones de obreros y campesinos pobres con los partidos burgueses, denunciando su incapacidad para satisfacer nuestros reclamos. Necesitamos construir nuevos partidos de los obreros y los campesinos pobres cuyos puntos fuertes no sean las contribuciones monetarias que reciben de las corporaciones sino su capacidad de movilización en las calles y los lugares de trabajo. Nuestros partidos obreros bien pueden presentarse en las elecciones para ganar apoyo para este programa de acción, pero siempre deben explicar que no es allí donde radica el poder genuino de la sociedad.

Debemos abrir los medios de comunicación masiva mundiales a las masas. Una nueva arma de lucha, que incluye el difundido uso de Internet, ya está siendo creada desde abajo en los medios de difusión de los sindicatos, las organizaciones campesinas, los anticapi-

talistas de Occidente y las comunidades del tercer mundo. Aunque la información por sí sola no significa el poder, y aunque el sistema capitalista no pueda ser destruido mediante una guerra de guerrillas mediática solamente, debemos defender a los medios alternativos de los ataques inevitables del estado y de las corporaciones mediáticas de millonarios como los Murdoch y los Berlusconi. "Los medios para la mayoría, no para los millonarios"; debe ser nuestro grito de guerra. Nuestro objetivo es expropiar sus enormes corporaciones mediáticas y ponerlas a funcionar bajo control obrero.

Hay que pelear por un desarrollo planificado, sustentable desde el punto de vista medioambiental, del segundo y tercer mundo. En la medida en que la mayoría de la humanidad no tenga acceso al agua potable, a servicios sanitarios, electricidad, servicios de salud, educación primaria y secundaria, no es más que una completa arrogancia, típica del primer mundo, hablar de "congelar el desarrollo" o pedir "que no haya desarrollo económico". Podemos hacer descender los niveles de vida de los ricos sin problemas; podemos disminuir el enorme derroche que significa el consumismo exacerbado del primer mundo; podemos hacer un ahorro enorme recortando el derroche que significa una producción ciega en pos de ganancias; pero tenemos que aumentar la producción de los productos básicos para la vida para aquellos que en el presente se ven privados de ellos.

En la esfera de la agricultura, debemos poner fin al dominio de las corporaciones agrícolas y de las grandes propiedades latifundiarias de los ricos, y reducir la superproducción para un mercado desconocido. Hagamos que la agricultura sirva para el bienestar de la humanidad en el marco de su medio ambiente natural y social. En vez de la meta de las ganancias destinadas a los accionistas de las corporaciones agrícolas -las Chiquitas y las Monsanto- la agricultura debe satisfacer las metas sociales de brindar alimentos para todos, empleando a la población rural, y saneando el medio ambiente natural.

## Destruyamos al FMI, el Banco Mundial y la OMC

Los recientes programas de "alivio de la deuda" han fracasado miserablemente, sin lograr sacar de la pobreza a los miles de millones de personas afectadas por los pagos de la deuda. Hay que poner fin a la esclavitud de la deuda, y hay que compensar al mundo semicolonial por el saqueo de sus recursos humanos y naturales. En los países del G7, debemos luchar por la condonación total e incondicional de la deuda de todos los países de América Latina, África, del sudeste asiático y de Europa oriental. En los países acreedores, tenemos que pelear por el no pago de la deuda por parte de sus propios gobiernos. Ni el libre comercio ni el proteccionismo, bajo el capitalismo, pueden satisfacer las necesidades de los seres humanos y su bienestar en este planeta. En la medida en que exista el capitalismo, nos oponemos al proteccionismo de los países desar-

rollados contra los productos del Sur global. Aquí sí estamos a favor del libre comercio. Hay que abolir el Tratado de Libre Comercio, la Política Agrícola Común y otras armas proteccionistas del arsenal de los estados imperialistas. No obstante, apoyamos el derecho de los países del tercer mundo a defender sus mercados de las importaciones baratas provenientes de los países imperialistas.

Pero los obreros no deben atar su propia defensa a los intereses de sus clases capitalistas nacionales, y deben repudiar el proteccionismo como estrategia, en razón de que el desarrollo autárquico está condenado a fracasar, como ya sucediera en el pasado (por ejemplo, en la India en los años '60). La respuesta a aquellos patronos que sacan ventaja de la "mano de obra barata" en el segundo y el tercer mundo no es excluir sus productos mediante barreras arancelarias, sino usar la presión sindical y democrática para aumentar los salarios y mejorar las condiciones sociales de estos países, aproximándolos a los niveles del "primer mundo".

Los militantes sindicales de los países imperialistas deben abandonar por completo sus reclamos por imponer embargos comerciales y altos aranceles contra sus compañeros trabajadores del mundo semicolonial. Por el contrario, para desarrollar nuestra fuerza global, deben brindar la más completa solidaridad a los obreros que pelean por obtener derechos sindicales y salarios más altos en las semicolonias y en el ex "bloque del Este".

Hay que resistir la ofensiva del FMI y la OMC que busca privatizar la infraestructura y los servicios sociales que en la actualidad son brindados por el estado. El resultado, allí donde el FMI y el Banco Mundial han tenido éxito, ha sido transformar lo que una vez era agua, educación y provisión de salud gratuitas en servicios inaccesibles para millones de personas. Debemos defender y extender estos servicios a expensas de los capitalistas, costeándolos con los impuestos y la confiscación de las ganancias. Las heroicas batallas libradas contra la privatización del agua y la electricidad en América Latina y Sudáfrica, que presenciaron huelgas generales, ocupaciones, movilizaciones masivas y bloqueos de caminos, y que fueran coordinadas por asambleas sociales locales, muestran el camino a seguir. El FMI, el Banco Mundial y la OMC deben ser abolidos, y los representantes del Sur deben desvincularse de ellos inmediatamente, negándoles cualquier pretensión de legitimidad. ¡Desafiemos cada una de sus reuniones y cumbres con bloqueos y protestas masivas!

## La lucha contra la inflación y la deflación

La inflación y la deflación son armas que tienen los capitalistas para resolver la crisis de su sistema a expensas de la clase trabajadora. Esperan vencer la resistencia colectiva de los obreros condenándolos a la miserable batalla individual y cotidiana por el alimento. Contra la inflación y la deflación decimos: "¡Que

los ricos paguen!"

Bajo condiciones donde el aumento de precios recorta los salarios obreros, como en Argentina 2002, debemos pelear por la escala móvil de salarios. Esta debe garantizar un aumento salarial acorde con el aumento en el costo de vida de los obreros y sus familias. Para hacer efectivo esto, debemos construir organizaciones para vigilar los precios. Hay que elegir delegados en los lugares de trabajo, en los barrios, en las organizaciones de mujeres trabajadoras y de consumidores, los cuales pueden elaborar juntos un índice obrero y popular del costo de vida. Las pensiones deben ser indexadas según la inflación y estar garantizadas por el estado, no deben quedar libradas a merced de los mercados financieros.

En condiciones de hiperinflación y de desempleo en masa, estas organizaciones pueden promover la lucha por tomar el control de los supermercados y distribuidoras mayoristas para salvar a los pobres y a los desempleados del hambre. A largo plazo, no obstante, asegurarse el control completo sobre los productos básicos para la vida significa establecer el control obrero sobre la industria alimenticia, las grandes granjas, las plantas de producción de alimentos, el transporte y las cadenas de supermercado. En muchos países, también significará establecer vínculos comerciales directos entre los obreros y los campesinos por el intercambio de bienes. Esto implica la creación de comités de obreros y campesinos para controlar el precio de los alimentos y su distribución.

La deflación -la caída de precios- es un problema que afecta crecientemente al mundo desarrollado a medida que las burbujas financieras y de activos estallan. Los trabajadores se ven afectados en razón de que el peso de sus deudas aumenta y el valor de sus futuras pensiones es estipulado por compañías de seguro en crisis. El estado debe tomar el control de todos los fondos privados de pensión y proteger el valor de las pensiones, poniéndolas bajo control de los sindicatos. Las deudas de los hogares obreros deben ser canceladas, nacionalizando las compañías de crédito.

Para acabar con la inflación y la deflación, debemos apoderarnos del control de oferta de dinero: los bancos centrales y sus principales conglomerados financieros, y obligar a que los nacionalicen completamente. Así podremos evitar la transferencia de capitales al exterior cuando los ricos tratan de huir de las consecuencias de sus ruinosas políticas.

## El flagelo del desempleo

El desempleo es un rasgo permanente de todo país capitalista. En las semicolonias, la caída de los precios de las materias primas en el mercado mundial, la privatización y el "libre comercio" de las multinacionales han devastado la industria y la agricultura por igual. Las corporaciones del negocio agrícola han empujado a millones de campesinos sin tierra en dirección a las ciudades donde -en razón de que no pueden encontrar trabajo- se hunden todavía más en la pobreza,

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

cayendo en las filas del lumpenproletariado.

En los países imperialistas, también, la racionalización, la privatización y la fuga de empleos hacia países con bajos salarios han arrojado a millones a una existencia de parias sociales. Contra esto, exigimos trabajo para todos. Esto sólo puede lograrse recurriendo a la acción directa militante contra todos los despidos y los cierres. Hay que realizar huelgas, ocupaciones de los lugares de trabajo por parte de los trabajadores afectados, acciones militantes de las organizaciones de desempleados, huelgas de solidaridad de aquellos que todavía no han sido afectados. Estas luchas deben ponerse como meta el logro del control obrero de las empresas.

Bajo el régimen de control obrero, el trabajo debe ser compartido entre todos los obreros de una empresa, y hay que reducir la semana de trabajo para permitir esto, una escala móvil de horas de trabajo sin rebaja salarial. Para los desempleados luchamos por trabajo o en su defecto paga completa: un seguro de desempleo pagado al nivel necesario para mantener al trabajador y a aquellos a su cargo, tal como lo decida democráticamente el movimiento obrero. Estos beneficios completos deben ser exigidos por todos aquellos a quienes el capitalismo excluye de la producción social a causa de su edad, discapacidad o enfermedad.

Los desempleados no deben ser considerados como apéndices o auxiliares en la lucha contra el desempleo. En Argentina, los piqueteros han adoptado la táctica del corte de rutas, que golpea al comercio y la producción de modo tal que los capitalistas no pueden dejar abandonados con total impunidad a sus antiguos obreros. En muchos países, las organizaciones de trabajadores desocupados han demostrado ser un sector militante vital de la vanguardia obrera. Pero los desocupados no pueden luchar y triunfar por sí solos. Necesitamos la unidad entre los ocupados y los desocupados.

Hace falta construir movimientos de masas de desocupados que sean democráticos, con apoyo financiero de los sindicatos, pero libres del control de la burocracia y con plena representación en el seno del movimiento obrero. Estas organizaciones jugarán un rol vital a la hora de evitar que los desocupados caigan en las garras de ideologías fascistas, racistas, la reacción religiosa, la criminalidad y la lumpenización. Son un medio vital para alentar a los trabajadores ocupados a emprender una lucha activa en defensa de sus propios puestos de trabajo, así como también para alentar a sus hermanos y hermanas de clase desempleados.

Con el fin de integrar a todos los sin trabajo al proceso productivo, y para permitirles realizar un trabajo socialmente útil, luchamos implacablemente por un programa de obras públicas bajo control obrero, pagado por el estado capitalista.

A través de la historia, cada uno de estos reclamos se ha topado con el grito de que nuestros gobernantes "no pueden costearlo". Cuando rechazan nuestros reclamos de salarios decentes en el sector estatal o de realizar mejoras en los servicios sociales con el argu-

mento de que el presupuesto se tornaría deficitario, entonces respondemos: "¡Impuestos progresivos a los ricos!"

Hay que luchar por la creación de un impuesto progresivo a las ganancias y la riqueza. Con estos ingresos será posible comenzar a financiar las necesidades de las masas. Impuestos a los ricos, no a los pobres. Los impuestos indirectos sobre artículos de consumo de masas, y los impuestos que se aplican a los salarios obreros deben ser abolidos. Si los ricos tratan de ocultar sus activos o evadir el pago de impuestos, entonces todos sus activos deben ser confiscados.

## La propiedad social y la economía planificada

Bajo el capitalismo, los revolucionarios defendemos la propiedad estatal contra la privatización porque esto hace de todas las cuestiones concernientes a despedir o contratar personal, la calidad del servicio o del producto, problemas que atañen al conjunto de la sociedad, y no una cuestión restringida al contrato privado entre los empleadores, los empleados y los clientes.

Es por esta razón que la clase capitalista no desea la propiedad estatal -o sólo la tolera para socializar las pérdidas de las industrias en bancarrota consideradas "demasiado grandes para dejarlas caer". Pero estas industrias y servicios nacionalizados no son "socialistas", ni siquiera constituyen una propiedad social. El estado que los posee es todavía capitalista, y trata por todos los medios a su disposición de forzar al "sector público" a que sirva a los intereses a largo plazo de la ganancia, subsidiando los precios de las materias primas, el transporte o la energía que tienen que pagar las grandes corporaciones.

La propiedad social genuina significa que los medios de producción y cambio, los medios de transporte, pertenecen a la sociedad, no a los accionistas privados o a un estado autoritario.

Los revolucionarios exigen la nacionalización de los bancos, de las instituciones financieras claves, de las compañías de transportes y servicios y de la gran industria bajo control obrero, sin que se entregue un solo centavo en concepto de compensación a sus antiguos dueños capitalistas. Exigimos la nacionalización de toda empresa que despida a sus trabajadores, o que se niegue a pagar salarios mínimos, a respetar la legislación que protege a los trabajadores, o que no paga impuestos.

Cuando no haya propiedad privada en la economía, la "propiedad" encarnará en aquellos que producen, y en aquellos para quienes éstos producen, en el nivel adecuado, sea éste local, regional, nacional o internacional. Todo aquello que pueda ser decidido a escala local, lo será. Se efectuarán asignaciones más amplias de recursos y mayores intercambios de productos, a escala nacional, regional o mundial. Como no habrá lucha competitiva por las ganancias, ni privilegios ocultos para los burócratas y los expertos, no

habrá necesidad de secreto comercial alguno. La información sobre los recursos y las decisiones estará al alcance de todos.

No tendríamos un solo plan central monstruoso y burocrático, tal como el que existía bajo el estalinismo, donde todo era decidido en un lugar por una casta de burócratas privilegiados. En el socialismo genuino, lo que existirá serán series ascendentes de planes en los niveles adecuados, cada uno decidido después de un debate en un ámbito de democracia de obreros y consumidores.

## ¡Transformemos a los sindicatos!

Para fortalecer a los sindicatos como instrumentos de lucha y para romper el dominio de la burocracia sindical conservadora, proponemos la organización de movimientos de oposición de base –en el seno de los sindicatos y aglutinando varios de ellos– comprometidos con los siguientes objetivos claves:

- la elección y la revocabilidad de todos los funcionarios.
- el pago a los funcionarios sindicales según el salario promedio que perciben sus afiliados.
- todas las huelgas y piquetes deben estar bajo control de los delegados de los obreros en lucha.
- por la acción militante, no a la colaboración con la burguesía.

Todas las huelgas deben ser sometidas al control de los delegados de los obreros en lucha. Un sindicato por empresa y un sindicato por rama industrial: apoyamos la acción sindical sobre la base de la democracia y la lucha de clases.

Apoyamos el 100% de sindicalización y el derecho de los sindicatos a exigir la afiliación obligatoria como condición de empleo en todas las empresas.

Luchamos por la completa independencia de los sindicatos del estado capitalista, por poner fin a las restricciones estatales sobre la actividad sindical, y por la abolición de todas aquellas leyes que restringen y penalizan la actividad sindical.

Luchamos por comités de fábrica y empresa para reafirmar el derecho de los obreros a controlar la producción. Propugnamos la creación de comités interdistritales e inter-fabriles, constituidos por delegados electos en los lugares de trabajo, para echar abajo las divisiones por rama y así debilitar la capacidad de la burocracia de frenar la lucha.

Aunque siempre busquemos establecer redes de acción directa de los obreros de base, los activistas sindicales deben evitar la tentación de “ignorar a la burocracia” sin más. Aunque esto pueda parecer al principio una respuesta radical, de hecho le permite a aquélla seguir cómodamente en su puesto, ya que no se le exige que rompa con los capitalistas y ayude a la lucha de los obreros. Esto significa que se pierde la oportunidad de denunciar sus verdaderas artimañas ante los ojos de los obreros que aún no han comprendido el rol reaccionario de la burocracia.

Sin olvidar, ni por un segundo, la responsabilidad

primordial de los activistas a la hora de organizar acciones directamente desde abajo, y sin tener en absoluto confianza en los dirigentes sindicales, o abrigar ilusiones en su disposición a pelear por la causa de los trabajadores, exigimos a todos los líderes sindicales que rompan con los capitalistas y pongan fin a su política de colaboración de clases. Les exigimos que renuncien a los comités conjuntos (“juntas consultivas”) que integran junto a los patrones, los funcionarios municipales y nacionales, y que se sumen a la lucha en las calles y los piquetes de huelga. Exigimos que destinen los recursos financieros del sindicato a apoyar a los huelguistas y sus familiares, en vez de destinarlos a los políticos burgueses. Estos fondos deben destinarse a la defensa de los activistas perseguidos y a las campañas orientadas a afiliar a aquellos obreros no sindicalizados.

Defendemos el derecho de los sectores socialmente oprimidos (las mujeres, la juventud, las minorías raciales y sexuales) a organizarse separadamente en el seno de los sindicatos. Aunque alentemos la lucha en el seno de los sindicatos, donde sea posible, para cuestionar el dominio de los burócratas reformistas, no vacilamos en romper con el aparato de los sindicatos oficiales, y formar nuevos sindicatos donde las necesidades de la lucha así lo exijan.

Los sindicatos son organizaciones de frente único de la lucha de clases. La posibilidad de participación en ellos debe estar abierta a todos los trabajadores de la empresa o la industria a la que representan, sin ser restringida según criterios de afiliación política. Aún así, la consigna que postula “la neutralidad política” de los sindicatos es un fraude contra los obreros, ya que no puede haber neutralidad alguna en la lucha de clases. Allí donde esta consigna sea formulada, no puede más que ayudar a los capitalistas, contribuyendo a mantener el monopolio político de la burocracia en el seno de los sindicatos. Luchamos porque los sindicatos apoyen la política de los obreros revolucionarios, y porque contribuyan a la lucha contra el sistema de esclavitud asalariada. El resultado de esta lucha depende de la fortaleza y el éxito de las fracciones de un partido revolucionario, y sus simpatizantes, en los sindicatos. En consecuencia, exigimos que se otorgue a los revolucionarios el derecho irrestricto de construir fracciones políticas en los sindicatos, contra todas las proscipciones y las restricciones a la actividad revolucionaria, y por una dirección revolucionaria en los sindicatos.

## El control obrero y la lucha contra el secreto comercial

El sistema de explotación capitalista requiere que los patrones controlen todos los aspectos del proceso productivo. La búsqueda de mayor productividad y mayores ganancias hace peligrar la seguridad, mina la salud e intensifica la explotación. En consecuencia, cada vez más la clase obrera está obligada a contraponer el control obrero al control capitalista, de

modo tal que incluso reclamos básicos y parciales sean satisfechos. En esencia, esto significa una lucha por imponer el veto a los planes y las acciones de los patronos cuando quiera que éstas perjudiquen los intereses de los obreros.

El control obrero no debe ser confundido con la “autogestión obrera”, “la participación obrera” o code-terminación (el sistema de consejos de trabajo europeo). Este persigue el fin de incorporar, frecuentemente mediante leyes obligatorias, a representantes obreros como corresponsables del éxito y la rentabilidad de los negocios capitalistas, en estricta observancia del secreto comercial. En tiempos de prosperidad, esto asegura una producción ininterrumpida por las huelgas, y en tiempos de crisis, los sindicatos consienten las pérdidas de puestos de trabajo, las rebajas salariales, los aumentos de productividad y la polifuncionalidad en el trabajo.

Pero el control obrero en los lugares de trabajo siempre es por necesidad incompleta. Los capitalistas mantienen sus planes y su contabilidad como un secreto cerrado bajo siete llaves, lejos de los ojos de los obreros. Contra el secreto comercial, por lo tanto, luchamos por la apertura de todas las cuentas bancarias de las empresas, los libros de contabilidad y las computadoras, a la inspección de los obreros mismos. Si esta investigación revela una bancarrota genuina, entonces exigimos la socialización de la empresa bajo control de los trabajadores, y la implementamos por la fuerza mediante la ocupación. La abolición del secreto comercial tiene como fin denunciar la bancarrota del sistema capitalista en su conjunto, su corrupción, su deshonestidad y su mala administración de la economía, su parasitismo, su tendencia a despilfarrar la riqueza que los obreros crean, y sus métodos groseramente injustos de distribuir esa riqueza.

La aplicación enormemente difundida de la ciencia y la tecnología a la producción exige otras formas de control obrero. En razón del hecho de que la introducción de nuevas tecnologías está subordinada al capital, sus consecuencias son cada vez más ocultadas a los ojos de los obreros. Estos se enteran acerca de aquellas sólo a través de la racionalización, los accidentes de trabajo, la intensificación del trabajo o a través de desastres ecológicos. Esto significa que los comités de control obrero, basados en los obreros de la fábrica, deben ganarse el apoyo y la cooperación de los trabajadores técnicos y científicos.

La mejor forma de organización para librar una lucha por el control obrero es el comité de fábrica o en el lugar de trabajo. Al organizar a todos los obreros en un lugar de trabajo dado, más allá de su oficio, taller, afiliación sindical, etc, el comité de fábrica puede unir a toda la fuerza de trabajo, dirigirla hacia la lucha diaria por el control, y desafiar el poder del directorio. Además, éste puede jugar un papel en la lucha por transformar a los sindicatos mismos en sindicatos industriales clasistas. El comité de fábrica debe estar basado en la democracia directa, con delegados revocables, en contacto diario con los obreros y elegidos por asambleas en los lugares de trabajo.

Estos organismos establecen un régimen de doble poder en los lugares de trabajo, y su presencia exige una respuesta a la pregunta de ¿quién gobierna aquí, los obreros o los patronos? En cuanto tales, éstos son característicos de aquellos periodos de intensa guerra entre las clases. Y del mismo modo que el doble poder en la sociedad no puede durar durante un periodo prolongado sin que se resuelva la disputa a favor de una de las clases contendientes, tampoco puede durar en la fábrica. El comité de fábrica está obligado a avanzar, cada vez en forma más audaz, en el combate por el control obrero. Si no lo hace, se expone a ser desintegrado, o bien asimilado. El control obrero debe ser la plataforma de lanzamiento de una lucha obrera por reafirmar su dominio, no sólo en una fábrica u oficina, sino en toda la sociedad en su conjunto.

## Recuperemos nuestro medio ambiente

A través de toda la historia, la actividad productiva humana ha acarreado la degradación del medio ambiente natural. Hasta el surgimiento del capitalismo, estos cambios eran de carácter local, no llegando a afectar al grueso de la humanidad y al conjunto del planeta. La industrialización arruinó el medio ambiente inmediato en el cual los obreros trabajaban y vivían, y el movimiento obrero, en consecuencia, se puso a la cabeza de la lucha por sanear estas condiciones perjudiciales para la vida.

La cultura del consumo fomentada por el capitalismo conlleva la superproducción y la creación de vastas montañas de desechos que contaminan el medio ambiente. Especies enteras de vida salvaje se extinguen diariamente, y los alimentos que consumimos son rociados con toneladas de fertilizantes y herbicidas tóxicos con miras a su producción en abundancia, mientras que aquellos productos que no encajan en la imagen perfecta que exige el mercado son destruidos. Al mismo tiempo, las grandes corporaciones están tratando de introducir organismos genéticamente modificados (OGM) en nuestra cadena alimenticia para conseguir ganancias todavía más grandes, jugando así con nuestra salud y nuestro medio ambiente.

Pero la industrialización capitalista y la devastación de las materias primas de la tierra amenazaron con producir un salto cualitativo en los peligros que acechan a los sistemas de vida de nuestro planeta, en razón de que el capitalismo fue el primer modo de producción de alcance mundial.

No obstante, el aumento en la escala de la producción en el siglo XX ha creado una situación en la cual todo el ecosistema del mundo está amenazado. La destrucción de las selvas tropicales ecuatoriales -los pulmones del mundo- amenaza con provocar un gigantesco cambio climático. Un cataclismo provocado por el hombre amenaza producirse en el nuevo siglo, a causa del recalentamiento global. Esto tendrá efectos terribles sobre los seres humanos, de orden social, económico y psicológico. El retroceso de la agricultura, la difusión de las enfermedades, el hambre

y el stress transformarán a grandes sectores del planeta en un infierno viviente. Ya la tierra, los ríos y los mares están contaminados con tóxicos, y el mismo aire que respiramos se deteriora día tras día.

El “efecto invernadero” es provocado por las cantidades crecientes de gases como el dióxido de carbono en la atmósfera terrestre. Las principales causas de este incremento son la quema de combustibles fósiles y la deforestación. Los cambios climáticos que esto provoca ya parecen estar teniendo las más serias consecuencias. Los patrones climáticos se alterarán, provocando inundaciones y sequías. Algunas partes del mundo tendrán temperaturas más elevadas, y otras regiones temperaturas mucho más frías. El nivel de los mares aumentará a medida que los mares se vuelvan más cálidos y las capas de hielos polares se fundan.

Estados Unidos ha bloqueado y saboteado sistemáticamente incluso los débiles acuerdos globales (Río, Kioto, Johannesburgo) que buscan limitar la emisión de gases que inducen el efecto invernadero y el cambio en el clima. Esto es así porque los intereses de las grandes corporaciones petroleras –de compañías como la Exxon- marchan por delante de los de la población del mundo.

El capitalismo siempre ha sido hostil al medio ambiente por su propia naturaleza. Los capitalistas necesitan siempre obtener mayores ganancias para competir, de modo tal que los recursos son consumidos sin considerar las necesidades de los pueblos y las secuelas para las futuras generaciones. Los capitalistas se muestran renuentes a preservar los recursos, a controlar la producción o a reciclar, ya que estas son opciones frecuentemente “costosas”. Es más barato arrojar contaminantes al medio ambiente que limpiarlo. Aún así, la combinación de los avances científicos y tecnológicos ha creado el potencial para que exista superabundancia para toda la humanidad.

La clase obrera tiene un interés vital en impedir que el capitalismo transforme a todo nuestro mundo en un gigantesco basurero. A lo largo de toda su historia, los obreros han peleado por detener métodos de producción peligrosos e imponer estándares de seguridad a los capitalistas y a su estado. Al obligar a la clase dominante a aprobar legislación en este sentido, ha conseguido conquistas tangibles, ayudando a crear un medio ambiente habitable en muchas ciudades y pueblos. La clase obrera puede tomar la delantera y reagrupar a los campesinos pobres, a los habitantes de los barrios pobres del mundo, para detener esta degradación.

La humanidad necesita un cambio profundo, abandonando la producción de energía basada en la quema de combustibles fósiles y una masiva inversión en fuentes alternativas tales como la energía solar, mareomotriz y eólica. Necesitamos un programa de reforestación global ingente. Necesitamos una expansión sin par del transporte público para combatir la polución causada por el crecimiento en el uso de automóviles privados.

La clase obrera y todos aquellos que ven la necesidad de salvar a nuestro planeta deben luchar por la

implementación de estrictos controles y penalizaciones para detener a las corporaciones contaminantes. Las corporaciones –como las grandes compañías petroleras- que infringen estos controles deben ser confiscadas, poniendo fin a su poder.

La producción de energía mediante la fisión nuclear representa un severo riesgo medioambiental, particularmente bajo el capitalismo, en razón de que la seguridad y las medidas de protección del medio ambiente son costosas y reducen las ganancias. La energía nuclear no debe ser producida para la obtención de ganancias, por lo cual nos oponemos a su privatización y exigimos la nacionalización de la industria nuclear.

El desastre de Chernobil demostró, no obstante, que la propiedad estatal en sí misma no es garantía suficiente de que haya un nivel seguridad aceptable, si ésta queda en manos del control burocrático. Propugnamos la inspección obrera de todas las plantas nucleares, y pedimos el cierre de aquellas que sean consideradas inseguras. Estamos por el más estricto control obrero de la seguridad de las plantas nucleares, la cual debe involucrar a los representantes de los empleados, las comunidades locales, los sindicatos y las organizaciones ecológicas.

Nos oponemos al cierre indiscriminado de las plantas nucleares en razón de que esto amenazaría provocar un cambio climático devastador, el cual resultaría de recurrir nuevamente a la quema de combustibles fósiles.

Ninguno de estos reclamos por un medio ambiente sustentable pueden ser satisfechos sin luchar por el control obrero y la expropiación de las corporaciones. Y ninguna de ellas puede ser asegurada definitivamente sólo a escala nacional, o sin apoderarse del control político y económico, arrancándoselo a los capitalistas, y estableciendo una economía planificada democráticamente administrada a escala internacional. Sólo de esta manera podremos erradicar las abismales disparidades entre las ciudades saturadas por demás, asfixiadas por el congestionamiento del tránsito, y un campo que sufre privaciones y cada vez más despoblado.

Una defensa activa del medio ambiente de la depredación del capital; una racional reconstrucción del medio ambiente urbano y rural para eliminar el desequilibrio entre la ciudad y el campo; una sociedad socialista basada en la propiedad social y la planificación democrática; todas estas son las precondiciones para la construcción de comunidades humanas perdurables, armónicas y libres, en el siglo XXI.

## La estrategia y la táctica en las semicolonias

En los países semicoloniales del tercer mundo, millones de personas tienen vedado el acceso a las libertades más elementales. En los países de África, Asia, Sudamérica y la ex URSS, la independencia nacional no es más que un engaño, ya que las decisiones económicas que importan son tomadas por las institu-

ciones financieras globales y las corporaciones. Si estos países se atreven a apartarse de la senda del “libre mercado”, son increpados, bombardeados y arrasados por Estados Unidos y sus aliados imperialistas. Los campesinos tienen vedado el acceso a las tierras y a los mercados para sus productos. En todos los países se impide el disfrute de los derechos democráticos: el derecho a votar, a hablar libremente, a organizarse. Luego de décadas de economía neoliberal de libre mercado, la mayoría de las naciones de nuestro planeta se encuentra estancada en un pernicioso subdesarrollo.

Las clases capitalistas nacionales de los países semicoloniales no pueden dirigir –ni tampoco lo harán– un movimiento resuelto a liberar a sus naciones del control global imperialista. Son demasiado débiles y demasiado corruptas para hacerlo; ellas mismas están vinculadas al imperialismo por miles de lazos económicos y personales. En los siglos XVII, XVIII, XIX, los capitalistas encabezaron revoluciones poderosas para liberar a naciones como Inglaterra, Francia y Estados Unidos y así abrir la puerta al desarrollo económico capitalista. En el siglo XXI, la burguesía semicolonial es demasiado débil para dirigir su propia revolución nacional. Esta tarea recae en manos de otra clase, aquella que no posee ningún interés en que se mantenga la dominación imperialista: la clase obrera y sus aliados entre el campesinado pobre. La trágica historia de las revoluciones fracasadas en las semicolonias en los últimos 100 años no hace más que confirmar este postulado central de la teoría de la revolución permanente formulada por Trotsky.

Al rehusarse a expropiar las compañías, los bancos y las tierras de la burguesía “nacional”, así como también las de los sectores imperialistas, al rehusarse a satisfacer los reclamos del campesinado pobre sin tierras, los líderes de las revoluciones en Nicaragua, Zimbabwe y las Filipinas de los años '70 y '80 aseguraron la renovada postración de estos países ante el poderío militar y económico del imperialismo. Incluso en Birmania, en Egipto, en Irak y en Libia, donde regímenes militares nacionalizaron la economía y crearon una infraestructura en poder del estado en las décadas del '50 y '60, éstos no lograron romper con las cadenas económicas que atan al país al imperialismo. El estancamiento generado por la autarquía, la deuda externa creciente, y el resurgimiento de la burguesía nacional por fuera del sector estatal fueron los factores que marcaron el camino de retorno a la subordinación y la superexplotación.

Sólo allí donde el capitalismo fue completamente erradicado (China, Corea del Norte, Cuba y Vietnam) lograron las revoluciones desafiar el dominio de la economía imperialista mundial sobre sus países. Pero sin la democracia de los consejos de trabajadores y de campesinos pobres, con líderes que se oponían a la extensión de la revolución a todo el mundo, éstas estaban condenadas a seguir el camino de retorno al capitalismo y a la subordinación al imperialismo.

La expropiación de las grandes industrias, de los bancos y de las casas de crédito, la imposición de un

estricto monopolio estatal sobre el comercio exterior y un esfuerzo sostenido por extender la revolución a nivel internacional deben ser los primeros pasos a dar por toda revolución triunfante en los países semicoloniales.

Un siglo entero de luchas anticoloniales y antiimperialistas ha demostrado en más de mil ocasiones que sólo el proletariado, movilizado en consejos obreros y organizado en milicias obreras, puede llevar adelante estas tareas de manera consecuentemente progresiva. En este proceso, la clase obrera debe reagrupar tras de sí a amplios estratos campesinos y semiproletarios para la lucha por la independencia nacional, la revolución agraria y las más completas libertades democráticas para las masas.

Frente a cualquier agresión militar por parte de Estados Unidos u otras potencias imperialistas, la clase capitalista nacional de un país semicolonial se ve a veces obligada a resistir, como en Irak en el 2003. En países donde no hay siquiera el menor vestigio de independencia, como Palestina o Chechenia, las fuerzas burguesas pueden asumir la dirección del movimiento por la liberación nacional. En estas dos circunstancias, la tarea de la clase obrera no es apartarse de la lucha, sino participar en ella con la mayor energía. Se pueden llegar a hacer acuerdos temporarios en pos de acciones comunes y de la lucha con fuerzas nacionalistas burguesas e incluso islámicas. La clase obrera debe llamar activamente al frente único a todas las fuerzas: obreras, campesinas, nacionalistas pequeño burguesas e incluso burguesas en pos de la lucha contra el imperialismo.

Pero la clase obrera nunca cesa en su lucha contra los capitalistas y los terratenientes. La clase obrera no debe nunca disolverse en un movimiento burgués, ni subordinarse a una dirección burguesa o pequeño burguesa. La clase obrera debe, en todo momento y en todo lugar, tratar de constituirse como fuerza independiente, con su propia organización, y con un programa que exprese sus propios intereses sociales. Al llamar al frente único anti-imperialista, y al construirlo, mientras preserva su independencia de clase, la clase obrera debe luchar por ponerse a la cabeza de la lucha nacional. Ella debe exigir constantemente a sus “aliados” burgueses –para nada dignos de confianza– que vayan más allá de sus estrechos intereses de clase, que rompan todos los lazos que los unen al capital imperialista, que pongan fin a las restricciones levantadas contra las organizaciones obreras, que armen a las masas y que movilicen al pueblo para la lucha. La clase obrera promoverá sus propios métodos de clase para la lucha de masas, en tanto éstos constituyen la forma más eficaz de expulsar a los imperialistas, pero no se detendrá allí. Rechazando con desprecio todos los ofrecimientos de gobernar en coalición con la burguesía, el partido obrero procederá a organizar consejos y milicias obreros y campesinos, tratando de lograr la transferencia del poder, por la fuerza, a manos de los obreros y los campesinos. Para los comunistas revolucionarios, por lo tanto, el frente único anti-imperialista nunca es una estrategia en sí misma y por sí

misma, sino una táctica. Es un parada momentánea en el camino que conduce no sólo a la derrota del imperialismo sino también al derrocamiento de la burguesía nacional misma. En pocas palabras, sólo la clase obrera puede otorgarle un carácter permanente a la revolución nacional y democrática, completando la reconstrucción revolucionaria de la nación bajo su propia dirección.

## La revolución en el campo

Hoy en día, en muchas semicolonias, el campesinado sigue siendo la mayoría absoluta de la población. La disolución de los imperios coloniales y el establecimiento de la hegemonía mundial norteamericana trajo aparejada una penetración aún mayor del capital global en la agricultura. Vastos territorios comenzaron a ser cultivados con cereales rentables destinados a la exportación. Millones de campesinos fueron tratados prepotentemente, estafados y expulsados de sus tierras. Como resultado de esto, países que se autoabastecían han sido convertidos en importadores de los productos básicos necesarios para la vida.

La figura más radical en el campo es el campesino sin tierra, privado de su patrimonio por la oligarquía y las corporaciones agrícolas extranjeras. Hoy en día, hay centenares de millones de campesinos sin tierra. En el subcontinente indio, en América Central y del Sur, así como en África, una enorme proporción de la población rural no posee tierras. Se dirigen en torrente a los barrios de las enormes ciudades que han surgido en los últimos 30 años. Esta clase es un actor clave de la revolución global del siglo XXI.

La clase obrera revolucionaria debe pelear por llevar a buen puerto los reclamos de los pobres del campo: la tierra es para aquellos que la trabajan: apoyemos las invasiones de tierras, latifundios, ranchos y plantaciones. Por comités y milicias de los campesinos sin tierra. Debemos también pelear por cooperativas voluntarias. Para aquellos que ya han sido empujados a los barrios de las grandes ciudades, debemos pelear por un programa de obras públicas para hallarles un trabajo en que puedan ser útiles y obtener un salario mínimo.

Luchando por evitar su propio descenso al ejército de los sin tierra se encuentran los campesinos pobres. Sus pequeñas propiedades están o bien agobiadas con onerosas obligaciones de pago de rentas, o asfixiadas con deudas a causa de los duros términos de compra. Los préstamos tomados para comprar equipos y fertilizantes se suman a esta deuda, un paso que se ven obligados a dar en razón de que el tamaño de su lote no puede garantizar la subsistencia de la familia del campesino pobre.

Para los campesinos pobres exigimos: abolición de las rentas y cancelación de todas las deudas contraídas con los usurarios rurales, los bancos y los comerciantes de las ciudades. Por créditos blandos para la compra de maquinarias y fertilizantes, por incentivos para alentar a los granjeros que practican una agricul-

tura de subsistencia a que se sumen a las cooperativas de producción y comercialización.

Pero las luchas de los pobres del campo apuntan en una dirección precisa: la necesidad de un gobierno obrero y campesino que expropie la tierra de los oligarcas y las multinacionales agrícolas, y las ponga bajo control de los trabajadores y los campesinos pobres. Necesitamos un programa de obras públicas en gran escala para mejorar las condiciones de las masas en el campo: electrificación, irrigación de la tierra, servicio de agua corriente e instalaciones sanitarias adecuadas, así como la construcción de instalaciones culturales.

La solución para el hambre de tierras, las altas rentas, las deudas aplastantes y la tecnología primitiva sólo puede ser alcanzada mediante una alianza del campesinado con la clase obrera con miras al derrocamiento revolucionario del capitalismo global.

## La liberación nacional

Desde 1989, más y más naciones oprimidas, grupos raciales y étnicos y pueblos indígenas sojuzgados han luchado por liberarse de la opresión y la dominación. Las uniones compulsivas de pueblos, tales como la que existían en la ex URSS o en Indonesia, han estallado, o bien están en proceso de fragmentarse. La compulsión o la opresión nacional de cualquier tipo se opone por el vértice a la solidaridad internacional.

La clase obrera, la juventud y las masas populares de las naciones opresoras deben luchar en solidaridad con los oprimidos. Deben oponerse a toda violación de los derechos nacionales: deben plantear el derecho a aprender y a usar el lenguaje propio, derechos iguales en la educación y el trabajo, derechos igualitarios de ciudadanía. Deben luchar por el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos: incluyendo su derecho a formar estados separados si así lo desean.

Al mismo tiempo, en razón de que los pequeños estados están cada vez más a merced de las megacorporaciones, los imperialistas y sus aliados, hay que pelear por construir federaciones regionales y continentales de estados bajo el dominio de la clase obrera y los campesinos pobres. Para la burguesía, la unidad nacional y la independencia no eran solamente ideales políticos, sino que perseguían un propósito económico práctico: la creación de un mercado unificado, protegido contra la competencia extranjera, dentro del cual se pudieran expandir los capitales nativos. Esta expansión funcionó tan bien para los primeros estados capitalistas que el capital inundó el mundo no capitalista subordinándolo a los viejos centros del capital.

En el primer periodo del imperialismo, esto significó la división del mundo entre las potencias coloniales. Después de la segunda guerra mundial, cuando comenzó "el siglo norteamericano" en serio, los imperios coloniales se derrumbaron siendo reemplazados por estados formalmente independientes. Pero, a pesar de esto, las antiguas colonias no están más cerca de la independencia económica de lo que lo estaban a comienzos de la época imperialista. Continúan siendo

naciones oprimidas.

Las cadenas de la dependencia económica son forjadas a partir de las relaciones sociales capitalistas y sólo pueden ser liquidadas mediante la expropiación del capitalismo mismo. Por esta razón, sólo la clase obrera tiene el interés y la capacidad de acabar con completo con la opresión nacional de las semicolonias, lo cual comienza con la expulsión de las fuerzas imperialistas. Debemos luchar por la expulsión de la OTAN, las fuerzas de ocupación auspiciadas por Estados Unidos y la ONU, junto con sus instalaciones y sus consejeros. También las fuerzas armadas permanentes entrenadas por el imperialismo –y fieles a él– deben ser desbandadas, reemplazándolas por una milicia armada de obreros y campesinos pobres.

Las fronteras arbitrarias trazadas por el imperialismo en la división del mundo efectuada en la década de 1880, que fuera continuada en 1919 y en 1945, dividió a muchas nacionalidades y pueblos, creando minorías nacionales en el seno de los estados coloniales y semicoloniales.

Lejos de resolver los muchos problemas nacionales causados por la división imperialista del mundo, la incapacidad de la burguesía semicolonial para unificar, o para desarrollar económicamente a la nación redundó en la profundización de las diferencias económicas regionales, el resurgir de viejos antagonismos nacionales y la creación de otros nuevos.

Donde quiera que exista un movimiento contra esta opresión nacional, el proletariado debe apoyar el derecho de este pueblo a su autodeterminación, lo cual incluye el derecho a crear un estado separado e independiente. Una vez que esta consigna es abrazada por la masa de obreros y campesinos, expresándose, por ejemplo, en referéndums o en la guerra civil y en luchas armadas, los revolucionarios deben tomar un papel dirigente en esta lucha. Su objetivo es que la clase obrera tome el poder: la estrategia de la revolución permanente.

El proletariado es una clase internacional, una clase sin patria alguna. Nuestro programa estratégico no es la creación de un número cada vez mayor de estados naciones separados, o el desmembramiento de grandes estados “multinacionales” en una cantidad de elementos constituyentes, como medio de liberar a esos países de la esclavitud capitalista o imperialista. Buscamos unificar, sobre bases socialistas, a los pueblos y las naciones a través de la unión o federación voluntaria.

Si bien la clase obrera debe defender los derechos nacionales legítimos de los pueblos oprimidos, ésta debe combatir las ideologías nacionalistas, incluso aquellas que emanan de las naciones oprimidas, que fomentan la división y liquidan la solidaridad internacional.

Contra la política de los imperialistas de controlar a los estados naciones débiles e inestables dividiéndolos y oponiéndolos entre sí (balcanización), llamamos a erigir federaciones de estados socialistas como paso hacia la federación socialista mundial.

## Arranquemos al racismo de raíz

El racismo ha mancillado las páginas de la historia moderna con la sangre de millones de víctimas. La esclavitud, la limpieza étnica, la cruel discriminación, la difamación de pueblos enteros, la deportación o directamente el exterminio han sido los frutos amargos de odios raciales que han sido creados y reforzados sistemáticamente por el capitalismo global.

A pesar de las aseveraciones hipócritas de los liberales de Occidente, el racismo no se está extinguiendo. Por el contrario, el racismo está en ascenso. Los pueblos negros y asiáticos, los inmigrantes provenientes de América Latina y de Europa oriental, los trabajadores inmigrantes como los árabes, los turcos, los kurdos, los judíos, los pueblos autóctonos y muchos otros grupos raciales sufren una discriminación y opresión cotidianas en todo el globo. Salarios más bajos, menores oportunidades de empleo y desempleo, inseguridad e incertidumbre, represión policial, encarcelamientos cotidianos y muerte en las cárceles, restricciones de acceso a la salud o a la educación, la negación del derecho de ciudadanía, restricciones a los viajes y maltratos diarios constituyen la cuota diaria de abuso que deben soportar millones de personas. El racismo atraviesa todas las esferas de vida de las sociedades modernas.

El racismo crea las condiciones para la superexplotación de un sector de la clase obrera internacional, y ayuda a los capitalistas a dividir a los obreros, debilitando nuestra capacidad de resistencia. Esta es la razón por la cual cualquier lucha que apunte a derrotar al sistema capitalista global debe combatir al racismo en todas sus formas.

El racismo moderno surgió por vez primera con la expansión del capitalismo, que partió desde Europa del norte para extenderse por la faz de la tierra. Los capitalistas esclavizaron a millones de africanos desde el siglo XVII hasta el siglo XIX. Los comerciantes ingleses y holandeses, y los dueños de las plantaciones norteamericanas defendían en público la igualdad y los “derechos del hombre”, de modo tal que los esclavos africanos cuyos familias fueron destruidas, y a quienes hacían trabajar hasta morir, debían por fuerza ser definidos como seres por debajo de la condición humana. Así nació el racismo moderno en su forma primigenia, más “pura” y descarnada.

La esclavitud fue abolida alrededor de mediados del siglo XIX, pero el racismo subsistió. El comienzo del imperialismo en el siglo XIX condujo a un resurgir del racismo, que esta vez se vistió con ropajes seudocientíficos. En Estados Unidos, la segregación racial y la pérdida de derechos civiles hizo retroceder la mayor parte los progresos realizados inmediatamente después de finalizada la Guerra Civil. En la Europa “civilizada”, el antisemitismo alcanzó una escala de crueldad inusitada, la cual culminó en el holocausto nazi entre 1943 y 1945, en el cual perecieron millones de judíos, de gitanos y de eslavos. En Rusia, luego del triunfo del estalinismo, la burocracia recurrió al chauvinismo Gran Ruso y al antisemitismo con el propósito de

“divide y reinarás”, mientras que la discriminación, los abusos y la persecución abierta se abatieron no sólo sobre los judíos sino también sobre las nacionalidades del Cáucaso, de Asia Central y sobre muchos otros grupos étnicos.

Luego de la segunda guerra mundial, las luchas de liberación colonial en África, y el movimiento negro por los derechos civiles en Estados Unidos, le propinaron golpes formidables a la ideología racista oficial. La caída del apartheid en Sudáfrica destruyó al último estado basado explícitamente en la doctrina de la supremacía blanca. Pero la opresión de las personas negras continúa existiendo en el mundo entero: África todavía se encuentra sometida al imperialismo. En Estados Unidos, los negros siguen siendo profundamente oprimidos: hay menos trabajo para ellos, reciben salarios más bajos y pueblan las cárceles en una cantidad desproporcionada. En Sudáfrica, incluso bajo el dominio de la ANC, la mayoría negra sigue teniendo vedado el acceso a la igualdad económica y social. Hoy en día, el racismo está en ascenso nuevamente en Europa y Estados Unidos, con una explosión de leyes y de demagogia racista provenientes del estado. En particular, esta utilización de los inmigrantes y los refugiados políticos como chivos expiatorios ha conducido también a que los fascistas y la extrema derecha lancen ataques físicos directos contra ellos. En Europa central y oriental, los gitanos se enfrentan a la persecución fascista y policial y al desempleo crónico. En las ciudades y pueblos de Rusia, y en Ucrania, los chechenos, los tártaros y los miembros de otras comunidades del Cáucaso, de Asia Central y de Crimea son perseguidos por el estado y atacados por los fascistas y los racistas. Cuando los gitanos, y otros pueblos oprimidos huyen hacia el Oeste, se enfrentan allí con el racismo proveniente del estado, que los encarcela, los persigue, los deporta e instrumenta una campaña espantosa de calumnias públicas.

La Ley Patriótica aprobada en Estados Unidos, y los controles, incluso más estrictos, que conlleva la Fortaleza Europa, están sometiendo a los inmigrantes y a las minorías raciales a niveles sin precedentes de vigilancia, de restricciones a la libertad de desplazamiento y de negación de derechos legales. Los conservadores, los liberales y los socialdemócratas señalan en forma hipócrita la amenaza de la extrema derecha para justificar la represión “democrática”. Los refugiados que huyen de las guerras y los conflictos orquestados por el imperialismo, así como de la pobreza causada por el capital global, son denunciados como “falsos” refugiados y responsabilizados nuevamente por todas las falencias de la sociedad. Pero los inmigrantes no son la causa de que haya escasos puestos de trabajo, un servicio de salud en crisis, bajos salarios y viviendas precarias, por el contrario ellos son quienes más padecen estos problemas. La clase obrera debe desenmascarar estas mentiras racistas y defender a las víctimas de la opresión, no ponerse del lado de sus amos.

Las corporaciones globales quieren exportar capital allí donde obtengan las más altas ganancias, pero los capitalistas se rehúsan a garantizar el “libre

movimiento de la mano de obra”. Es una mentira que haya muy poco espacio y muy pocos recursos como para poder alimentar, vestir, dar una vivienda, educar y brindar trabajo a la gente, donde quiera que ellos elijan vivir. Hay suficientes recursos para todos, en la medida en que éstos sean asignados según las necesidades, no según las ganancias. Por lo tanto, exigimos la abolición de todos los controles de inmigración y el cierre de los campos de detención de refugiados y de solicitantes de asilo. Exigimos los mismos derechos de ciudadanía para todos, más allá de su raza, nacionalidad o país de origen.

Exigimos la derogación inmediata de todas las leyes racistas, así como igual paga y condiciones de trabajo iguales para todos los obreros. Los negros y todas las minorías raciales tienen derecho a defenderse contra los ataques racistas. Deben recibir todo el apoyo del movimiento obrero en este sentido. Llamamos a todas las organizaciones de la clase obrera a ligarse con los movimientos de los oprimidos y a construir escuadrones de autodefensa contra los ataques racistas.

Los movimientos obreros oficiales de los países imperialistas, dirigidos por quienes defienden la colaboración de clases, comparten muy a menudo el racismo y el chauvinismo de la clase dominante. Sería escandaloso sugerir que los racialmente oprimidos deben permanecer pasivos, o soportar pacientemente el racismo en pos de la “unidad”, hasta que la masa de trabajadores blancos y sus organizaciones hayan sido educados gradualmente en una perspectiva antirracista.

Esta sería una concesión imperdonable al racismo y a los privilegios de los blancos. La verdadera unidad en la lucha sólo puede ser lograda si la clase obrera responde con una lucha resuelta a todos los intentos de perseguir y discriminar a las víctimas del racismo. El interés de la clase obrera “nativa” radica en destruir a los movimientos terroristas fascistas y racistas, y enfrentar toda manifestación de racismo en la educación, los medios, los lugares de trabajo y los servicios públicos.

El racismo de los obreros blancos es un talón de Aquiles terrible y sólo puede ser superado ganándolos para el antirracismo ahora, no en un futuro lejano. Para hacer esto, tendrán que escuchar a los trabajadores negros, y ponerse al frente de su lucha contra la opresión. Nadie mejor que éstos para romper las cadenas del racismo, quienes lo sufren día a día.

Cuando quiera que sientan que sus intereses son ignorados, o que no están suficientemente representados, las minorías raciales tienen el derecho de organizarse para identificar y combatir el racismo y la discriminación, incluyendo el derecho a formar corrientes separadas en el seno de los sindicatos y los partidos obreros. Debemos promover a los trabajadores negros y oprimidos para que ocupen posiciones de liderazgo, haciendo de esto una prioridad. Los tontos creen que esto “divide al movimiento”, cuando en realidad es la precondition para la unidad.

Las raíces del racismo se hallan en el capitalismo

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

global. Su derrocamiento sentará las bases para una nueva sociedad, en la cual los prejuicios raciales y la opresión serán arrojados al basurero de la historia.

## La liberación de la mujer

Las mujeres son la mayoría de la humanidad, pero en todas partes se ven condenadas a asumir casi toda la responsabilidad por el cuidado de los niños, la limpieza del hogar y las tareas culinarias. Esta es la base de todas las otras formas de desigualdad sexual, ya sea ésta de tipo económico, legal o cultural. El salario de las mujeres trabajadoras es siempre menor que el de los hombres. Sufren la discriminación en el acceso al trabajo pago, y también son oprimidas en el trabajo.

En muchas partes del mundo las mujeres todavía están relegadas al hogar, sometidas a la vigilancia de los varones, y sus derechos básicos, democráticos y económicos, le son denegados. También son sometidas a la opresión y la violencia de los hombres si infringen las leyes religiosas que santifican todo esto. En las maquiladoras del tercer mundo, las obreras son comúnmente abusadas, se les niega la licencia por maternidad y son sometidas a un tratamiento degradante.

Incluso en países donde la igualdad legal formal ha sido conquistada, las mujeres todavía soportan el doble peso del trabajo pago y del trabajo doméstico. Esta vida de doble trabajo excluye a la mayoría de las mujeres de una real igualdad de acceso a la vida social y política.

La mayoría de las mujeres sólo se liberarán de la opresión y la discriminación cuando los cimientos económicos del dominio de clase y la supremacía masculina sean abolidos. Si bien las raíces profundas de la opresión de la mujer se remontan a la antigua sociedad de clases, éstas son reforzadas por el capitalismo global. Sólo una sociedad socialista orientada a las necesidades humanas más que a las ganancias privadas será capaz de hacer que el conjunto de la sociedad tome a su cargo las tareas domésticas que hoy en día son realizadas principalmente por las mujeres en el hogar. Sólo entonces podrán las mujeres realizar todo su potencial.

Una sociedad socialista tomaría a su cargo la crianza de los niños, la cocina y la limpieza, realizándolas de modo colectivo, y alentaría un reparto igualitario del trabajo en el hogar y el cuidado de los niños entre los hombres y las mujeres en la sociedad en su conjunto. Las mujeres ya no serán obligadas a realizar estas tareas básicas en forma separada, en unidades familiares aisladas. La provisión social de estos servicios - bien financiados e instrumentados democráticamente - podría ser un millón de veces mejor que la atención brindada en la familia hoy en día. De esta forma, una real posibilidad de optar, un alto nivel de vida y una real igualdad sexual podrán reemplazar a la pobreza, el aislamiento y la opresión que enfrentan las mujeres trabajadoras hoy en día.

En todo el mundo, luchamos por los mismos derechos legales conquistados por los movimientos feministas de los países imperialistas a principios y mediados del siglo XX. Los mismos derechos para la mujer: el derecho a votar, el derecho a trabajar, el derecho a la educación, el derecho irrestricto a participar en toda la actividad pública y social.

El mismo pago por el mismo trabajo es un reclamo que está, aún hoy en día, más allá del alcance de millones de mujeres, porque las tareas laborales han sido redefinidas para evitar esto, pero hay que implementarlo. Las obreras de tiempo parcial deben tener contratos permanentes con plena protección contra los despidos, y con derecho a tener vacaciones pagas y percibir pago por enfermedad. Hay que brindar guarderías para niños que funcionen las 24 horas, costeadas mediante impuestos a los ricos. Todas las mujeres necesitan tener acceso a medios anticonceptivos y al aborto gratuitos, cuando lo ellas lo requieran, más allá de la edad. Con la desregulación de las horas de trabajo, la provisión de guarderías las 24 horas del día se ha tornado una necesidad todavía más acuciante para que las mujeres puedan disfrutar de la vida social y participar en la actividad política plenamente.

Hoy en día estamos presenciando una reacción moral contra los derechos de las mujeres: las clínicas de abortos están siendo atacadas; se recortan los servicios mientras los "valores familiares" son ensalzados para descargar el peso de la crianza de los niños sobre las espaldas de las mujeres. La anticoncepción y el aborto deben ser defendidos de los ataques de las fuerzas de derecha, y el acceso a ellos debe ser gratuito, cuando la mujer lo requiera y sin límite de edad.

El acoso sexual en el trabajo y la violencia doméstica deben ser denunciados, enfrentados y proscriptos. Hay que establecer refugios gratuitos para aquellas mujeres que escapan de la violencia en el hogar. Las mujeres deben tener el derecho a un divorcio inmediato, ni bien lo soliciten, y todas las mujeres que conviven (sean casadas o no) deben tener los mismos derechos a disponer de las propiedades conyugales luego de la separación o el divorcio.

Las mujeres han sido cada vez más incorporadas al proceso de trabajo por la globalización. Esto es un hecho positivo en la medida en que le otorga a la mujer más independencia económica, reduce su aislamiento en el hogar e incorpora nuevas luchadoras por la libertad al combate. Pero, como siempre, el capitalismo no hace esto para beneficio de las mujeres trabajadoras. Lo hace porque cree que las mujeres trabajarán por menos dinero, y continuarán cuidando de sus hijos y de su hogar gratuitamente. Como en el siglo XIX en Europa, también está más que dispuesto a usar la mano de obra infantil para realizar sus superganancias.

El incremento de la ocupación de la mujer, en gran medida en empleos de tiempo parcial y flexibilizados, va de la mano con el ataque neoliberal contra el sector de los servicios. Este obliga a las mujeres a buscar trabajos que se ajusten a sus obligaciones domésticas,

mientras que la disponibilidad de empleos de tiempo completo, permanentes, se ha visto reducida. De conjunto, la globalización ha cambiado la forma, pero ha mantenido la esencia de la opresión de la mujer, la cual consiste en que sigue siendo responsable por el cuidado del hogar y la familia.

La lucha por la liberación de la mujer está ampliamente identificada con el feminismo, en razón de que las organizaciones obreras nunca han logrado asumir la defensa de estas cuestiones. ¿Pero conduce el feminismo a la liberación de la mujer? En razón de que el feminismo sitúa la opresión de la mujer solamente en las relaciones entre hombres y mujeres, promueve la estrategia de que las mujeres de todas las clases se unan para combatir su opresión. Esto es un callejón sin salida, porque las mujeres de la clase dominante no comparten el mismo interés en lo que hace a combatir los bajos salarios, las viviendas precarias y la falta de acceso a la asistencia de la salud que padecen millones de mujeres todos los días.

En todos los países, luchamos por un movimiento de masas de mujeres proletarias, para luchar junto a los hombres contra la discriminación sexual, la opresión de las mujeres y la superexplotación que ésta provoca. En el movimiento obrero, es nuestra prioridad que las mujeres ocupen puestos de delegadas de base, y cargos de dirección en todos los niveles, y defendemos también el derecho de las mujeres a organizarse en corrientes internas para así alentar esta tendencia y pelear por estos objetivos.

## Por una sexualidad libre del estado y la religión

Los gays y las lesbianas sufren una opresión terrible. Sólo en un puñado de países avanzados fueron derogadas las leyes que criminalizaban el sexo gay, y esto recién en los '60 y los '70. Incluso en ellos, el “quedar al descubierto” puede todavía resultar en ser expulsado del hogar, el hostigamiento en el trabajo y el despido. Muchas personas son empujadas al suicidio, o viven sus vidas en un estado de desdicha permanente. Las iglesias, los templos y las mezquitas alimentan una incesante andanada de ataques homofóbicos, que son en sí mismos una incitación a la violencia.

En la mayoría de los países, la homosexualidad todavía conduce al encarcelamiento e incluso a se dictan sentencias de muerte contra los homosexuales. Aún así, el sexo con personas del mismo género y sexo ha existido en todas las sociedades conocidas hasta el presente. Este es tan “natural” como la heterosexualidad misma. No obstante, en todas las sociedades modernas, los gays y las lesbianas son atacados en los medios masivos, son sometidos a ataques físicos, e incluso son brutalmente asesinados.

Los revolucionarios insisten con que la orientación sexual y toda la actividad sexual consensual debe ser un asunto privado, una cuestión de elección personal. Los individuos deben tener permitida la participación en cualquier forma de sexo consensual; deben poder

elegir su género y vestirse como mejor les parezca. Le exigimos al estado que reconozca la legitimidad de esta opción y que ponga fin a toda discriminación (por ejemplo, el rechazo a otorgar reconocimiento legal a los casamientos o los concubinatos entre gays y lesbianas). Asimismo, la transexualidad debería ser legal: la gente debería poder tener la libertad de elegir sus características sexuales y adoptar el género que deseen.

La discriminación sobre la base de la sexualidad debe ser prohibida. Debemos luchar por la aprobación de leyes antidiscriminatorias, campañas contra la homofobia y por el derecho de las lesbianas y los gays a la autodefensa. La libertad sexual de las lesbianas y los gays es una medida de la libertad de todos. Aquellos estados y religiones que persiguen la homosexualidad interfieren inexorablemente en la libertad de los heterosexuales, y también la regulan.

A principios del siglo XX los bolcheviques legalizaron la homosexualidad, transformándose en el primer gobierno en hacerlo. Aún así, el estalinismo y la socialdemocracia recurrieron a políticas reaccionarias, que todavía están en vigor en Cuba hoy en día.

Vivimos en una sociedad que criminaliza y proscribire incontables formas de expresión sexual, lo que incluye el denegar consentimiento al sexo entre jóvenes. La proscripción del sexo consensual no protege a los jóvenes del abuso, ya que la mayor parte de éste tiene lugar en el seno de la familia. Este florece en los orfanatos y asilos de niños, especialmente aquellos regentados por las distintas iglesias. El mismo mundo que niega la sexualidad a los jóvenes también niega la existencia del abuso sexual, y hace sentir culpables a las víctimas, en vez de enseñarle a los jóvenes por adelantado acerca de los problemas que pueden enfrentar, y a hablar sobre ellos.

No debe haber leyes contra el sexo consensual, ni tampoco criminalización de los amantes que estén por “debajo de la edad legal”. Debe haber leyes, sin embargo, contra la violación y la violencia doméstica para proteger a los niños del abuso. Comités barriales y por escuela deben enfrentar a quienes perpetran acciones violentas en el hogar. Hay que brindar educación sexual para todos, incluyendo a los niños.

En todo el mundo, y en un número creciente de semicolonias, las mujeres, los muchachos y las muchachas son forzados a ejercer la prostitución en razón de sus dificultades financieras. El carácter ilegal de la prostitución redundante en que las prostitutas sean uno de los grupos más estigmatizados y marginalizados de la sociedad. Las trabajadoras sexuales pueden y deben ser organizadas con el fin de pelear por sus derechos. Exigimos que se ponga fin a la criminalización y la persecución de las trabajadoras sexuales, otorgándoles pleno acceso a la salud, a un salario digno y con plenos derechos de organizarse y volver a capacitarse para otros trabajos. Los sindicatos de las trabajadoras sexuales deben ser reconocidos e integrados en las federaciones sindicales nacionales. Estas deben disfrutar de condiciones de trabajo seguras, libres del control de crimen organizado y los peligros

de la vida en las calles. El movimiento obrero debe exigir la legalización de la prostitución bajo control de las trabajadoras sexuales.

## La liberación de la juventud

En todas partes la juventud es oprimida. En muchos países, la gente joven no tiene la educación garantizada. Allí donde la tienen, las escuelas reflejan las desigualdades básicas y las estructuras de poder del capitalismo, denegándoles a los jóvenes cualquier derecho a participar en la toma de decisiones y sometiéndolos a mezquinos controles disciplinarios.

En el trabajo, los jóvenes son particularmente explotados, recibiendo salarios más bajos y menor protección legal que otros obreros. Los cursos de capacitación pagan salarios de hambre, ignoran estándares de seguridad básicos, y no garantizan la obtención de un empleo cuando tocan a su fin.

En toda América Latina, África y en la región del Pacífico sur, las corporaciones occidentales emplean a niños en maquiladoras, pagándoles salarios miserables y sin protección ni condiciones de trabajo decentes.

En las calles, los jóvenes son perseguidos y hostigados por la policía. Cuando las sociedades capitalistas van a la guerra en defensa de sus ganancias, es a los jóvenes a quienes mandan a morir primero.

La raíz de la opresión de la juventud se halla en la familia. El capitalismo, como todas las sociedades de clase, se apoya en la esfera privada de la familia para que ésta realice funciones sociales básicas tales como la crianza de los hijos. En la familia burguesa, el niño no tiene casi ningún derecho y está sujeto a la dictadura de los padres. Esta desigualdad subyacente puede dar lugar, y de hecho lo hace, a la resistencia.

Toda persona joven que quiera establecer sus propias relaciones personales y sexuales, dedicarse a aquellas cosas que le interesan y moldear su propia vida, sabe que en algún momento tendrá que desafiar la autoridad parental.

Por todas estas razones, los jóvenes siempre han estado en la primera línea de las fuerzas que luchan por la liberación. Hoy en día, es la juventud la que compone los destacamentos más grandes y militantes de los luchadores anticapitalistas que combaten las cumbres del FMI, de la OTAN, del Banco Mundial y del G8. En Palestina, los jóvenes son los luchadores más valientes y sacrificados contra la ocupación sionista. En diciembre del 2001, fueron los jóvenes los que estuvieron al frente de las batallas callejeras que tiraron abajo al gobierno de De la Rúa en Argentina.

En todos los países, los revolucionarios deben ir hacia la juventud: ayudarla a organizarse, defender sus derechos, y reagrupar nuevas fuerzas para la lucha por un futuro libre de opresión y de guerra.

Hay que acabar con el trabajo infantil. Las ganancias de los explotadores deben servir para costear la educación de las víctimas del abuso económico de niños, y para emplear a trabajadores alternativos, de 16 años o más, según montos de pago establecidos por

los sindicatos. Debemos luchar por una educación gratuita para todos, desde la infancia hasta los 16 años, y por educación superior y capacitación para todos aquellos que lo deseen, a los 16 años, con becas dignas garantizadas. Necesitamos puestos de trabajo para todos los jóvenes, con salarios y condiciones de trabajo iguales que las de los obreros adultos. Debemos luchar por terminar con los cursos de capacitación con pagos miserables, reemplazándolos con cursos de aprendizaje con paga completa y con empleo garantizado.

Reclamamos un programa en gran escala de construcción de escuelas y facultades públicas. Nos oponemos a todo tipo de control religioso o privado sobre la educación, y peleamos por una educación laica financiada por el estado. Los programas deben ser redactados democráticamente por los maestros, los padres y los estudiantes mismos, al igual que la gestión de las escuelas.

Luchamos por acabar con todas las restricciones impuestas a la libre expresión de los jóvenes en los ámbitos sexual, cultural y político, y porque éstos puedan acceder a la educación sexual, sean instruidos en el uso de anticonceptivos, así como defendemos el derecho al aborto, ante la sola demanda, para las mujeres jóvenes. Necesitamos hostales para la juventud y viviendas decentes para ellos, costeados por el estado, pero bajo el control democrático de los jóvenes que los usan.

Los derechos democráticos de los jóvenes deben ser aumentados, con el derecho a votar a los 16 años, o incluso más temprano si están empleados: ¡aquellos que tienen edad suficiente para trabajar tienen edad suficiente para votar! Nos oponemos al enrolamiento obligatorio de los jóvenes en los ejércitos capitalistas, aunque sostenemos que el entrenamiento en el uso de las armas debe estar al alcance de todos.

La burocracia sindical le teme a la vitalidad y la bronca de la juventud. Allí donde quiera que los parlamentarios o los funcionarios sindicales reformistas encuentran que es necesario organizar a los jóvenes, en alas o movimientos juveniles, siempre tratan de evitar que estos planteen sus propios reclamos. No les brindan ninguna oportunidad de debatir en forma democrática, y someten toda iniciativa de campaña proveniente de la juventud al control asfixiante de las direcciones oficiales.

Los revolucionarios luchan por construir el futuro, no por conservar el pasado, de modo tal que no tienen miedo alguno de la juventud. Por el contrario, los comunistas revolucionarios deben en todas partes promover la construcción de un movimiento juvenil revolucionario autónomo.

En razón de las condiciones específicas a que los jóvenes están sometidos, y del carácter de su opresión, el partido revolucionario no debe tratar a la organización juvenil como un apéndice subordinado de recién iniciados. Por el contrario, debe promover la independencia política y organizativa del movimiento juvenil.

Los militantes de la organización juvenil, que

puede ser más laxa y más abierta que un partido de combate disciplinado, deben tener el derecho, allí donde quiera que las condiciones de legalidad permitan que tomen sus propias decisiones, de resolver acerca de su propia actividad, de debatir y decidir sus propias políticas, y si esto es inevitable, cometer sus propios errores.

Pero esto de ninguna manera significa que los comunistas revolucionarios abandonan a los jóvenes militantes, dejándolos librados a su suerte, rehusándose a ofrecer su consejo y su guía. Por el contrario, los militantes partidarios deben tratar de orientar y de influenciar a los miembros no partidarios del movimiento juvenil, con el fin de ganarlo para un programa efectivo de actividades, de tácticas principistas, para una perspectiva de crecimiento entre la clase obrera y la juventud de izquierda; para infundirle el espíritu del internacionalismo y de la abnegación y así ganarlo para un programa comunista revolucionario.

En muchos países están surgiendo las semillas de este movimiento hoy en día, las cuales deben ser unificadas en un movimiento juvenil revolucionario global

## La lucha contra el fascismo

A medida que la crisis social se profundiza, y la socialdemocracia en el poder demuestra su impotencia, la extrema derecha va en ascenso en Europa. El crecimiento de partidos del frente fascista en Italia, Bélgica y Francia testimonia esto. Bajo condiciones de crisis profunda, la burguesía puede utilizar un movimiento fascista, para mantener su dominio, contra la clase obrera. El fascismo, un movimiento reaccionario de masas reclutado principalmente de entre las filas de una pequeña burguesía y un lumpenproletariado arrastrados a la desesperación por la crisis del capitalismo, tiene como objetivo la destrucción del movimiento obrero independiente y el establecimiento del dominio del capital financiero, libre de las trabas que le pone la democracia burguesa.

Es el último recurso de la burguesía en razón de que implica la eliminación de sus propios representantes parlamentarios. Como mostraron la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, es una medida que será tomada si la situación así lo exigiera. En los países semicoloniales, el fascismo puede desarrollarse como movimiento a partir de conflictos comunales, o de movimientos clericales reaccionarios. La fraseología de estos movimientos puede a veces ser antiimperialista, pero esto no debe hacernos olvidar su naturaleza anti-comunista y antiobrero.

Esta retórica está calcada del "anticapitalismo" demagógico de los nazis. Con el triunfo del comunismo o del fascismo clerical en las semicolonias, el dominio del imperialismo seguirá intacto, o incluso se fortalecerá.

Desde el momento en que emerge el fascismo, la clase obrera debe librar una lucha implacable por destruirlo. Incluso cuando éste oculta sus propósitos más generales y se concentra en diseminar los gases

venenosos del odio racial, hay que organizar un frente único obrero para combatirlo. Llamamos a todas las organizaciones obreras a construir un frente único de masas contra los fascistas.

El movimiento obrero no debe reconocer u otorgarle derechos democráticos a los movimientos fascistas porque éstos son instrumentos de guerra civil contra el movimiento obrero y los oprimidos. Pero no exigimos que éstos sean prohibidos por el estado capitalista. No se puede confiar a la burguesía la realización de esta tarea, ya que ellos son los que última instancia apoyan a los fascistas. De hecho, el estado usará las proscripciones para desarmar y obstaculizar la resistencia al fascismo. Por el contrario, los revolucionarios luchar por movilizar a la clase obrera bajo la consigna de: ¡nada de derechos para los fascistas! ¡echemos a los fascistas fuera de las organizaciones obreras!

Debemos enfrentar físicamente cada movilización fascista y organizar unidades de defensa obrera para combatir los ataques fascistas contra las razas oprimidas y contra el movimiento obrero.

La lucha por defender los derechos democráticos de los obreros de las dictaduras militares y del fascismo sólo triunfará finalmente cuando se derroque al sistema que los engendra: el capitalismo.

## ¡Contra el militarismo capitalista, contra la guerra imperialista!

El capitalismo provoca guerras continuamente. Cientos de millones de personas murieron en las guerras del siglo pasado. Una tercera guerra mundial sería destructiva hasta un nivel inimaginable, amenazando la supervivencia de la especie misma. Estados Unidos y sus aliados de la OTAN recurren a sangrientos ataques aéreos y a invasiones en gran escala para controlar los campos petrolíferos, las áreas estratégicamente importantes, y más en general para intimidar a los estados subordinados a su imperio informal.

Entre guerra y guerra, una vasta proporción de la producción social es volcada a los gastos de "defensa". Vastas áreas son inutilizadas, o se tornan altamente peligrosas por los campos minados, los tóxicos químicos y la radiación. En 1991, los que dominan el mundo proclamaron el final de una guerra que aportaría vastos "dividendos de paz". Aún así, cuando no ha pasado más que una década desde entonces, Estados Unidos está arrastrando al mundo a nueva ola de armamentismo. Sólo la eliminación definitiva y total del capitalismo puede traer paz al mundo.

En todos los países, la clase obrera debe insistir en su reclamo de que no se destinen ni un centavo, ni un hombre ni una mujer, para la maquinaria militar. En los países imperialistas, "la defensa de la patria" es un fraude gigantesco para hacer que la clase obrera defienda las mal habidas conquistas de sus propios opresores, las cuales fueron robadas a ellos mismos, y a los obreros y los pobres de los países oprimidos. Las palabras del Manifiesto Comunista siguen siendo

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

completamente válidas: “la clase obrera no tiene patria”. Los obreros de todos los países son hermanos y hermanas. Si necesitamos de nuestra solidaridad y organización internacional en tiempos de paz, las necesitamos todavía más en tiempos de guerra.

Pero la resistencia de los países explotados por el imperialismo a sus ataques es justificada y debe ser apoyada por los obreros del mundo, incluso cuando dictadores militares brutales son los que conducen esta resistencia. No son a estos regímenes a quienes apoyamos, sino la victoria de sus países y sus pueblos contra el imperialismo.

En los países imperialistas, la clase obrera debe recurrir a todos sus métodos de lucha de clases para trabajar activamente por la retirada, el retroceso y la derrota de sus “propias” fuerzas armadas. Lo hacemos construyendo un enorme movimiento antiguerra basado en las organizaciones de masas de la clase obrera, y reagrupando alrededor de éste a los jóvenes, las mujeres, las clases medias progresistas y las comunidades inmigrantes.

Este movimiento contendrá en su seno probablemente a muchas personas motivadas por el pacifismo y la religión. Aunque marchemos junto con ellas contra las guerras de los patrones, nosotros no somos pacifistas. No sembramos ilusiones en que la guerra pueda ser eliminada bajo el capitalismo si los hombres y mujeres de todas las clases así lo desean. Nosotros no condenamos todas las guerras por igual, o a todos aquellos que las libran. Apoyamos las luchas de resistencia, incluyendo las guerras en gran escala libradas por los explotados y oprimidos contra los explotadores y los opresores.

La guerra librada por Gran Bretaña contra Argentina por las Malvinas, la de la coalición liderada por Estados Unidos contra Irak en la Guerra del Golfo, así como la de Estados Unidos y sus aliados en Afganistán, perseguían objetivos predatorios. Estas guerras no traen nada bueno para la clase obrera en el país que libra la guerra, y no hacen más que fortalecer a las fuerzas reaccionarias en el exterior. Los trabajadores deben realizar campañas activas por la derrota de sus amos en todas estas guerras.

Si las potencias imperialistas llegaran a enfrentarse una vez más en una guerra -como ya sucediera dos veces en el siglo pasado- los obreros no deben vacilar en oponerse a la guerra de sus amos, continuando la lucha de clases. Si bien no trabajamos a favor de la victoria del otro bando, la derrota de nuestros amos sería un mal menor en comparación con una victoria conseguida con el apoyo de los obreros.

Los sufrimientos de las masas -provocados por las bajas, la destrucción y el hambre- incentivarán el odio abierto hacia la guerra. De este modo, nuestra consigna no es la de “paz”, sino la de “revolución” y “todo el poder a los trabajadores”, con el fin de poner fin a la guerra.

Las organizaciones reformistas de masas se convierten en patriotas fervientes una vez que la guerra aparece en el horizonte. Los burócratas sindicales exigen que las conquistas y los derechos obreros sean sac-

rificados sin más en pos de las necesidades de la “nación”, acelerando la producción y suspendiendo el derecho de huelga. En este caso, nuestra consigna es “el principal enemigo está en casa”. Al intensificar la lucha, defendiendo cada una de las conquistas obreras, no haciendo ningún sacrificio en cuanto a salarios y condiciones de trabajo, tratamos de transformar la guerra imperialista en una guerra civil.

En el caso de guerra entre países semicoloniales, tales como India y Pakistán, no apoyamos la victoria de ninguno de los estados beligerantes, y proseguimos la lucha de clases más allá de cualquier consecuencia que esto pueda tener para el esfuerzo de guerra. No obstante, las condiciones concretas pueden alterar este cuadro: si uno de los combatientes está actuando como agente del imperialismo, y si el otro está defendiendo su independencia, entonces es necesario defender a éste último.

De ninguna manera podemos apoyar las intervenciones imperialistas, incluso cuando éstas recurren al pretexto de evitar la limpieza étnica o el genocidio - como en Ruanda, Bosnia o Kosovo-, o bien restaurar la democracia y los derechos humanos, o entregar ayuda humanitaria. Les advertimos a los oprimidos que no soliciten esta intervención, que no hagan alianzas con los imperialistas, que no expresen la menor confianza en ellos y que exijan su retirada.

La capacidad que tiene la maquinaria de guerra de los imperialistas de masacrar a millones de un solo golpe, infunde miedo y una sensación de alarma en los corazones de miles de millones de personas. Enfrentados con esta amenaza, los reformistas de izquierda y los pacifistas predicán la necesidad del desarme mundial vía las Naciones Unidas y la proscripción de las guerras en todo el planeta. Esto, no obstante, deja dos preguntas sin responder: “¿Cómo vamos a desarmar a los que nos dominan y por qué medios?”

Estos nunca entregarán sus armas voluntariamente como resultado de una votación de las Naciones Unidas o de una conferencia mundial de desarme. Lo que es cierto es que deben ser desarmados. ¿Pero quién puede desarmarlos? ¿Quién es lo suficientemente poderoso? Sólo la clase obrera y los oprimidos pueden hacer esto.

¿Cómo? ¡Mediante la revolución social! Arrancando el control de los ejércitos y de las fuerzas policiales de manos de los generales y ganándose a los soldados, destruyendo los cuerpos policiales paramilitares. Ninguna de estas instituciones está para defender al pueblo, sino que son instrumentos de represión en el plano interno y de saqueo en el exterior. En tiempos de crisis social son las armas de las dictaduras, y deberán ser reemplazados por el pueblo armado.

Cuando surgen movimientos que desafían y socavan los programas armamentísticos, que movilizan a decenas de miles de obreros y jóvenes en acciones directas, los revolucionarios luchan en la primera línea de estas acciones. Al mismo tiempo, combatimos el slogan utópico de “desarme” y planteamos la necesi-

dad de arrancarle las armas a la clase dominante, quitándole a ésta su control sobre los hombres y las mujeres que las tienen en su posesión, derrocando a los altos mandos junto con los capitalistas.

Las industrias de guerra son inmensamente redituables para la clase dominante. Luchamos por denunciar sus negociados secretos, por confiscar sus ganancias militares y por expropiarlas bajo control obrero. En oposición a su obscuro programa de armamentos, exigimos un programa de obras públicas útiles para la sociedad.

Incluso en tiempos de paz, los imperialistas cierran acuerdos y concluyen tratados en defensa de sus propios intereses, mediante la amenaza de intervención militar. Exigimos la disolución de todas las alianzas militares dominadas por los imperialistas, la OTAN en primer lugar. Todos los acuerdos y tratados secretos deben ser denunciados y publicados.

Denunciamos el maltrato de los soldados a manos de sus oficiales. Apoyamos la lucha porque se otorguen plenos derechos ciudadanos a los soldados, por el establecimiento de comités de soldados, así como la exigencia de elección de los oficiales.

Nos oponemos a la leva y al servicio militar bajo control del estado burgués y su cuerpo de oficiales. Exigimos en cambio el entrenamiento militar universal bajo control de las organizaciones obreras y populares. Sin embargo, allí donde haya conscripción universal, nosotros, los revolucionarios, nos sumamos a las fuerzas armadas para realizar agitación revolucionaria entre los conscriptos de origen obrero. Una clase que desee liberarse de la esclavitud debe aprender el arte militar.

## El estado

Sólo en razón del hecho de que los ciudadanos de las democracias capitalistas tienen el derecho de votar cada cuatro o cinco años, de allí se infiere que aquellas son el "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Pero el pueblo no tiene opinión sobre lo que se produce, sobre la naturaleza del sistema económico, ni siquiera incluso sobre si hay que mantener la paz o ir la guerra. Lo que hay en realidad es un gobierno de políticos capitalistas ejercido para los capitalistas.

Las noticias, los debates y la vida pública en general están manos de una camarilla minúscula de millonarios dueños de los medios como Rupert Murdoch o Silvio Berlusconi. Los partidos políticos fundados por la clase obrera han sido transformados en clones conservadores de éstos.

Los debates acerca de políticas y programas han sido reemplazados por la competencia de personalidades. Las campañas electorales se convierten en eventos precocidos, armados a partir de latiguillos y poses fotográficas. Para elevar a los participantes del juego de la política por encima de la más mínima presión de sus afiliados o votantes partidarios, los millonarios pagan los enormes costos de las campañas. En el tercer mundo, a esto se lo llama por su nombre: corrupción.

Pero ahora en el primer mundo, también, los partidos denuncian los escándalos y las vilezas de sus contrincantes en forma regular.

La pudrición de las raíces de la democracia burguesa trae su propia recompensa. En los tiempos de prosperidad, apatía; en tiempos de crisis, un odio virulento hacia todos los políticos. En las democracias más viejas, la frase "son todos lo mismo" es un lugar común. En la Argentina, en la crisis del 2001-2002, las clases medias y los trabajadores lanzaron la consigna de "¡que se vayan todos!"

Detrás de la fachada de esta democracia se halla el estado, y en su núcleo, el aparato represivo que protege las ganancias de los ricos y los poderosos. Engels definió hace ya mucho tiempo atrás la esencia del estado como "cuerpos especiales de hombres armados"; es decir el ejército, la policía y sus auxiliares: el sistema jurídico, el sistema carcelario y los burócratas en la cima del aparato estatal. En la más democrática de las repúblicas, así como en la más feroz de las dictaduras, el estado sigue siendo el instrumento de la clase capitalista.

El carácter real del estado se revela al considerar a quiénes ataca éste y a quiénes defiende. La represión de los piquetes y las movilizaciones, la vigilancia apuntada hacia "el enemigo interno", la creciente población carcelaria, todo esto revela que la policía -y los soldados cuando es necesario- son los guardias de seguridad privados de los ricos y los poderosos, no los guardianes del pueblo.

¿Arresta la policía alguna vez a un patrón por quitarle al trabajador su medio de vida, su empleo? Cuando un patrón recurre a los rompehuelgas, la policía se apresura a defender el "derecho al trabajo de éstos" munida de bastones y gas lacrimógeno. Si los trabajadores ocupan su lugar de trabajo para evitar su cierre, la policía entrará por la fuerza para devolverlo a manos de "legítimos dueños".

## Los derechos democráticos

El hecho de que la democracia burguesa sea una dictadura de los ricos no significa que los derechos democráticos no sirvan para nada. Después de todo, fue la clase obrera la que obligó a los grandes burgueses a otorgar los derechos democráticos en primer lugar. Las recurrentes crisis en la historia del capitalismo han llevado a la clase dominante a atacar los derechos democráticos conquistados por los obreros.

A lo largo de los últimos cien años, ha habido repetidos intentos de reemplazar la democracia con dictaduras militares o fascistas. Muy pocos países semicoloniales han escapado a prolongados periodos de dictadura. En la Argentina y en Chile en los '70, decenas de miles de activistas obreros perecieron o fueron torturados, encarcelados u obligados a exiliarse. Europa presenció el surgimiento de dictaduras fascistas de brutalidad inigualable, que comenzaron en la década del '20, y se continuaron hasta los '70 en el sur de Europa.

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

En los países anglo-sajones, la clase dominante se enorgullece de su "tradición ininterrumpida de democracia". Al mismo tiempo, coartan los derechos democráticos aprobando leyes contra los sindicatos, recortando la libertad de palabra, fortaleciendo al poder ejecutivo en detrimento de las legislaturas y extendiendo el aparato represivo. La "guerra contra el terrorismo" ha llevado a un ataque sin precedentes contra las libertades civiles en el seno de las democracias capitalistas.

Los revolucionarios luchan por defender los derechos democráticos porque, al hacerlo, estamos defendiendo la existencia misma del movimiento obrero y su capacidad de llevar adelante la lucha de clases. Defendemos el derecho de huelga, la libertad de palabra y de reunión, el derecho a organizarse política y sindicalmente, la libertad de publicar y de realizar emisiones de programas radiales y televisivos. Exigimos la eliminación de todos los elementos antidemocráticos que hay en las constituciones burguesas: las monarquías, las cámaras altas, los presidentes plenipotenciarios, los jueces vitalicios y los poderes de emergencia.

Después de la caída de un régimen dictatorial, cuando los capitalistas tratan de reconstruir una democracia, debemos hacer todo lo posible para evitar que retomen el control en toda la línea. Por esta razón debemos levantar la consigna de Asamblea Constituyente, una institución mucho más democrática de lo que los capitalistas están dispuestos a conceder. Llamamos al movimiento obrero a asegurar que los diputados elegidos para sesionar en ella no sean sólo electos de la forma más democrática, sino que sean mantenidos bajo control de sus electores, que sean revocables.

En la lucha por ganar, defender o recuperar derechos democráticos, la clase obrera nunca debe sacrificar su independencia de clase, ni tampoco posponer la revolución socialista en nombre de la unidad con un sector supuestamente "progresivo" o "democrático" de la burguesía. Dondequiera que ésta lo hizo - como en España y Francia en la década del '30 o en Chile en los '70- perdió tanto la democracia como la oportunidad real de avanzar hacia el socialismo.

Toda "democracia" es un estado basado en el dominio de una clase. Nunca ha habido, ni nunca puede haber, una democracia "aclasista", un estado que defienda los intereses de todo el pueblo.

La clase obrera debe ponerse a la cabeza de la lucha por los derechos democráticos, considerándola como un medio para un fin más alto: la abolición del capitalismo y el establecimiento de la democracia obrera y el socialismo.

## Defendiendo nuestras luchas y preparando nuestro poder

Toda lucha sería librada por la clase obrera, toda lucha de los explotados y los oprimidos necesita recurrir a la autodefensa. Los huelguistas en los piquetes saben que

sólo un contundente piquete masivo detendrá a la policía en su intento de meter por la fuerza rompehuelgas para permitirle a los patrones seguir adelante con sus negocios. En muchos países, los patrones hacen asesinar a los militantes sindicales. Los trabajadores rurales sin tierra de América Latina se enfrentan con pistoleros contratados por los grandes terratenientes o las corporaciones agrícolas imperialistas.

La autodefensa no es para nada una infracción a la ley. Debemos organizar la autodefensa en cada lucha, donde quiera que el derecho de reunión, de hacer piquetes o de marchar sea cuestionado por el estado, los patrones o cuando quiera que las minorías o las comunidades sean atacadas.

En toda huelga, luchamos por piquetes de defensa, en cada movilización anticapitalista peleamos por la coordinación de los encargados de la seguridad, en cada confrontación con los fascistas peleamos por una milicia popular antifascista. Estos son los primeros pasos hacia la formación de una milicia obrera y popular, una organización esencial para la defensa de nuestra clase hoy en día, y para la ofensiva revolucionaria victoriosa del mañana.

Se necesitan fuerzas de masas. Por lo tanto, peleamos por organizaciones de masas de los obreros, los sindicatos y los partidos obreros para crear fuerzas organizadas. Cuandoquiera que las libertades democráticas lo permitan, debemos organizar las milicias públicamente, incorporando a la juventud, a los desocupados y a las mujeres: todos los elementos más valientes y resueltos del pueblo trabajador. El entrenamiento sistemático en este respecto es esencial.

Cada paso dado hacia la construcción de una milicia obrera y popular ayuda a las capas combativas de la clase obrera a templarse en la lucha. Sus victorias hacen ganar coraje a los sectores de trabajadores que todavía no participan de la lucha, siembran la confusión y las dudas en el corazón de los seguidores del bando enemigo, contribuyen a fracturar la unidad y la cohesión de la policía y de las fuerzas militares, así como también la de las bandas fascistas, y señalan el camino para avanzar hacia el derrocamiento del estado.

## Un gobierno de los obreros y los campesinos pobres

Las crisis económicas y las guerras crean una gran cantidad de oportunidades revolucionarias para la clase obrera. Pero estas crisis no esperan a que la clase obrera ponga primero la casa en orden. Frecuentemente la pregunta: "¿quién tomará el poder?" se plantea antes que los trabajadores hayan organizado un partido revolucionario de masas propio.

En estas situaciones, la clase obrera inevitablemente acude a sus direcciones para que defiendan sus intereses en el gobierno. Sea mediante elecciones o por la acción directa, los trabajadores tratan de hacer que

sus “partidos” accedan al poder. Los revolucionarios saben que en el gobierno, los dirigentes reformistas servirán a los intereses de la clase capitalista recurriendo a la desmovilización de las luchas. Los revolucionarios siempre deben llamar a las cosas por su nombre, denunciando esta triste verdad sin vacilaciones.

Pero llegar nada más que hasta ahí sería abandonar toda la lucha por nuestro programa transicional. Este programa no es ultimátum dirigido a las masas, ya que no les exige a los obreros que primero abandonen sus organizaciones antes de que puedan luchar por nuestras reivindicaciones y consignas. Nuestro programa está basado en los intereses de la clase obrera, y por lo tanto, queremos que los obreros le exijan a todas las organizaciones de trabajadores que lo hagan suyo.

Por esta razón, los revolucionarios levantan la consigna de gobierno obrero. Llamamos a los dirigentes obreros existentes -a sus sindicatos y a sus partidos- a romper con los capitalistas y a dar pasos concretos para resolver la crisis en interés de la clase obrera.

La agitación orientada a este fin, realizada en forma resuelta en la base de masas del movimiento obrero, puede aumentar mucho la influencia de los revolucionarios. Puede ayudar a cambiar la actitud de los miembros de las organizaciones reformistas, sacándolos de su confianza pasiva en cualquier cosa propuesta por sus dirigentes, y moviéndolos a exigir acciones concretas por sí mismos. Esto puede dejar al desnudo la renuencia de los dirigentes a dejar de servir a los capitalistas incluso en las circunstancias más duras.

En la medida en que los líderes reformistas se rehúsen a romper con la burguesía, en la medida en que utilicen las fuerzas del estado contra las luchas obreras, denunciamos que ese gobierno no es para nada un gobierno obrero sino que está al servicio de los capitalistas, al que hay que combatir como a cualquier otro.

Pero es posible, incluso probable, que en una crisis revolucionaria prolongada y profunda, se produzca un cambio en el seno de los partidos reformistas y en su relación con la clase obrera. Sometidos a la presión de su base de masas, éstos pueden virar pronunciadamente hacia la izquierda: esto fue lo que sucedió en España en la década de 1930, y en Chile y en Gran Bretaña en los '70. Pueden aprobar propuestas de reformas de tinte radical, incluso medidas tales como implementar impuestos progresivos, nacionalizar empresas e introducir el control estatal, que realmente golpean y enfurecen a los capitalistas.

Si llegara a materializarse un gobierno de estos partidos, entonces, incluso aunque los reformistas de izquierda, o autoproclamados “revolucionarios”, contaran con la mayoría en su seno, éste seguiría siendo un gobierno burgués si todavía se apoyara en las fuerzas armadas y en las instituciones del estado capitalista.

Los revolucionarios nunca se sumarían un gobier-

no así. Lo defenderíamos de los intentos de la burguesía por destituirlo, al mismo tiempo que reforzamos la agitación exigiéndole que rompa con la burguesía.

El peligro de un tipo de gobierno así es que, enfrentado con el sabotaje económico de los capitalistas y la resistencia o la rebelión abierta de sus fuerzas estatales, éste se desintegra, emprende la retirada o se rinde, abriendo la puerta a las fuerzas de la contrarrevolución. Es entonces cuando los capitalistas desatan una sangrienta revancha.

Los revolucionarios exigirían medidas económicas decisivas contra el sabotaje de los capitalistas: la expropiación de sus industrias y el control obrero. Pero no podemos detenernos ahí. Para evitar la amenaza de un golpe, exigiríamos la creación y el armamento de la milicia obrera, y trataríamos de quebrar el control de la casta de oficiales sobre los soldados rasos del ejército. Sólo si el régimen diea estos pasos, basándose en organismos de masas de la clase obrera en armas, sería éste realmente un gobierno obrero.

La lucha por el gobierno obrero puede ser un puente que conduzca a la toma del poder por parte de la clase trabajadora, y al establecimiento de un régimen revolucionario. Pero éste no es un esquema o estadio inevitable. Si las masas se liberan de sus líderes burocráticos, si los obreros más militantes construyen un partido revolucionario y consejos obreros antes de que tales gobiernos nazcan a la vida, entonces la consigna de un gobierno obrero será simplemente un llamado a que los consejos obreros tomen el poder.

## Los consejos obreros y la lucha por el poder obrero

El punto nodal del programa de reivindicaciones transitorias es la formación de organismos que puedan unir a todos los grupos combativos, coordinándolos para que puedan librar una lucha efectiva que involucre al conjunto de nuestra clase. En diferentes países, y en idiomas diferentes también, han surgido tales organismos: consejos de acción, juntas, coordinadoras, cordones industriales y soviets.

Estos consejos de obreros ocupados y desocupados, de campesinos y de pobres de las ciudades agrupan a todos los delegados elegidos en cada lugar de trabajo, en cada barrio obrero. Los delegados deben ser revocables ante los electores, cuando quiera que la mayoría de ellos lo desee. Los delegados no sólo deben decidir qué hacer, sino también participar en la implementación de sus decisiones. De esta manera, no será necesario montar ningún aparato de funcionarios de tiempo completo.

La primera tarea de los consejos obreros es coordinar la resistencia al capitalismo a escala de una ciudad o territorio, vinculándola al resto de la nación. Su carácter democrático facilita el control democrático de las masas sobre su dirección, y aquellas la reemplazan si ésta trata de traicionar la lucha. Los obreros deben

tener la absoluta libertad de decidir a qué partidos brindan su apoyo.

La democracia obrera es el mejor, y el único, antídoto contra la burocracia. Y detrás de la burocracia acecha la rendición a la burguesía. Todas las fuerzas políticas rivales que actúan en el seno del movimiento obrero deben ser juzgadas por las masas mismas, sobre la base de considerar si sus programas sirven a las necesidades de la lucha y sus metas.

Los embriones de consejos obreros pueden surgir en cualquier período de lucha de clases aguda, a partir de los organismos de lucha existentes: los sindicatos combativos y democráticos, los comités de fábrica, los consejos de acción contruidos para apoyar luchas particulares, las organizaciones de desocupados. Pero estos organismos por sí solos, no importa qué tan radicales sean, no pueden por sí mismos servir como consejos obreros.

Los consejos obreros deben trascender las fábricas, la industria o las divisiones sectoriales de la clase obrera. Deben echar abajo todas las barreras sectoriales y lograr la unidad de la clase. Al extender la forma de los consejos de delegados revocables a otros estratos y clases populares, por ejemplo, éstos pueden agrupar a la mayoría de la población incluso en países industrialmente subdesarrollados. En el transcurso una revolución, éstos pueden, y deben, ganarse también a los soldados rasos para que integren los consejos.

Los consejos de delegados sólo surgen cuando la sociedad ha entrado en un período de crisis revolucionaria, cuando las masas sobrepasan los confines de sus organizaciones tradicionales y adoptan formas de lucha y de organización revolucionarias.

Una crisis revolucionaria se produce cuando la sociedad desemboca en una impasse. El orden político y económico establecido se desmorona bajo el impacto de la crisis económica o la guerra. La clase dominante se divide y es asolada por agudas crisis gubernamentales. Por otra parte, las masas populares se rehúsan a tolerar la miseria económica y la corrupción del viejo régimen. Demuestran en las calles, con sus enfrentamientos repetidos a las fuerzas del orden, su voluntad de sacrificar sus vidas para derrotarlo.

Los consejos obreros son un desafío directo al derecho de los burgueses a conducir y controlar a la sociedad. Representan un estado alternativo en potencia, con el cual la clase obrera puede gobernar la sociedad. En la medida en que coexistan con un gobierno capitalista, se mantendrán como un poder rival de éste. Esta situación de doble poder sólo puede perpetuarse si los capitalistas han perdido el control sobre sus propias fuerzas armadas o si temen recurrir a ellas, y si las direcciones de la clase obrera no están dispuestas a tomar el poder. Si esta indecisión no es superada, tarde o temprano los capitalistas asimilarán a los consejos al orden existente, o en su defecto los burocratizarán o los aplastarán. La única vía de salida es que los consejos derroquen al gobierno y creen un estado obrero.

## La insurrección

No se puede tomar el control del estado capitalista y utilizarlo con el propósito de introducir el socialismo. Éste debe ser destruido en el transcurso del proceso mismo de la revolución. Por esta razón, la huelga general es una táctica vital en el camino al poder. Esta plantea la cuestión, blanco sobre negro, de quién gobierna la sociedad, ¿los patronos que tienen el derecho de propiedad sobre ella, o los trabajadores que son quienes la hacen funcionar? Esta pone a la lucha por el poder a la orden del día. Pero, en sí mismo, un abandono de tareas, en masa, por parte de los obreros no puede brindar una solución a este problema. La huelga general debe abrir el camino a la insurrección armada.

La historia muestra que la clase obrera sólo puede privar a los capitalistas del poder estatal por medios violentos. Por supuesto, la cantidad de fuerza necesaria variará según la relación de fuerzas existente en la víspera de la insurrección. Dependerá de en qué medida las fuerzas armadas hayan sido ganadas para el bando de los obreros. No obstante, la clase obrera debe estar preparada para esperar la máxima resistencia del lado de los patronos.

Sin una situación revolucionaria, en la cual las masas se encolumnan detrás de un partido revolucionario, una insurrección dirigida por una minoría revolucionaria sería una aventura y propinaría un revés a la lucha. El partido revolucionario debe haber ganado antes a la mayoría de los trabajadores organizados en las principales ciudades y pueblos para que la insurrección resulte victoriosa y el nuevo régimen perdure.

No todas las insurrecciones son obra de una vanguardia organizada que dirige a las masas democráticamente organizadas. Las insurrecciones espontáneas de las masas son por lo general más frecuentes, demostrando que las revoluciones no son resultado de las maquinaciones urdidas por pequeños círculos de conspiradores, como sostiene la propaganda capitalista. La actitud de la minoría revolucionaria ante tales levantamientos espontáneos es participar completamente en ellos, tratando de dotarlos de una dirección conciente, especialmente a través de la lucha por los consejos obreros y por un gobierno revolucionario de los obreros y campesinos.

El otro tipo de insurrección es la transferencia conciente, planificada, forzosa, del poder estatal a manos de la clase obrera según el modelo de la Revolución de Octubre en Rusia. La empresa de la insurrección es una tarea técnica que exige la planificación de una conspiración. Los consejos obreros deben ser ganados para el objetivo de la insurrección, y junto con las milicias obreras y los regimientos favorables a la clase obrera, son los medios para llevar adelante el levantamiento. Pero la toma de las instalaciones claves, la organización de la defensa del nuevo régimen, la distribución de armas y la ubicación de las fuerzas insurgentes no puede quedar librada a la espontaneidad de las masas, ni a los "oficiales ilumina-

dos ". Sólo el partido revolucionario puede preparar y llevar el levantamiento al triunfo.

## Una revolución contra el estado

De las ruinas del estado burocrático de los capitalistas surgirá un estado obrero enraizado en los consejos obreros. Pero éste constituirá, no obstante, un estado. La clase obrera y sus aliados no pueden disolver sencillamente todo el poder centralizado de un golpe, o abandonar el gobierno. La guerra civil contra la clase capitalista y los privilegiados que la apoyan no acabará cuando los trabajadores derroquen al gobierno. Las fuerzas del viejo régimen planearán una venganza sangrienta y la restauración de su poder. Un "poder" obrero atomizado, de carácter local -que cuente como mucho con lazos federales y sin poderes ejecutivos sobre las autoridades locales o regionales- sería totalmente vulnerable a la contrarrevolución. Aplastar a la reacción tan rápida y decisivamente como sea posible evitará el vasto derramamiento de sangre que siempre sigue a una contrarrevolución triunfante.

Para la minoría de los explotadores capitalistas, ésta sería una dictadura comprometida con la derogación de sus más caras "libertades": la libertad de disponer de los recursos de la humanidad como su propiedad privada, la libertad de arruinar la vida de los seres humanos en pos de las ganancias, la libertad de librar guerras terribles. Pero para la mayoría del pueblo trabajador, este estado sería más democrático que cualquiera que se haya visto hasta el momento.

Este disolverá los parlamentos capitalistas y el sistema judicial burgués, reemplazándolos por los consejos democráticos y los jurados del pueblo trabajador. En pocas palabras, éste constituirá una dictadura de la clase obrera, pero no la de un partido único, ni mucho menos la de una casta de burócratas.

El siglo XX mostró que un estado obrero, cuando queda aislado en un solo país y se ve sometido a una presión tremenda por parte del capitalismo global, puede caer presa de la burocratización y quedar bajo control de una elite contrarrevolucionaria. Para evitar esto, hay que aplicar estrictas medidas antiburocráticas desde el comienzo mismo. Todos los puestos oficiales deben estar sujetos a elección y ser rotativos, para evitar la cristalización de una casta permanente. Los representantes deben ganar no más que el salario promedio de un obrero calificado. Todos los representantes deben ser revocables. Se debe permitir a todos los partidos obreros participar completamente en los consejos; sólo aquellos partidos que libren una lucha militar contra la revolución deben ser reprimidos.

Un estado revolucionario debe estar enraizado en la auto-administración cotidiana de la mayoría del pueblo y en un proceso de toma de decisiones efectuado por ésta; así será un estado que se disuelve en la sociedad. A medida que la clase obrera socialice la producción y la distribución y establezca la igualdad social, las clases mismas desaparecerán, y con ellas todos los remanentes de coerción estatal.

Eventualmente no habrá ni dominantes ni dominados, sino una libre asociación de seres humanos, organizada según el principio: de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades.

**¡Adelante con la formación de la Quinta Internacional, el nuevo partido global de la revolución socialista!**

En los primeros años de comienzo del siglo XXI, la resistencia al imperialismo, a la guerra y al capitalismo de las corporaciones asumió una escala verdaderamente global.

Vastas movilizaciones contra las instituciones financieras internacionales, contra-cumbres continentales, Foros Sociales de decenas de miles, acciones a través de las fronteras y días unificados de acción son todos fenómenos nuevos que han cambiado la forma de la lucha de clases.

La idea del internacionalismo, que durante décadas no fuera más que una aspiración de los militantes y activistas más activos y preclaros, se ha convertido en una realidad práctica, influenciando y fortaleciendo la resistencia en otras partes del mundo.

Esta oleada de resistencia globalmente coordinada alcanzó su punto más alto en la histórica acción del 15 de febrero del 2003, cuando 20 millones de personas marcharon en todas las principales ciudades del mundo contra el ataque anglo-norteamericano a Irak, transformándose así en la acción anti-imperialista más avanzada de toda la historia humana.

El internacionalismo ha sacudido al planeta, y ahora debe cambiarlo. Para transformar la "guerra contra el terrorismo" de los imperialistas en una guerra global contra el terrorismo imperialista, para poner en marcha a millones contra el sistema que genera la guerra, nuestros sindicatos y nuestros partidos, nuestras redes, foros y coordinadoras necesitan dar un nuevo paso audaz al frente: la formación de un Partido Global de la Revolución Social: la Quinta Internacional. Llamamos a los centenares de miles de activistas que se han reunido en los foros sociales continentales y mundiales, a los sindicatos y a los colectivos anticapitalistas que han emprendido acciones comunes en todo el mundo, a la juventud revolucionaria, a unirse al más alto nivel posible. Esto significa formar la nueva Internacional lo más pronto posible: no en un futuro lejano sino en el próximo periodo.

¿Por qué hay que dar este paso? porque el nivel de unidad alcanzado hasta el momento -con todo lo estimulante que pueda ser- no es suficiente para derrotar a los capitalistas. En la actualidad podemos lanzar acciones coordinadas. Pero no hemos podido quebrar el dominio de los dirigentes sindicales y de los reformistas sobre las organizaciones de masas de la clase obrera. Esa fue la razón por la cual pudimos convocar a 20 millones a salir a las calles, pero aun así no logramos detener la guerra contra Irak. Hubo mar-

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

chas, pero no hubo huelgas por tiempo indefinido de los millones que pueden paralizar al mundo. La razón para esto fue que no hubo ninguna organización una alternativa global que disputara la dirección del movimiento a los dirigentes cobardes que nos traicionaron.

En la actualidad, podemos discutir y debatir la necesidad de “otro mundo”, pero no nos hemos propuesto un objetivo común: el derrocamiento del poder del estado capitalista, y la creación de un nuevo poder basado en las masas trabajadoras y el pueblo.

Contamos con numerosos publicistas y escritores que denuncian, analizan y condenan al sistema capitalista. Pero no poseemos ningún programa en común, ninguna guía para la acción que se apoye en las lecciones duramente aprendidas a través de 150 años de lucha contra el capitalismo. Sin un programa acordado, las tragedias del pasado nos acechan como peligros reales y presentes.

Millones apoyan al Partido de Trabajadores de Lula en Brasil, el cual comparte el poder con los políticos burgueses de antaño y ha llegado a un entendimiento con el FMI. Refundación Comunista, el partido de izquierda italiano, juega un rol destacado en el movimiento anticapitalista, pero ha compartido el poder con los capitalistas en el pasado, negándose a descartar cualquier nueva participación en el futuro y predicando la paz a toda costa entre los trabajadores y la juventud italiana. Sin un programa común, el movimiento no tiene ninguna alternativa ante el error catastrófico de gobernar con la burguesía, excepto el fatalismo de índole zapatista o anarquista, el cual entraña una renuncia sin más a la lucha por el poder obrero, desorganizando así la revolución.

No tenemos ningún partido en común, y por ello no podemos lanzar ningún desafío unificado para plantear nuestro propio gobierno, nuestro propio poder.

Aún así, la historia avanza rápidamente, y grandes oportunidades de luchar por el poder han surgido en años recientes, y volverán a plantearse en un país tras otro, cada vez más frecuentemente, en los próximos años. Las vastas movilizaciones de febrero del 2003 anticipan que días más grandiosos esperan por venir. Surgirán crisis revolucionarias en todo el mundo, las cuales plantearán la posibilidad de tomar el poder.

Los prerequisites de la victoria son los siguientes: armar a los obreros de cada país con una perspectiva y una guía para la acción; corregir los errores que inevitablemente surgen cuando un movimiento se circunscribe al terreno nacional; informar a los obreros de cada país de los eventos reales que enfrentan sus hermanos y hermanas en el exterior; hacer que los obreros y los campesinos de cada país deliberen en forma democrática acerca de las tareas que debe asumir el movimiento; coordinar la lucha por el poder; combatir la influencia letal del reformismo, la burocracia, el nacionalismo y los elementos vacilantes de todo tipo; extender la revolución a través de las fronteras nacionales a nivel continental y global. Todo esto exige la formación de una nueva Internacional.

Esto no es solamente un sueño. Los obreros anticapitalistas lo hicieron cuatro veces antes, y podemos hacerlo nuevamente. Si aprendemos del pasado, podemos construir a partir de los aciertos de las cuatro primeras internacionales, evitar los errores que condujeron a su retroceso y su derrota, y construir una Quinta Internacional para organizar nuestra victoria global.

La Primera Internacional demostró que, aunque sea posible agrupar a diversas fuerzas en una asociación mundial de los trabajadores, si parte de la Internacional se opone resueltamente a la lucha política, la unidad no puede durar mucho tiempo. La Quinta Internacional debe proponerse agrupar a las capas más amplias de los fuerzas combativas, pero debe definir rápidamente sus metas políticas, y rechazar en forma contundente cualquier exigencia en el sentido de renunciar a los únicos métodos que pueden derrotar al capitalismo: el gobierno de los trabajadores y el poder obrero. Por lo tanto, nos propondremos que la Internacional libere una batalla política sin cuartel, sin temer romper con los anarquistas, los populistas o los publicistas liberales de las ONGs que no pueden aceptar nuestros objetivos de clase.

La Segunda Internacional demostró más allá de toda duda que la lucha política, la acción sindical, las campañas electorales y la agitación y la propaganda en gran escala pueden realmente agrupar fuerzas de masas en el seno de los partidos de la clase obrera en todos los países. Pero cuando surge una burocracia en el seno del movimiento obrero a nivel nacional, basándose en los sectores privilegiados de obreros, ésta puede rápidamente hacer las paces con los explotadores, y recaer incluso en los peores excesos de la burguesía, llegando a embarcar a los obreros en una guerra fratricida, tal como hiciera la Segunda Internacional en 1914, y tal como han venido haciendo sus secciones desde entonces.

Al igual que la Segunda Internacional, la Quinta debe recurrir a las acciones políticas de masas para agrupar no a unos pocos centenares en sociedades de propaganda, sino a centenares de miles en partidos de la clase obrera. Pero no debemos nunca repetir el error fatal de tolerar a los funcionarios reformistas y a los arribistas en nuestras filas. La burocracia, el chauvinismo nacional, el reformismo parlamentario o sindical son peligros mortales para el movimiento anticapitalista. El combate por la Quinta Internacional es inseparable de la lucha por arrancar al movimiento obrero del control de los guerrilleros y los traidores. Llamamos a los partidos obreros que han tomado el camino de lucha contra el capital a que se sumen a la Quinta Internacional, y al mismo tiempo les exigimos que rompan todos los vínculos con los capitalistas y que expulsen a los burócratas traidores de sus filas. No hacerlo significa preparar a la Internacional para la destrucción cuando surja el primer test decisivo.

La Tercera Internacional demostró que para expulsar a los dirigentes reformistas traidores, para resistir a la guerra imperialista, para unir a los obreros en lucha por nuestro propio poder, el movimiento debe combi-

nar la más completa democracia interna con acciones centralizadas a escala global. Sin democracia, no existe posibilidad de unidad genuina, de unificar a los trabajadores de todos los países para formular una estrategia internacional, de resistir el control burocrático. Sin un estricto centralismo -el cual requiere que los partidos nacionales y sus dirigentes respeten las decisiones democráticas de la Internacional- no hay posibilidad de resistir las presiones nacionales, ninguna posibilidad de emprender acciones revolucionarias comunes. La Quinta Internacional debe combinar la máxima democracia interna con la máxima unidad y la acción, ya que ambas son los prerequisites de una lucha revolucionaria efectiva.

El terrible destino de la Tercera Internacional encierra una advertencia para el futuro. Sin una revolución en un país no logra extenderse a tiempo, si la democracia obrera es eliminada, si el objetivo de la revolución se confina a asegurar la democracia capitalista, si se erigen gobiernos de coalición con los partidos burgueses, si una casta burocrática en el seno de un estado obrero abandona la meta de la revolución mundial en pos de alcanzar una "coexistencia pacífica" con el capitalismo global, entonces hasta el más poderoso y contundente de los partidos revolucionarios puede transformarse en su opuesto: un instrumento de la contrarrevolución.

El estalinismo es un estigma en la historia del movimiento obrero, y no se le puede hacer la más mínima concesión posible. Los partidos comunistas que se encolumnen detrás del llamamiento por la Quinta Internacional deben romper con su programa reaccionario, sus métodos vergonzosos y sus objetivos cobardes. Sin esto, la Internacional nunca agrupará realmente a la nueva generación detrás de la bandera de la liberación humana.

La Cuarta Internacional fue la única corriente en el seno del otrora poderoso movimiento comunista que denunció los crímenes del estalinismo y las terribles derrotas que éste infligió a la clase obrera. Dejó un precioso legado a las generaciones futuras, contraponiendo la democracia obrera a la planificación burocrática, el gobierno de los consejos obreros a la dictadura de una casta privilegiada, el internacionalismo al chauvinismo nacional, la revolución ininterrumpida (permanente) a la alianza sin fin con las "democracias" capitalistas; dejó en definitiva un programa que vincula las luchas diarias de los obreros con la toma del poder por parte de la clase obrera, no un catálogo de reformas sin conexión alguna con la meta final de la revolución. No podemos prescindir de ninguno de estos principios hoy en día: necesitamos llevarlos a la práctica en forma urgente con el fin de que el movimiento anti-capitalista y el movimiento obrero abran el camino a la libertad en el siglo XXI.

Han pasado ya cincuenta años desde que la Cuarta Internacional fuera destruida en tanto instrumento revolucionario. Luego de la segunda guerra mundial, ésta abandonó su programa de independencia obrera adaptando su política a los socialdemócratas de izquierda y los estalinistas, acabando por dar por

muerta a "la época de la Revolución Rusa" y tratando de establecer una Internacional sobre la base de un programa reformista. En Brasil ésta se ha sumado a gobierno burgués de Lula, gobernando de la mano de la burguesía contra los obreros y los campesinos. En el seno del movimiento anticapitalista de hoy en día, el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional defiende a los sectores más reformistas y liberales del movimiento de la crítica revolucionaria. La principal ruptura de la Cuarta Internacional -la Tendencia Socialista Internacional- renunció a casi todos los principios revolucionarios de la Internacional. Hoy usa frases revolucionarias rimbombantes mientras se rehúsa sistemáticamente a combatir las tendencias reformistas en el seno del movimiento. Esta afirma explícitamente que la suspensión de toda crítica revolucionaria es la precondition para emprender acciones comunes, y así levanta un "Manifiesto Anticapitalista" que es totalmente insuficiente como programa para el movimiento. En Gran Bretaña se presenta a elecciones sobre la base de un programa reformista, y bloqueó el desarrollo de asambleas populares cuando surgió el movimiento masivo contra la guerra en el 2003. En Zimbawe, sus seguidores apoyaron al MDC -un partido compuesto de trabajadores, capitalistas y terratenientes blancos- en vez de levantar una política independiente de clase.

Otra ruptura significativa de la Cuarta Internacional es el Committee for a Workers' International (Comité por una Internacional Obrera). Aún así, esta organización se niega a ofrecer una alternativa revolucionaria para las masas, y aunque busca sacar ventaja de la crisis de la socialdemocracia para luchar por la creación de nuevos partidos obreros de masas, se niega explícita y deliberadamente a hacer campaña porque se adopte el objetivo de la revolución. En cambio, la CWI propone una política que consiste en tomar el poder por medios constitucionales, amenazando con armar a los trabajadores luego si los capitalistas se atreven a conspirar contra el gobierno "legal". Esta es la política del automarxismo, que resultó en una aplastante derrota para los obreros que se alzaron en la Viena de 1934. La clase obrera no puede ser preparada para la revolución por un partido que se niega a decir la verdad: que los capitalistas nunca se entregarán pacíficamente, que una confrontación armada es inevitable, que nosotros los obreros debemos preparar nuestra propia milicia para destruir al estado burgués y tomar el poder por la fuerza. Estos vestigios de la Cuarta Internacional siguen una política que la tradición de este movimiento ha denominado centrista. Estas organizaciones son revolucionarias en el papel, pero demuestran ser incapaces de mantener un rumbo sistemáticamente revolucionario, independiente de los aparatos burocráticos.

Postulan la creación de organizaciones políticas que ofrecen a las masas sólo un acuerdo diplomático entre las tendencias oportunistas y las revolucionarias, lo cual no puede más que traer aparejada una cosa: el silenciamiento del mensaje revolucionario y la ausen-

**MANIFIESTO POR LA REVOLUCION MUNDIAL**

cia de cualquier crítica revolucionaria contra los reformistas.

En vez de analizar lo que es necesario para la clase obrera, y entonces luchar por ello, los fragmentos centristas de la Cuarta Internacional adaptan su política a la conciencia prevaleciente de la clase obrera en cualquier momento dado. El centrismo apela a los “procesos” revolucionarios, a la crisis, a la espontaneidad de las masas, para que éstos hagan el trabajo que los revolucionarios mismos deben hacer: señalar el camino adelante, advertir acerca de las trampas que acechan, identificar a los falsos amigos como los enemigos de mañana.

La Quinta Internacional debe reclutar sus fuerzas en el seno del movimiento anticapitalista y el movimiento obrero. Pero no debe haber pausa en el combate contra los programas reformistas defendidos por aquellos que hoy en día proponen repetir los métodos equivocados de las internacionales que han fracasado. Un “acuerdo político negociado” entre ellos podría ser útil para unir a los dirigentes burocráticos, pero para la unidad combativa de las masas trabajadoras, esto es completamente inútil.

Por lo tanto, para los revolucionarios, no es sólo necesario criticar a los reformistas en su lucha por la nueva Internacional, sino que también es necesario efectuar una dura crítica de las vacilaciones de los centristas.

Cada una de las cuatro internacionales revolucionarias encarnó grandes conquistas para el movimiento obrero y dejó ricas lecciones para las generaciones futuras. Aún así, cada una de ellas sucumbió

eventualmente al colapso y la degeneración.

La tarea urgente de la clase obrera mundial es construir la Quinta Internacional, el arma más importante de todas en la lucha contra el capitalismo global.

Los escépticos sostienen que es “demasiado pronto” para fundar una nueva Internacional, pero no hay nada más alejado de la verdad que eso. La falta de coordinación y liderazgo internacional es la debilidad clave que padecemos hoy en día. Tratar de construir cada uno de nuestros movimientos en el terreno nacional solamente nos conducirá a repetir las derrotas de los últimos cincuenta años. Permanecer organizados sólo en redes paralizará eventualmente al movimiento anticapitalista y lo hará retroceder. La tarea clave del momento en cada país y en cada continente es dar pasos resueltos para avanzar hasta lograr la unidad del combate global.

El capitalismo global está arrojando al mundo a un nuevo ciclo de guerras devastadoras. Como resultado de esto, está levantando una vez más a sus sepulcros históricos: la clase obrera global, que se alza en número creciente, con un mayor potencial y más estrechamente inter-relacionada que nunca antes.

Todavía tenemos un mundo por ganar. Las cadenas que nos someten son fuertes, pero nuestro poder nunca ha sido más fuerte. Si lo deseamos, podemos destruirlas por completo.

Obreros, campesinos, la juventud revolucionaria: ¡uníos en la lucha por la Quinta Internacional! Esta es la bandera de la lucha ineludible contra el capitalismo y por vuestro más preciado derecho: la libertad humana global. ☆